

# LA CUEVA DEL BUXU

(CANGAS DE ONÍS, ASTURIAS)

## EN EL CENTENARIO DE SU DESCUBRIMIENTO

EAA Monografías 4

LA CUEVA DEL BUXU (CANGAS DE ONÍS, ASTURIAS). EN EL CENTENARIO DE SU DESCUBRIMIENTO



Gobierno del  
Principado de Asturias

GRAN  
ENCICLOPEDIA  
ASTURIANA



Gobierno del Principado de Asturias



LA CUEVA  
DEL BUXU  
(CANGAS DE ONÍS, ASTURIAS)  
EN EL CENTENARIO  
DE SU DESCUBRIMIENTO

Excavaciones Arqueológicas en Asturias. Monografías. IV

# LA CUEVA DEL BUXU

(CANGAS DE ONÍS, ASTURIAS)  
EN EL CENTENARIO DE SU DESCUBRIMIENTO

AUTORES

Mario Menéndez (Dir)

Jesús Jordá, José Manuel Quesada, Julio Rojo y Pedro Saura



GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Promueve: Consejería de Educación y Cultura

Dirección General de Patrimonio Cultural

Edita: Consejería de Educación y Cultura

y GEA (Gran Enciclopedia Asturiana)

Distribuye: GEA (Gran Enciclopedia Asturiana)

© De los textos: Mario Menéndez (Dir), Jesús Jordá, José Manuel Quesada, Julio Rojo y Pedro Saura

© De la presentación: Otilia Requejo Pagés (Directora General de Patrimonio Cultural)

© Del prólogo: José Manuel González Castro (Alcalde de Cangas de Onís)

© De las ilustraciones: **Capítulo 1:** Todas las ilustraciones, Mario Menéndez. **Capítulo 2:** 3, 4, 11, 12,: M. Menéndez. 5, : P. Saura. 8, 9, 10, : Archivo E. Olávarri. **Capítulo 3:** Créditos en el pie de foto. **Capítulo 4:** 1, 3, 7, 8, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20 : José Manuel Quesada. 2,: P. Saura. 4, 17, : Archivo E. Olávarri. 5, 6, 9,: M. Menéndez. **Capítulo 5:** 1, 5, : M. Menéndez. 2, 3, 4, 6,7, 8, 9 : Julio Rojo. **Capítulo 6:** 1, 2, 4, 5, 6,: M. Menéndez. 3, : Eduardo García. **Capítulo 7:** 1, 2, 14, 37, 39, 40, : M. Menéndez. 3, : Obermaier y V. del Sella. 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35,38, 41 : P. Saura. 25a: E. Ripoll. 25b: Magín Berenguer. 26: F. Jordá. 36. Georges Sauvet. **Capítulo 8:** 1, : J.M. Quesada. 2, : Rodrigo Balbín. 3, : E. García, 4, 5 : M. Menéndez.

Ilustración de cubierta: Pedro Saura

Maquetación: Silverio Cañada Estébanez

Imprime: Gráficas Rigel

Depósito legal: AS 04126-2016

ISBN: 978-84-7286-462-7

## PRESENTACIÓN

Con la publicación de La Cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias), la Consejería de Educación y Cultura, coincidiendo con el centenario de su descubrimiento, pone a disposición del público uno de los enclaves de referencia del arte prehistórico en el Principado de Asturias.

La cueva se abre en las calizas carboníferas de la Peña del Sedu, muy próxima al pueblo de Cardes, ofreciendo un relato que utiliza la piedra, el pigmento y el hueso como lenguaje para contar una historia de más de 30.000 años. Historia muda y desconocida cuyos capítulos han ido desgranándose a lo largo de los últimos 100 años y que hoy conocemos gracias al quehacer de numerosos arqueólogos y estudiosos como Hugo Obermaier y Ricardo Duque de Estrada, Conde de la Vega del Sella, quienes publican en 1919 el primer estudio sobre la cueva; Henry Breuil, Eduardo Ripoll, Francisco Jordá y, finalmente, Emilio Olávarri, a quien se debe el mérito del reconocimiento del yacimiento arqueológico del Buxu y quien cederá el testigo en 1985 al propio Mario Menéndez.

Esta obra, por tanto, culmina en cierto modo un largo recorrido de cien años que se inicia con el descubrimiento de la cueva en 1916 por Cesáreo Cardín, y concluye con la edición de esta obra en la que se presentan los resultados de una dilatada trayectoria investigadora en la que han participado arqueólogos y prehistoriadores relevantes. Una obra que en palabras de su director, Mario Menéndez, pretende también ser un homenaje a todas aquellas personas implicadas en su descubrimiento, estudio y cuidado.

Gracias a la dedicación y buen hacer de los autores tenemos la oportunidad de conocer y apreciar, tanto el yacimiento arqueológico, como el conjunto de arte mueble y rupestre de la cueva del Buxu, un bien patrimonial arqueológico y artístico de primer orden, declarada Bien de Interés Cultural en 1985 y una de las cuevas visitables durante todo el año en nuestra comunidad autónoma.

A su calidad como investigador y su trayectoria como docente y sus cualidades como comunicador y divulgador. Porque la obra de Mario Menéndez consigue dos objetivos que no siempre son fáciles de compaginar: difundir el conocimiento científico en el ámbito académico y divulgar ese conocimiento, haciéndolo asequible al público no especializado.

Esta publicación supone también la oportunidad de visibilizar el trabajo de quienes desarrollan proyectos de investigación de primer nivel en nuestra comunidad en el campo de la prehistoria y del arte rupestre paleolítico, ámbito en el que el Principado de Asturias constituye un auténtico referente internacional que cuenta con relevantes conjuntos rupestres reconocidos como Patrimonio Mundial por la Unesco.

La responsabilidad de presentar esta obra como Directora General de Patrimonio Cultural me da la oportunidad expresar mi reconocimiento hacia su autor, Mario Menéndez, como colega y como amigo entrañable con quien compartí tiempos y espacios de trayectoria vital y profesional.

Otilia Requejo Pagés  
Directora General de Patrimonio Cultural

## PRÓLOGO

Se cumplen cien años del descubrimiento de la Cueva del Buxu por parte de Cesáreo Cardín, a instancias del Conde de la Vega del Sella. Este Centenario ha de permitirnos poner en valor adecuadamente la propia Cueva y todos los estudios realizados sobre ella a lo largo de estos años. De hecho, aparece reflejada en todas las grandes publicaciones internacionales sobre arte rupestre, lo que resulta muy importante para la difusión del patrimonio histórico de Cangas de Onís.

El Buxu, santuario paleolítico que contiene arte rupestre desde hace 35.000 años hasta hace 14.000, junto con otras Cuevas de nuestro municipio sin arte rupestre, pero igualmente excepcionales (Cueva de la Güelga en Narciandi y Cueva de Los Azules en Contranquil), constituyen un conjunto patrimonial de gran importancia.

Por ello, aprovechando el Centenario del descubrimiento, resulta oportuno contribuir entre todos a que la Cueva del Buxu sea siempre una referencia dentro de los yacimientos prehistóricos asturianos. Estamos obligados también, a cuidar y preservar para el futuro este rico, pero también frágil, patrimonio.

Quisiera reconocer el esfuerzo de todos los que han excavado, investigado y estudiado la Cueva del Buxu, que nos han permitido conocer ampliamente su riqueza artística. También recordar a Luisa Quesada (vecina de Cardes), que fue guardesa de la Cueva durante muchos años. Gracias a ella, se detuvo el proceso de destrucción del arte del Buxu, que se visitaba sin control alguno. En la actualidad, afortunadamente, hay un estricto sistema de visitas que ayuda a preservar nuestra Cueva.

Cabe esperar que El Buxu siga siendo contemplada por el paso de los siglos, conservando plenamente su integridad y valor artístico.

José Manuel González Castro  
Alcalde de Cangas de Onís

INTRODUCCIÓN  
**Mario Menéndez**

La cuenca del río Sella es uno de los lugares más hermosos que he conocido. Montañas y valles, ríos y lagos, bosques y praderas, majadas y riscos... muestran una naturaleza desbordada y deslumbrante. La Historia también ha sido generosa con esta tierra, dotándola de un patrimonio cultural extraordinariamente relevante, tanto en bienes materiales como en acontecimientos históricos. Por ello, haber vinculado mis proyectos de investigación y mi vida personal a la zona de Cangas de Onís durante treinta años es una de las mejores cosas que me han pasado como arqueólogo y como persona.

Llegué por primera vez a la Cueva del Buxu en junio de 1980, como Cesáreo Cardín, despistado. Debía documentar la excavación realizada por Olávarri en 1970, cuyos materiales constituían mi Memoria de Licenciatura (Tesis), y revisar el arte rupestre interior. Me recibió Luisa Quesada, guardesa de la cueva con unos recelos que no deben contarse aquí. Gracias a esa actitud de Luisa frente a todo y frente a todos se consiguió detener un deterioro que parecía imparable y amenazaba con destruir el arte de la cueva. Todos los que amamos el arte rupestre tenemos con ella una deuda de gratitud. El paso del tiempo y el mutuo conocimiento convirtió aquellos recelos en profunda amistad entre nosotros y nuestras familias.

El lector encontrará en este libro numerosas referencias a ese deterioro y maltrato que ha recibido el arte rupestre de la Cueva del Buxu en estos cien años de vida. No es exagerado decir que la cueva ha sufrido más en el último siglo que en sus treinta mil años de historia arqueológica. Afortunadamente los responsables administrativos han profesionalizado su conservación y custodia que encarna en la actualidad Marta Soto, que regula admirablemente el orden y los cupos de visita para evitar la fatiga ambiental y los comportamientos inadecuados. Gracias Marta.

Durante los años de trabajo en las excavaciones de los años 80, en los que participaron muchos alumnos de la Universidad de Oviedo -incluida la Directora General que

prologa este libro-, de la Universidad Complutense de Madrid y de la UNED, Emilio Olávarri nos visitaba y nos deslumbraba con sus conocimientos y su experiencia. Nos ayudó mucho a superar las angustias y dificultades de quien emprende su *Opera prima*. También recibí el apoyo de Juan Tresguerres y su equipo, que excavaban al mismo tiempo la vecina Cueva de los Azules; así como de otros ilustres arqueólogos como Joaquín González Echegaray y Manolo González Morales. Con todos ellos mantuve, pues los tres primeros han fallecido, y mantengo un sentimiento de amistad y profundo agradecimiento.

Después vinieron los años de los proyectos de investigación más amplios y participativos, incluyendo la Cueva de la Güelga y otros yacimientos menores de la zona, los congresos, los libros y artículos científicos, las conferencias, las exposiciones... También la consolidación de un equipo interdisciplinar y las relaciones internacionales. La financiación plurianual a través de la FICYT y el apoyo del Ayuntamiento de Cangas de Onís, sobre todo en la época de Alfredo García y su equipo, dieron al proyecto de investigación en el Valle Medio del Sella no solo seguridad y visibilidad sino también un aire más profesional y competitivo, a costa de perder la inocencia investigadora original. Seguramente ocurre así a la mayoría de los investigadores, pero siempre queda el recuerdo ingenuo y honesto de los comienzos, el sentimiento del primer amor.

Por todo ello propuse a la Consejería de Educación, a través de la Dirección General de Patrimonio Cultural y al Ayuntamiento de Cangas de Onís, en la persona de su alcalde José Manuel González, la celebración del Centenario del descubrimiento de la Cueva del Buxu. No fue difícil convencerlos, así que acordamos la realización del presente libro, entre otras posibles actividades para celebrar que la cueva “cumple cien años”. Se lo debíamos a la cueva, al pueblo de Cardes y a los cangueses en general.

Agradezco sinceramente a mis compañeros del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UNED, Jesús

Jordá, José Manuel Quesada y Julio Rojo, -algunos eran estudiantes cuando participaron en las excavaciones de la cueva-, su colaboración en este libro, que supongo que como a mí les emociona y les devuelve a la juventud. Ha sido un encargo precipitado en un momento difícil del curso. Por ello mi doble agradecimiento a su disponibilidad. Igualmente mi gratitud a Sergio Ripoll que me entregó los dibujos que su padre, Eduardo Ripoll, realizó en la Cueva del Buxu para su Tesis Doctoral en 1954, elaborada bajo la dirección, ni más ni menos, que del abate H. Breuil

En 2007 encargué a Pedro Saura, Catedrático de Fotografía de la Facultad de Bellas Artes de Madrid y excepcional fotógrafo del Arte Rupestre subterráneo, un reportaje fotográfico sobre la Cueva del Buxu con el apoyo económico del Consorcio de Ayuntamientos del Oriente de Asturias a través del programa LEADER. El resultado son las maravillosas fotografías que pueden ver en el libro. Las mismas que aparecen en la visita virtual de la cueva que puede hacerse en internet, cuyo enlace figura en el capítulo final de referencias bibliográficas, y que fue realizado en colaboración con el Departamento de Ingeniería car-

tográfica de la Universidad de Salamanca e igualmente financiado por el Consorcio. Gracias Maxi, gerente del mismo, por tu apoyo a la Prehistoria.

Este libro no pretende ser una memoria científica de las excavaciones y el arte de la Cueva del Buxu. Se ha concebido como un homenaje a todos los que han tenido algo que ver con la cueva durante el último siglo o, simplemente, han disfrutado con su visita. Como un recordatorio a los asturianos, y en especial a los cangueses, de lo importante y frágil que es su patrimonio cultural. Pero, sobre todo ha sido nuestra intención hacer un texto de divulgación científica que difunda y ponga en valor una cueva que no siempre ocupa el lugar que le corresponde en el catálogo de cuevas con Arte rupestre de Europa. Esperamos haber conseguido, al menos, alguno de estos objetivos.

Mario Menéndez

Director del Proyecto de  
Investigación de la Cueva del Buxu

## I. LA CUEVA DEL BUXU Y SU EMPLAZAMIENTO

**Mario Menéndez**



Figura 1.1.: Afloramiento calizo conocido como “La Peña del Sedu”, vista desde el sur. La Cueva del Buxu se abre en su base, al oeste.

La Cueva del Buxu se abre en la cara Sur de un afloramiento de calizas del Carbonífero Inferior conocida en la zona como la Peña del Sedu (“Cedo” en los mapas oficiales), o simplemente “La Peña”, que se levanta sobre el arroyo Entrepeñas muy cerca del pueblo de Cardes, situado a unos 2 Km de Cangas de Onís, en el Oriente de Asturias (Figura 1.1.). La boca de la cueva se emplaza al fondo de un abrigo rocoso de unos 30 m<sup>2</sup> que es lo que queda del gran vestíbulo o antecueva que, excelentemente orientado al suroeste, sirvió de refugio a los grupos de cazadores/recolectores y a los artistas que decoraron sus paredes en los fríos tiempos paleolíticos en que el abrigo rocoso y la caverna fueron habitados y decorados. El progresivo encajamiento del arroyo Entrepeñas, que corre frente a la cueva, redujo la plataforma que existió entre ambos donde, sin duda, se hallaba la zona de mayor actividad durante la ocupación paleolítica. Paralelamente, el derrumbe gravitacional de la roca produjo el retroceso del gran abrigo que se orientaba al suroeste. Algunos de los grandes bloques caídos que, junto con las formaciones calizas, rellenan el espacio actual, muestran en su base adherencias de la ocupación más antigua. Este emplazamiento domina el valle ciego que se cierra bajo la cueva y otea el



Figura 1.2.: Abrigo exterior en cuyo fondo se abre la Cueva del Buxu



Figura 1.3.: Vista del Valle del Güeña y del macizo Oriental de los Picos de Europa, coronado por la Peña Santa, desde la cima de la Peña del Sedu.

valle del Güeña, deudor del Sella, al que entrega sus aguas poco más abajo, junto al Puente Romano de Cangas de Onís. (Figura 1.2.)

Para llegar a la cueva debemos tomar la carretera A-114, desde Cangas de Onís en dirección a Covadonga. A unos 2 Km giraremos hacia el pueblo de Cardes, a la izquierda de la carretera, desviándonos por la CO-3. Desde Cardes debemos continuar a pie por un paraje que va ascendiendo ligeramente y permitiendo observar el valle del río Güeña y el macizo oriental de los Picos de Europa, co-

ronados por la Peña Santa. Durante unos 15 minutos atravesamos zonas de pastos, castaños y robles, en un paisaje de gran belleza, hasta llegar a la cueva, situada solamente a 177 m sobre el nivel del mar, aunque se reciba la impresión de un ambiente de montaña peñascosa y escarpada que debiera corresponderse con una cota superior. (Figura 1.3.)

El nombre de la cueva pudiera derivar del término latino

*Buxus*, que denomina a la planta del Boj común (*Buxus sempervirens*), muy abundante en el entorno de la cueva. Otras etimologías menos probables la ponen en relación con el apelativo asturiano *Bruxu*, para referirse al Brujo, que tiene por el contrario el atractivo del atavismo mágico heredado. En cualquier caso, la galería principal de la cueva que conduce hasta el arte rupestre es larga y estrecha, con algunas salas más amplias, como resultado de un cauce subterráneo

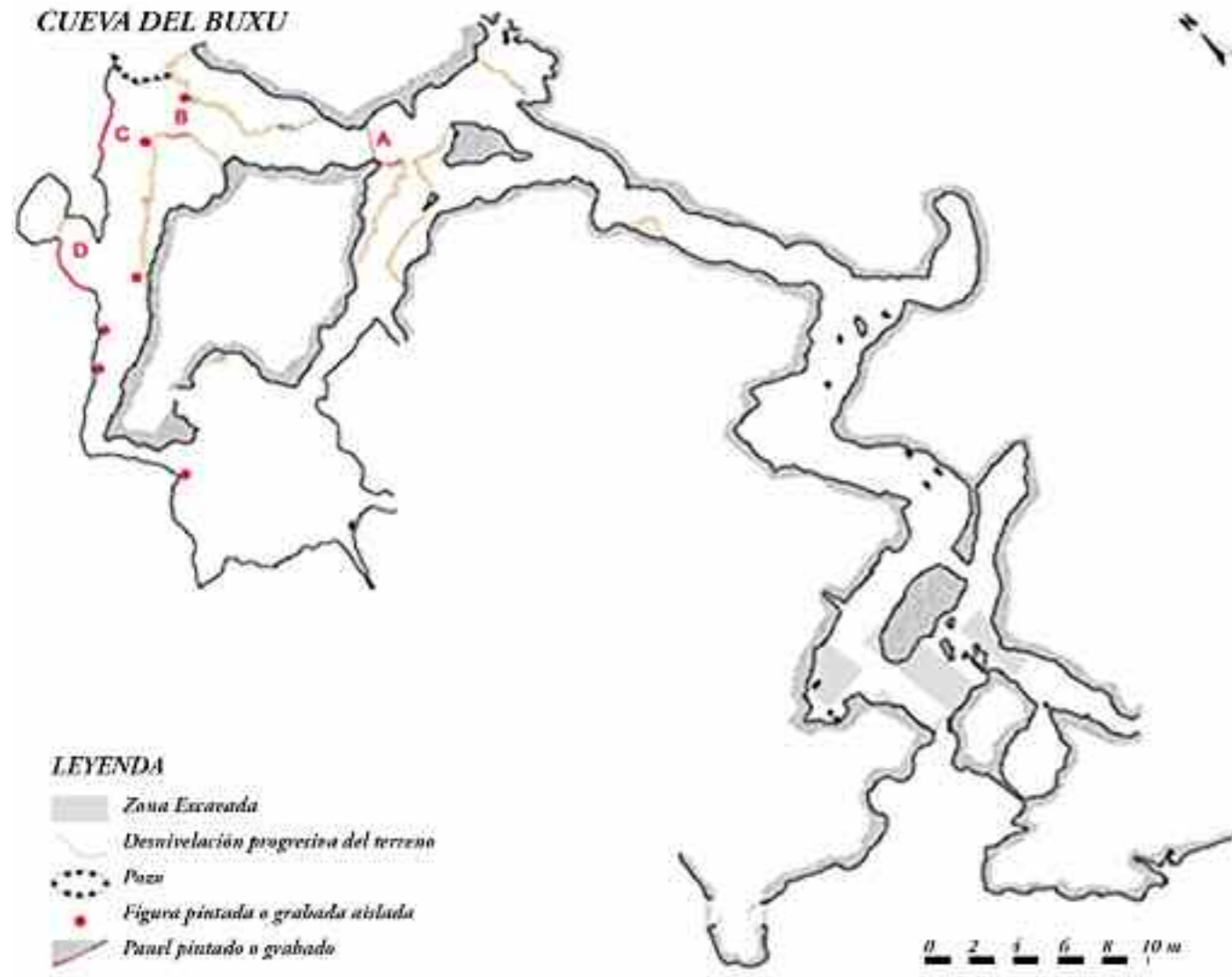


Figura 1.4: Plano básico de la Cueva del Buxu con indicación del yacimiento arqueológico de la entrada y del santuario artístico.

que circuló a gran presión y se abrió paso en sentido NW-SE, siguiendo la dirección general de los estratos. Este tipo de acceso produce en el visitante una sensación intensa de internamiento en la tierra, bajo la montaña, que sin duda no fue ajena a quienes la ocuparon y decoraron en el Paleolítico. Tras recorrer seis tramos que se cortan en ángulo recto y de superar dos sifones que debieron obligar a arrastrarse a los ocupantes prehistóricos y a los descubridores modernos, encontramos las primeras pinturas a unos 70

m. de la entrada. Las más profundas obras de arte están a unos 100 m. y continúan el internamiento por una gatera que retorna la llamada “Sala Grande”, creando un recorrido interno circular que recoge en sus paredes todas las manifestaciones grabadas y pintadas que constituyen el santuario artístico. (Figura 1.4.)

En la actualidad la cueva puede visitarse de miércoles a domingo, hasta un máximo de 25 personas diarias, distribuidas en grupos reducidos.

## II. EL DESCUBRIMIENTO Y LA HISTORIA DE INVESTIGACIÓN

**Mario Menéndez**



Figura 2.1.: Ricardo Duque de Estrada, VIII Conde de la Vega del Sella (Izquierda) y Hugo Obermaier (derecha).

El reconocimiento científico del arte rupestre prehistórico de la cueva cántabra de Altamira, en 1902, tras una dura e injusta polémica cargada de prejuicios, desencadenó una intensa búsqueda de manifestaciones artísticas en las cuevas cántabras. Las primeras que se descubrieron en Asturias fueron las del Pindal y la Loja, en 1908, inaugurando un periodo de hallazgos de extraordinaria fecundidad, en cuyo estudio participaron con frecuencia los clérigos y la nobleza local. La primera Gran Guerra Europea, de 1914 a 1918, sorprendió a Hugo Obermaier, sacerdote alemán y entonces uno de los más reputados especialistas europeos en Prehistoria, realizando excavaciones en la Cueva del Castillo (Cantabria). Se acogerá a la neutralidad española y Ricardo Duque de Estrada, Conde de la Vega del Sella, le acogerá igualmente en su casona de Nueva (LLanes), desde donde iniciarán juntos una fecunda labor arqueológica. (Figura 2.1.).

En diciembre de 1916 el Conde mandó a su prospector, Cesáreo Cardín, a visitar la Cueva de las Inxanas, próxima al pueblo de Cardes, en el concejo de Cangas de Onís, que por la similitud de su nombre con personajes de la mitolo-



Figura 2.2.: Palacio del Conde de la Vega del Sella en Nueva de Llanes.

gía asturiana sugería cierto interés etnográfico. Una feliz confusión hizo que Cardín se topase con la Cueva del Buxu en la que penetró por un pequeño agujero que aún puede observarse sobre el dintel de la puerta actual de la cueva, al fondo del actual abrigo o antecueva. El hallazgo de grabados y pinturas en las paredes interiores de la profundidad de la gruta hizo que Obermaier y el Conde acometieran su estudio de inmediato. (Figura 2.2.).

Se ayudaron para la realización de los dibujos de Francisco Benítez Mellado, pintor cordobés y dibujante de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (CIPP), dependiente del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. El resultado de este trabajo fue magnífico. En 1918, dos años después del descubrimiento de la Cueva del Buxu, H. Obermaier y el Conde de la Vega del Sella publicaron el Arte rupestre de la caverna en una monografía de la CIPP que resultó modélica en lo atinado de los aspectos científicos y en la extraordinaria calidad de las reproducciones de Benítez Mellado. Quienes hemos trabajado en el Buxu sabemos de la minuciosidad y el rigor del trabajo realizado por estos investigadores teniendo en cuenta los medios técnicos disponibles en la época y el nivel de conocimientos de una disciplina, la Prehistoria, que acababa de nacer al mundo científico. (Figura 2.3.).



Figura 2.3.: Edición de la CIPP sobre La Cueva del Buxu, publicada por Obermaier y el Conde en 1918.



Figura 2.4.: El valle del Güeña, con la Peña del Sedu en el centro. En primer plano Nieda y, a la izquierda, Cangas de Onís.

La publicación de Obermaier y el Conde intentó ser un estudio integral y definitivo de la Cueva del Buxu, una interpretación global de la misma como un santuario no habitado para actividades logísticas y más o menos domésticas, sino solamente visitado “con fines mágicos o religiosos” (1918: 42). Obermaier, en su obra “El Hombre Fósil” compendio de los conocimientos de Prehistoria en 1925, compara el Buxu con otros santuarios sin yacimiento arqueológico, como la Pasiega, “inhabitables del todo o apenas accesibles” (1925: 272). Y ambos autores consideran su arte como el resultado de un ciclo corto en el tiempo, centrado en el Magdaleniense inferior y medio. Es decir, La Cueva del Buxu no fue considerada como un hábitat ocasional o permanente, con utilidad residencial o logística; sino como un lugar que se visitaba únicamente con fines religiosos o simbólicos. Es, según Obermaier y el Conde, exclusivamente un santuario. (Figura 2.4.).

Otro de los grandes sistematizadores de la Prehistoria europea, el abate francés Henry Breuil incluyó la Cueva del Buxu en su libro *Quatre cents siècles d'art pariétal*, obra monográfica sobre el Arte rupestre paleolítico conocido en 1952. En esta obra Breuil no aporta novedades sustanciales al arte ya conocido en el Buxu, pero afirma que sí existe yacimiento arqueológico en la cueva y que el mismo, como las obras rupestres, es de época magdaleniense (1952: 382). Hoy sabemos que esta apreciación es parcialmente acertada, pero Breuil no pudo ver las pruebas pues el yacimiento arqueológico exterior estaba arrasado por la erosión de la terraza y lo que quedaba al interior y una parte del exterior de la cueva, estaba cubierto y sellado por una gruesa capa estalagmítica que fue necesario romper, con gran dificultad, en las excavaciones arqueológicas posteriores. Hoy sabemos que la cueva fue, al menos, visitada durante diferentes épocas prehistóricas, pero habitada en el Solutrense, en el tramo central del Paleolítico superior, cuyos restos materiales constituyen el interesante yaci-

miento arqueológico que aquí presentamos en otro capítulo. En ese mismo año de 1952, Eduardo Ripoll reestudió la cueva para su tesis doctoral que nunca llegará a publicarse. Hemos podido revisar los dibujos que realizó del arte rupestre gracias a la generosidad de Sergio Ripoll. Estos dibujos representan una instantánea del estado de la cueva



Figura 2.5.: Arco de entrada al santuario, donde aparecen las primeras figuras pintadas. a: Recreación del estado antes del vaciado del suelo realizado en 1954; b: Estado actual.



Figura 2.6.: El profesor Francisco Jordá Cerdá en su etapa como director del Museo Arqueológico de Asturias (1955-1962).

36 años después de su descubrimiento y la confirmación del buen trabajo previo de Benítez Mellado.

En esa misma década de los años cincuenta, concretamente en 1954, el clérigo ovetense D. José Bueta dirigió unas obras destinadas a facilitar el acceso hasta el arte rupestre del fondo de la cueva. Con mejor intención que criterio hizo agrandar el agujero por el que accedió Cardín al interior de la misma a fin de colocar una puerta, a la vez que hizo rebajar el nivel del suelo desde el borde exterior de la terraza, arrojando al talud de la misma, hacia el arroyo, los restos extraídos. (Figura 2.5.). Esta desgraciada decisión alteró profundamente la fisonomía del abrigo y destruyó una parte sustancial del yacimiento arqueológico exterior. Quizá se conserven los restos de posibles ocupaciones más antiguas, presolutrenses, bajo los grandes bloques de derrumbe que aún ciegan parte del abrigo y no fueron removidos. Sobre ellos, bajo un suelo estalagmítico cuyos relictos se pueden observar en las paredes actuales, se depositaron los restos de la ocupación solutrense y, probablemente también magdaleniense, que solamente se han conservado en interior actual de la cueva, tras pasada la puerta artificial de acceso a la misma.

La presencia en Asturias desde 1952 de Francisco Jordá, uno de los grandes sistematizadores de la Prehistoria española, como jefe del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial, propiciará algunas visitas de estudio y revisión a la cueva, sobre todo durante los años 60. (Figura 2. 6.).

La cueva del Buxu siempre formó parte de los numerosos trabajos de síntesis del profesor Jordá, aunque nunca dedicó a la misma una atención monográfica. En resumen, las diferentes referencias de Jordá al arte del Buxu no contradicen las afirmaciones de Obermaier y el Conde, si bien matizan algunos aspectos, sobre todo de tipo cronológico,



Figura 2.7.: Magín Berenguer, artista que realizó reproducciones y estudios en diferentes yacimientos arqueológicos asturianos.

como que el numeroso grupo de “tectiformes” grabados son efectivamente magdalenienses, pero repitiendo un modelo que “parece derivar de tipos solutrenses” (Jordá, 1978: 80). Confirma igualmente, como luego hará el pintor y erudito asturiano Magín Berenguer (Figura 2.7.), la excelente calidad y fidelidad de las reproducciones de Benítez Mellado, aunque este último publicó sus propios dibujos a mano alzada, de gran belleza, si bien fueron realizados con un criterio más artístico que arqueológico (Berenguer, 1984 y 1994). Estos dibujos, aunque se publicaron casi 30 años más tarde, fueron realmente realizados en 1956 como indica el autor (Berenguer, 1984:137). Es un dato importante para establecer la cronología del deterioro sufrido por el arte rupestre de la cueva.

En 1968, el sacerdote y arqueólogo orientalista Emilio Olávarri, que había sido director del Instituto Español de Jerusa-



Figura 2.8.: Emilio Olávarri, arqueólogo que realizó las primeras excavaciones arqueológicas en la Cueva del Buxu en 1970.



Figura 2.9.: Justificante económico ante la Comisión de Cultura de la Diputación provincial de los gastos de la excavación de 1970.

len, conocido como “Casa de Santiago” y se había formado en la arqueología oriental y bíblica en L'École Biblique bajo el magisterio de R. de Vaux y en la British School of Archaeological Research con K. Kenyon, retornó a Asturias y a sus clases de Ciencias Bíblicas en el Seminario de Oviedo ante la nueva situación que se creó en Israel tras la guerra de 1967. (Figura 2.8.). Accederá a la dirección del Servicio de Investigaciones Arqueológicas, vacante tras la marcha de Jordá para ocupar su cátedra en la Universidad de Salamanca. El primer proyecto de investigación que acometerá Olávarri en Asturias será la excavación de la Cueva del Buxu, durante los meses de abril y mayo de 1970. No fue una excavación extensiva, sino cuatro catas abiertas en el primer tramo interior de la cueva, una vez traspasada la puerta artificial de acceso a la misma. El resultado de estos trabajos será la constatación de que existía un yacimiento solutrense a la entrada de la cueva, invalidando la afirmación de Obermaier y el Conde sobre su exclusivo carácter de santuario y la inhabitabilidad de la misma. (Figura 2.9.). Los materiales arqueológicos de aquella excavación, así como toda la información relacionada con la misma, me fueron generosamente cedidos por Olávarri y, bajo su consejo, constituyeron el tema de mi memoria de licenciatura en Arqueología, presentada en la Universidad Autónoma de Madrid en Junio de 1981, publicando los materiales arqueológicos y una revisión del Arte rupestre poco tiempo después (Menéndez, 1984). Los restos paleontológicos de la macrofauna hallada en la excavación de Olávarri de 1970 fueron estudiados e igualmente publicados por Enrique Soto, del CSIC (Soto, 1984).

En el verano de 1985 asumí la dirección del equipo investigador que realizó excavaciones arqueológicas y estudió el Arte rupestre de la Cueva del Buxu. Durante cinco



Figura 2.10.: Excavación de abril de 1970 de la Zona B.

años, financiados por la Consejería de Educación del Gobierno del Principado de Asturias, realizamos campañas de investigación arqueológica en la cueva y en otros puntos de la cuenca media del río Sella. Con equipos de la Universidad Complutense de Madrid primero, y de la UNED después, dedicábamos el verano a esta grata ocupación, hasta 1990. (Figura 2.10.). En ese año simultaneamos los trabajos en el Buxu con un somero estudio de la Cueva de la Güelga, situada en la ladera opuesta del valle, una frente a otra. Pretendíamos con este nuevo proyecto, financiado por la FICYT (Fundación para el Fomento en Asturias de la Investigación Científica aplicada y la Tecnología), realizar un estudio regional que permitiera entender la Cueva del Buxu como parte de un conjunto de asentamientos residenciales y logísticos que, ocupados alternativamente en un ámbito geográfico tan bien delimitado como lo es la cuenca del río Sella, constituyeron muy probablemente la geografía anual de los grupos cazadores de esta zona de Asturias durante el Paleolítico superior. La prolongación de los trabajos arqueológicos en la Cueva de la Güelga hasta la actualidad y la colaboración con otros equipos de investigación en la misma zona, la cuenca del río Sella, nos obligó a abrir el foco y a ampliar el ámbito geográfico hasta la cuenca baja del río, la bahía de Ribadesella y sus numerosos e importantes yacimientos paleolíticos. Y a ampliar también el ámbito de estudio al mundo simbólico, vistas las concurrencias que resultaban evidentes entre la cuenca media, en el entorno de Cangas de Onís, y la cuenca baja, alrededor de la desembocadura del Sella, en lo que se refiere al arte de los pequeños objetos transportables y, como veremos, del mismo modo en el arte rupestre o parietal realizado en el interior de las cuevas. Es decir, no solo en el ámbito arqueológico y logístico sino también en el mundo



Figura 2.11.: Equipo de la campaña de excavación de 1986.

simbólico o espiritual. Esta visión de escala regional como ámbito de estudio y la colaboración con otros equipos ha dado lugar a algunas publicaciones de gran interés para conocer mejor no solamente a los grupos de cazadores-recolectores que ocuparon la cueva del Buxu durante el Solutrense, sino a un estilo de vida de los pobladores de esta cuenca fluvial durante el Paleolítico, por encima de las concretas divisiones culturales que manejamos los arqueólogos (Hernanz et al. 2012; Balbín, 2014). (Figura 2.11.).

En resumen, estos cien años transcurridos desde el descubrimiento de la Cueva del Buxu en diciembre de 1916 han servido para que un importante conjunto de investi-

gadores haya reflexionado sobre el arte rupestre y la arqueología de la misma. El excelente trabajo de Obermaier y el Conde, en 1916, y su refrendo por la autoridad de H. Breuil en 1952 indudablemente condicionó las tímidas revisiones posteriores. Fue necesario contar con más información arqueológica del yacimiento de la entrada, nuevas obras de arte y nuevas técnicas de estudio para abordar una revisión profunda en la interpretación de la cueva, como la que aquí intentamos mostrar a los cien años de su descubrimiento. Estas informaciones han ayudado a un mejor conocimiento de nuestro pasado y han enriquecido nuestro patrimonio arqueológico y artístico con un bien cultural de primer orden, como es el conjunto de arte mueble y rupestre del Buxu. (Figura 2.12.).

Conservarlo y transmitirlo en las mejores condiciones a las generaciones futuras es nuestra responsabilidad. A lo largo de su historia la cueva ha sufrido profundas mutilaciones tanto en su yacimiento arqueológico como en el inventario de obras rupestres que se conservan sobre sus paredes. Felizmente, un sistema de visitas limitado, una iluminación adecuada y una vigilancia a los parámetros medioambientales responsables de la mejor conservación de las pinturas han revertido el proceso de deterioro. Todo ello como resultado de una profesionalización de quienes tienen el deber de cuidarlo en el día a día y un criterio igualmente más profesional y garantista de la administración.



Figura 2.12: Vista del atardecer desde la Peña del Sedu.

### III. LA GEOLOGÍA DE LA CUEVA DEL BUXU Y DE SU ENTORNO

**Jesús F. Jordá Pardo**



Figura 3.1.: Asturias desde el aire (fuente NASA).

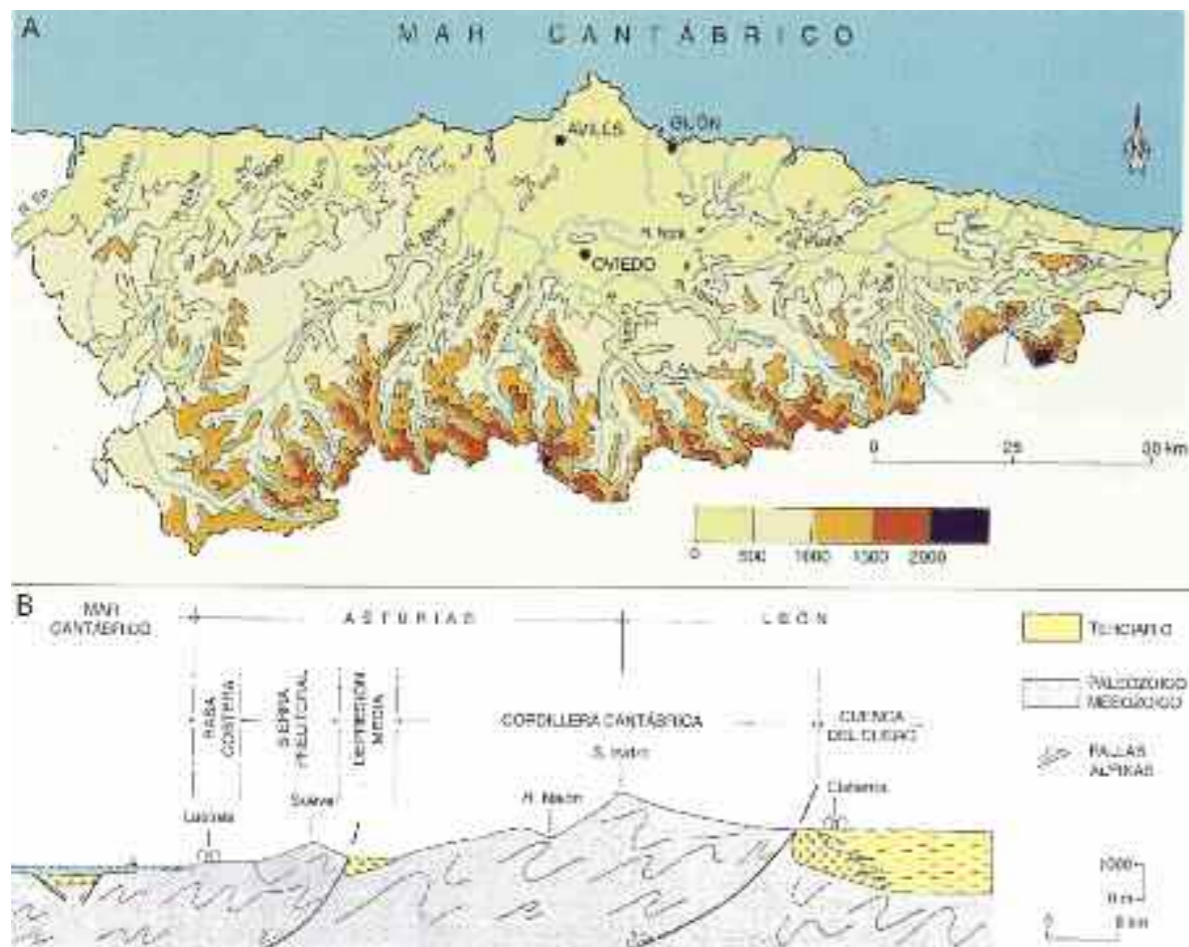


Figura 3.2.: Esquema orográfico e hidrográfico de Asturias (A) y sección geológica transversal simplificada de Asturias en la que se indican los principales rasgos del relieve (B) (ambas tomadas de Fariás y Marquínez 1995).

### III.1. La geología asturiana

Situado en el norte de la Península Ibérica, el territorio de Asturias se encuentra en el extremo occidental de la región cantábrica, estrecha franja de terreno ocupada por las montañas del mismo nombre y comprendida entre el borde norte de la Meseta por el sur y el mar Cantábrico por el norte (Figura 3.1.). De oriente a occidente, la región cantábrica se divide en tres sectores geográficos: los montes vascos, la montaña santanderina y el macizo asturiano. Los dos primeros presentan ciertas similitudes, mientras que el tercero, ofrece marcadas diferencias con los anteriores. Las altitudes máximas de la región cantábrica se encuentran precisamente en el extremo oriental del macizo asturiano, más concretamente en el macizo central o de Los Urrieles situado en los Picos de Europa, donde se alcanzan altitudes superiores a los 2.500 m (Torrecerréu, 2.648 m). Por tanto, el desnivel que presenta esta región en la vertiente norte de la zona asturiana supera en muchos casos los 2.000 m, mientras que en su vertiente sur los desniveles son menores, marcados por la cota de la Meseta. Toda la región está dominada en su vertiente septentrional por un relieve escalonado, desde las altas cumbres y las sierras prelitorales hasta las rasas costeras y el dominio litoral, que pueden agruparse en tres grandes tipos de unidades fisiográficas: las montañas, los valles fluviales y la superficie de la rasa costera. Los principales valles fluviales de Asturias corresponden a los ríos Eo y Navia en el occidente, Nalón y su afluente el Narcea, en la zona central y suroccidental y



Figura 3.3.: Principales unidades geológicas de la Península Ibérica y Baleares, con indicación de la posición de la zona donde se encuentra la Cueva del Buxu (tomado de Vera 2004).

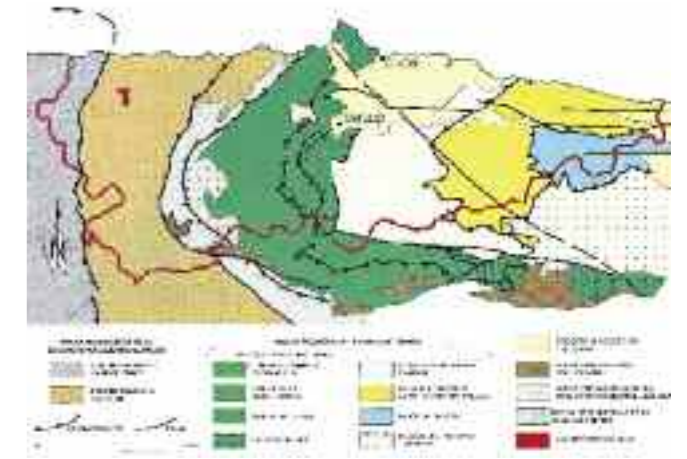


Figura 3.4.: Esquema geológico simplificado del territorio asturiano con indicación de las principales unidades geológicas (tomado de Bastida y Aller 1995).

Sella y su afluente el Piloña, en la zona oriental (Figura 3.2.). En general, la red fluvial asturiana corre de sur a norte, condicionada por el relieve de la Cordillera Cantábrica, con algunos tramos fluviales de direcciones con tendencia este-oeste.

Geológicamente, el territorio de Asturias se extiende sobre dos unidades geológicas principales relacionadas respectivamente con las orogénias Varisca y Alpina: el Macizo Ibérico y la Cordillera Cantábrica (Figuras 3.3. y 3.4.). La unidad más antigua corresponde al extremo norte del Macizo Ibérico, caracterizado por rocas precámbricas y paleozoicas prepérmicas deformadas durante la orogenia Varisca (también llamada Hercínica), agrupadas en la Zona Asturoccidental-leonesa, cuyo extremo oriental se extiende por el occidente asturiano y la Zona Cantábrica (Lotze, 1945), que ocupa el centro y oriente asturianos. La Zona Cantábrica corresponde al borde externo del Macizo Ibérico y está situada en el núcleo del llamado Arco Astúrico o Ibero-Armoricano. De oeste a este se divide en varias regiones con diferentes características geológicas (Julivert, 1971): región de Pliegues y Mantos, Cuenca Carbonífera Central, región del Manto del Ponga, Picos de Europa y, fuera ya del territorio asturiano, región del Pisuerga-Carrión. La unidad más reciente forma parte del segmento occidental de la Cordillera Pirenaica, que desde la falla de Pamplona hacia el oeste recibe el nombre de Cordillera Cantábrica (Barnolas y Pujalte, 2004). Dentro de esta, el territorio de Asturias se extiende por su porción central conocida como Macizo Asturiano (Rat, 1988), que enlaza por el este con la Cuenca Vasco-Cantábrica y por el oeste con su zona occidental desarrollada sobre materiales del Macizo Ibérico en las montañas de Galicia (Barnolas y Pujalte, 2004). El Macizo Asturiano se encuentra mayoritariamente formado por los materiales precámbricos y paleozoicos ya citados de las zonas Asturoccidental-leonesa y Cantábrica del Macizo Ibérico deformados de

nuevo durante la orogenia Alpina, a los que hay que añadir los materiales sedimentarias de la cobertera post-varisca igualmente deformados en el ciclo alpino. Un primer grupo lo constituyen los sedimentos depositadas durante el Pérmico y el Mesozoico que afloran en una estrecha franja de dirección E-O que corre desde Avilés al oeste hasta Ribadesella y Benia de Onís al este, con sendos retazos aislados en la costa oriental y en la zona de los Picos de Europa (García-Ramos y Gutiérrez Claverol, 1995). Sobre estos materiales mesozoicos se disponen depósitos de la primera parte del Cenozoico en unas cuencas sedimentarias generadas por los movimientos compresivos y distensivos de las etapas tardías del ciclo alpino que las aíslan del mar y confieren un carácter endorreico a la sedimentación, salvo en la zona de Colombres donde sí se produce sedimentación marina (García-Ramos y Gutiérrez Claverol, 1995). Finalmente, sobre todos estos conjuntos de rocas (precámbricas, paleozoicas, mesozoicas y cenozoicas) y estructuras (variscas y alpinas) se disponen los depósitos del Cuaternario que ofrecen una gran variedad de facies sedimentarias: glaciares y periglaciares, de ladera y fluviales, lacustres y palustres, kársticas y litorales.

### III.2. Materiales y rocas

En cuanto a las litologías dominantes, en el occidente de Asturias (Zona Asturoccidental-leonesa) afloran mayoritariamente materiales silíceos (pizarras, areniscas, cuarcitas) de edad precámbrica, cámbrica, ordovícica y silúrica, entre las que destacan por su extensión, las Pizarras del Narcea, y por los relieves que configura, la Cuarcita de Barrios, mientras que las rocas carbonatadas están representadas por las Calizas de Vegadeo del Cámbrico (Bastida y Aller, 1995). Además, en el occidente asturiano existen pequeños afloramientos de rocas ígneas emplazadas durante la orogenia Varisca, como son el granito de Boal, las granodioritas y gabrodioritas de Salave y Porcia los gneises de Pola de Allande, a los que hay que unir en la zona central y oriental las intrusiones calcoalcalinas de Salas-Belmonte y de Infiesto (Suárez, 1995). Por su parte, en el centro y este asturiano (Zona Cantábrica) se caracterizan por una mayor presencia, junto con las rocas silíceas predevónicas, de rocas carbonatadas de edad devónica y carbonífera, como son la conocida desde antiguo como Caliza de Montaña, que se corresponde con las actuales calizas de las formaciones Barcaliente y Valdeteja, y las calizas de la Formación Escalada y de la Formación Picos de Europa, todas ellas del Carbonífero (Bastida y Aller, 1995). Discordantes sobre los materiales precámbricos y paleozoicos se encuentran los depósitos de la cobertera post-varisca del Pérmico y del Mesozoico con conglomerados, areniscas, lutitas, margas, calizas y dolomías, estas últimas predominantes en el Jurásico y Cretácico entre las que se puede mencionar las calizas y margas de la Formación Rodiles

del Jurásico inferior y medio y las calizas de la Formación Oviedo del Cretácico superior (García-Ramos y Gutiérrez Claverol, 1995). Los materiales cenozoicos de carácter continental corresponden básicamente a conglomerados, areniscas, limolitas, margas y calizas, entre los que destacan los conglomerados de la Formación Posada del Paleógeno, donde se encuentra excavada la cueva de El Sidrón (Infiesto) (Martínez García, 2014). En el territorio del concejo de Cangas de Onís afloran de oeste a este los materiales arenosos, limos y carbonatados del Cretácico que en algunos puntos aparecen coronados por conglomerados, arenas y lutitas del Eoceno-Oligoceno. Discordantes sobre todos estos grupos de materiales se encuentran los depósitos de cantos, gravas, arenas, limos y arcillas del Cuaternario.

### III.3. Geomorfología de Asturias

Desde la óptica de la Geomorfología, la región cantábrica corresponde a la unidad geomorfológica denominada Cordillera Cantábrico-Astúrica, articulada en dos unidades de relieve principales, la Cordillera Cantábrica y los Montes Galaico-Leoneses, compartimentadas en macizos, valles y cuencas (Martín Serrano, 1994). La Cordillera Cantábrica conecta por su extremo suroccidental con los Montes Galaico-Leoneses, mientras que hacia el este llega hasta los Picos de Europa, por donde enlaza con las montañas de Cantabria. En el territorio de Asturias, esta unidad geomorfológica está constituida por una serie de alineaciones montañosas y sierras de dirección este-oeste, surcadas por cursos fluviales que discurren en su mayoría de sur a norte, con algunos tramos de dirección este oeste. Esta red fluvial, que en sus cursos altos discurre muy encajada, da lugar a estrechos valles en sus tramos medios, que se abren progresivamente hacia el mar, para formar valles abiertos en las zonas de desembocadura y, en algunos casos, estuarios, rías y ensenadas. En general, son muy notables las diferencias entre los relieves occidentales y los del centro y oriente de Asturias. Las principales divisiones geomorfológicas del territorio asturiano son, de oeste a este, las siguientes: las sierras occidentales con los macizos de Oscos-Degaña, Allande y Tineo sobre los materiales de la Zona Asturoccidental-leonesa, y las sierras centrales y meridionales, el reborde litoral, el escalón intermedio, la depresión longitudinal o surco prelitoral, la cuenca central, las sierras surorientales, las sierras planas y los Picos de Europa, en la Zona Cantábrica (Martínez García 1981; Martín Serrano 1994).

En las sierras occidentales se observa la existencia de restos de una antigua penillanura de arrasamiento continental desarrollada durante el Mesozoico que equivaldría a la penillanura gallega y del occidente de la Meseta y que en el oeste asturiano se sitúa entre los 800 y 600 m de altitud con buenos ejemplos en el macizo de Allande. Las sierras

alcanzan cotas en torno a 1.000 m en el macizo de Tineo, 1.200 m en el de Allande y Oscos y 1.900 m en el de Degaña, con sucesiones de sierras alineadas según las direcciones estructurales variscas, con predominio de las alineaciones norte-sur que condicionarán el desarrollo de la red fluvial. Las sierras centrales y meridionales están limitadas al oeste por el Narcea y al este por el Nalón y son potentes alineaciones de rocas silíceas y calizas que alcanzan cotas superiores a los 2.000 m. Más hacia el este y al sur de la depresión longitudinal se encuentra la cuenca central, coincidente con la Cuenca Carbonífera central, caracterizada por la presencia de materiales rocosos poco resistentes que dan lugar a suaves relieves con elevaciones en las sierras calizas entre 1.000 y 2.000 m. Las sierras surorientales se extienden entre la divisoria sur de la cordillera, la cuenca central, la depresión intermedia y los Picos de Europa, y se caracterizan por presentar estrechas y afiladas sierras con cotas entre 600 a 2.100 m que limitan valles fuertemente encajados. En el oriente asturiano, los Picos de Europa, están formados por una serie de macizos montañosos de fuertes relieves y profundos encajamientos fluviales, desarrollados sobre los materiales carbonatados carboníferos, donde se alcanzan las cotas más altas de la cordillera, superiores a los 2.500 m, como son los picos Torrecerréu (2.648 m) y Naranjo de Bulnes (2.559 m). Constituyen un potente macizo calcáreo, de paisaje escarpado, producto del glaciario y la karstificación, elevado entre las depresiones del Cares y la Liébana. Al sur se divide en tres macizos diferentes, el Cornión u occidental, Los Urrieles o macizo central y Ándara u oriental (Martínez García 1981); mientras que en su zona norte presenta un relieve mucho menos elevado. Las sierras planas se extienden entre el mar Cantábrico y la depresión longitudinal, desde la vertiente occidental del Suevo hasta el río Deva, y configuran una serie de alineaciones montañosas de dirección

este-oeste y cumbres planas, con cotas que varían desde los 1.200 m en el Cuera y el Suevo hasta los 200 m en La Borbolla, que corresponden a antiguas superficies de erosión marina emergidas durante la orogenia Alpina. La depresión longitudinal es una estrecha franja deprimida de 80 km de longitud desde el río Narcea, al oeste de Oviedo, hasta Corao y Benia al este del Sella, desarrollada sobre los materiales de la cobertera sedimentaria mesozoica y cenozoica, con suaves relieves cuyas altitudes oscilan entre los 400 y los 250 m. Está atravesada por los ríos Nalón y Sella y sus respectivos afluentes. El reborde litoral está caracterizado por la superficie de abrasión marina de la rasa costera que recorre toda la costa con cotas inferiores a 110 m y enlaza de forma brusca con el escalón intermedio de la zona central de Asturias situado a unos 400 m de altitud.

De manera simplificada Farías y Marquínez, (1995) establecen cinco regiones geomorfológicas: litoral y rasas costeras, subregión occidental, subregión central, cobertera mesozoico-terciaria y Picos de Europa y sierras calcáreas del oriente (Figura 3. 5.). Además, sobre los Picos de Europa y las subregiones occidental y central se desarrolla la denominada unidad glaciaria, sobre la subregión occidental existe una subunidad de paleorrelieves continentales equivalentes a la superficie de erosión finicretácica antes citada, y sobre las subregión central y extremo oriental de las rasas costeras y litoral se desarrollan macizos kársticos.

Los principales rasgos geomorfológicos que definen el territorio asturiano corresponden a las formas y depósitos glaciares y periglaciares en las zonas altas de las montañas, las superficies de arrasamiento en las sierras del interior, los valles fluviales con depósitos en terrazas y llanuras aluviales de variada entidad entre las altas cumbre y la costa, las laderas de los valles con o sin depósitos, las superficies escalonadas de la rasa costera que configuran una estrecha

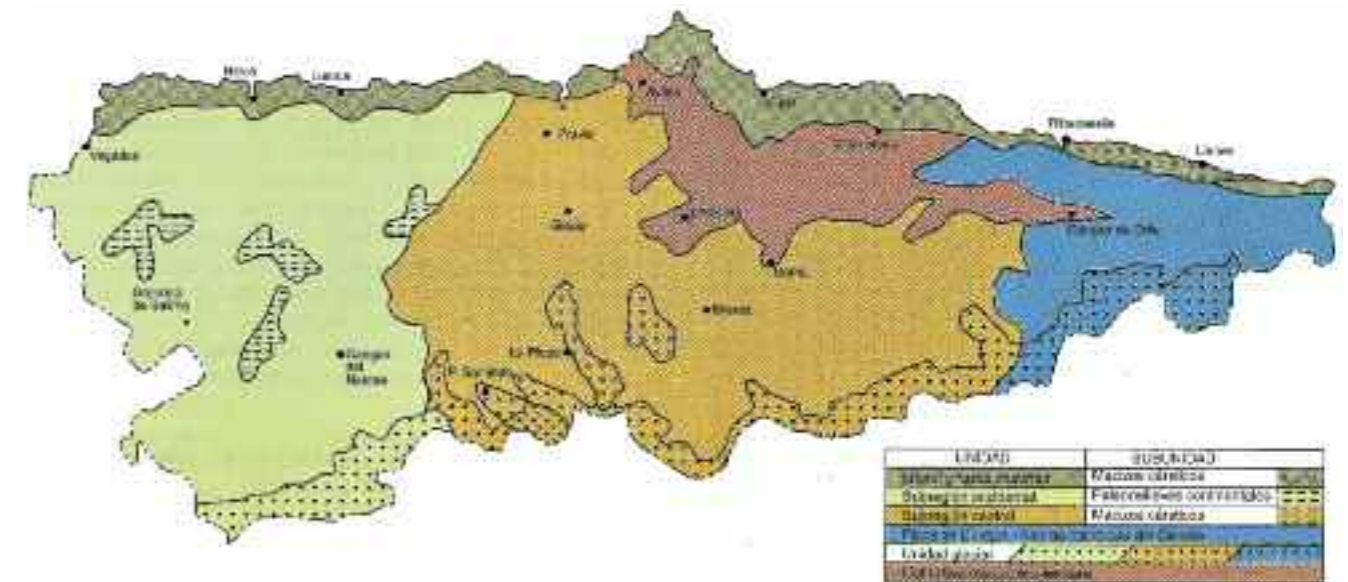


Figura 3.5.: Esquema de las principales unidades geomorfológicas de Asturias (tomado de Farías y Marquínez 1995).

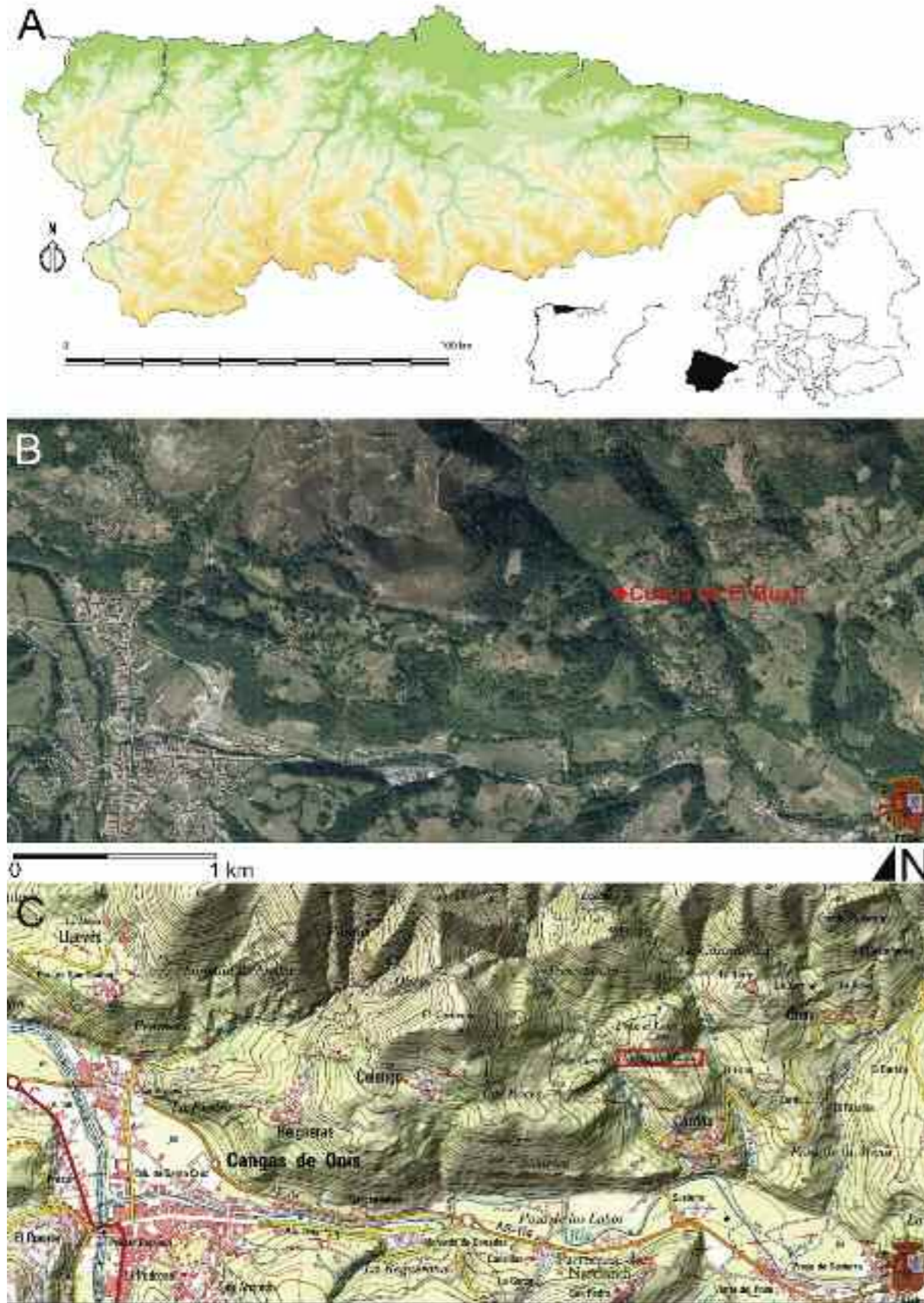


Figura 3.6.: A: situación geográfica de la Cueva del Buxu en el contexto europeo, peninsular y asturiano (ilustración de Luis Teira Mayolini). B y C: situación de la Cueva del Buxu en la zona de Cangas de Onís, sobre fotografía aérea y mapa topográfico (elaborado a partir de SIGPAC en línea).

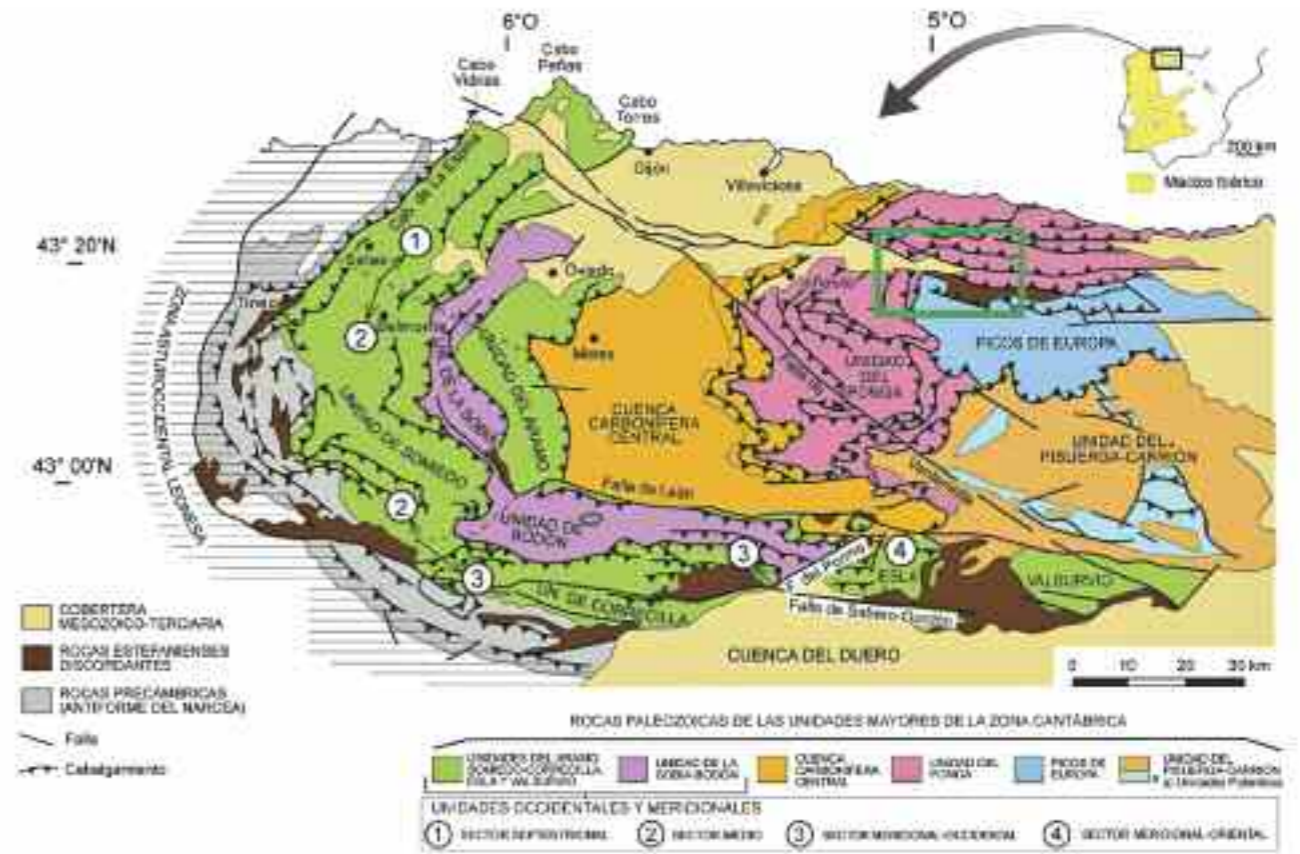


Figura 3.7.: Esquema geológico de la Zona Cantábrica con indicación de la zona de Cangas de Onís donde se encuentra la Cueva del Buxu (tomado de Bastida 2004, a partir de Julivert 1971).

franja subhorizontal paralela a la costa, las formas y depósitos kársticos desarrollados mayoritariamente en el centro y oriente de Asturias sobre rocas carbonatadas y las formas litorales que incluyen rías, estuarios, ensenadas, playas, superficies de abrasión marina y acantilados (Jordá Pardo *et al.* 2014).

### III.4. La Cueva del Buxu en su contexto geológico

La Cueva del Buxu se encuentra en el extremo oriental de Asturias, concejo de Cangas de Onís, en la localidad de Cardes situada unos dos kilómetros al este de la capital del concejo (Figura 3.6.). El concejo de Cangas de Onís se encuentra en la Zona Cantábrica (Figura 3.7.) y la parte norte de su territorio se extiende sobre la región del Manto del Ponga, mientras que su parte sur lo hace sobre la de los Picos de Europa. Este territorio se caracteriza por fuertes y contrastados relieves que son más acusados hacia el sur, relieves desarrollados sobre cuarcitas, areniscas, pizarras y calizas que se encuentran afectadas por pliegues, fallas y cabalgamientos producidos durante la orogenia Varisca y por nuevas estructuras originadas en el ciclo alpino (IGME, 1986). De oeste a este está atravesado por la depresión longitudinal asturiana con areniscas, limolitas y calizas meso-

zoicas y conglomerados y lutitas cenozoicas, afectadas por suaves pliegues y fallas de la orogenia Alpina que dan lugar a una zona deprimida con suaves relieves que recorren el río Sella y su afluente el Güeña. En este contexto geológico y geomorfológico es en el que se encuentra la Cueva del Buxu, que se abre al pie del escarpado farallón rocoso de la Peña el Cedro o Sedu, cuyo punto más alto se emplaza a



Figura 3.8.: Vista general del valle del Güeña donde destaca la Peña el Cedro, en cuya ladera se encuentra la Cueva del Buxu.

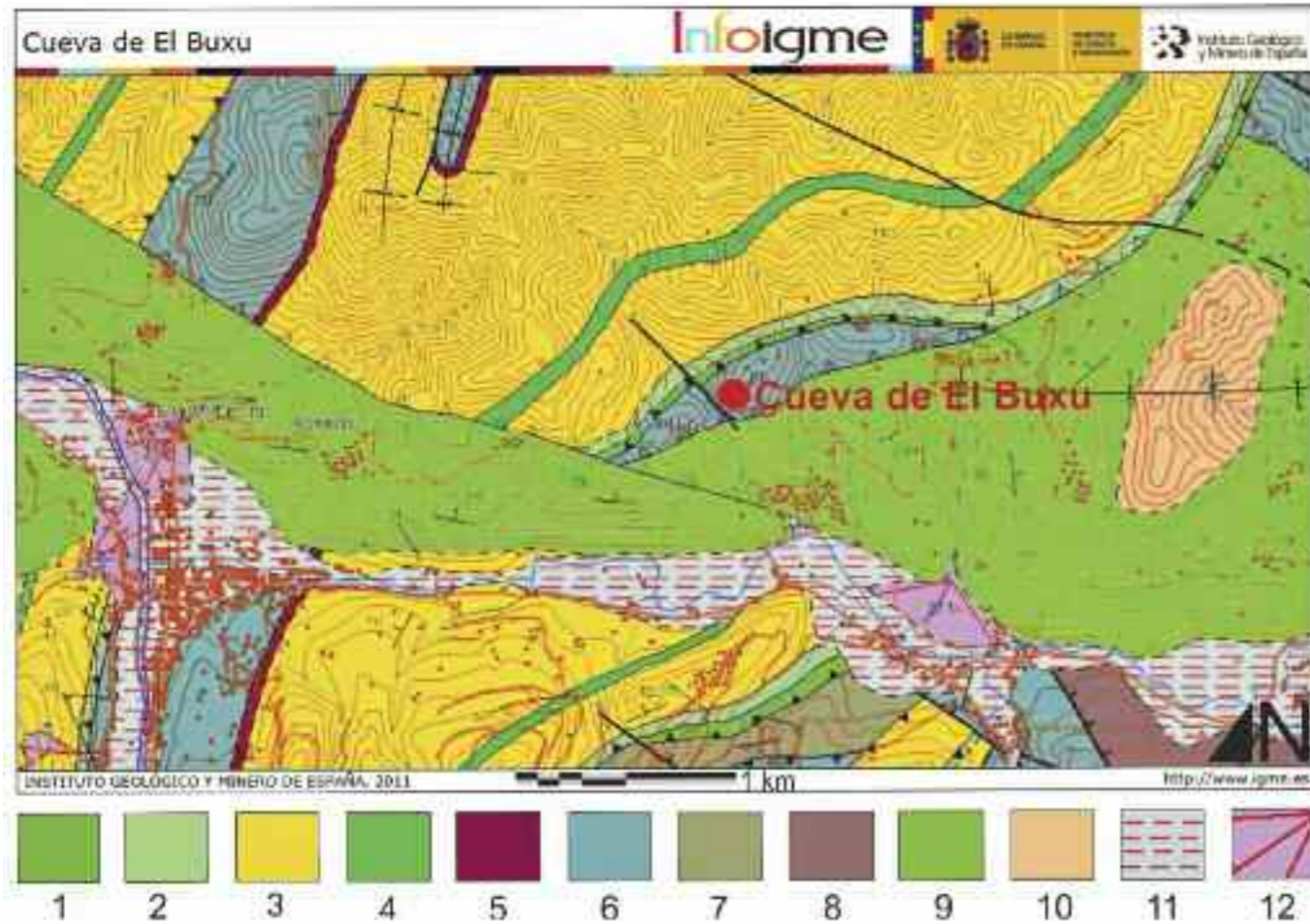


Figura 3.9.: Mapa geológico de la zona donde se encuentra la Cueva del Buxu (elaborado a partir de GEODE en línea). Leyenda: 1, calizas grises, dolomías, margas y calizas nodulosas de la Formación Láncara (Cámbrico inferior – Cámbrico medio); 2, pizarras, areniscas y cuarcitas de la Formación Oville (Cámbrico inferior – Cámbrico medio); 3, Cuarcitas, areniscas y pizarras de la Formación Barrios (Cámbrico superior – Ordovícico inferior); 4, lutitas y limolitas negras de la Formación Pizarras del Suevo (Cámbrico superior – Ordovícico inferior); 5, calizas nodulosas rojas de la Formación Alba (“caliza griotte”) (Carbonífero inferior); 6, calizas negras y fétidas de la Formación Barcaliente (Carbonífero inferior - superior); 7, lutitas, areniscas, margas y calizas del Carbonífero superior; 8, lutitas, areniscas, conglomerados calcáreos, brechas y calcilitas de la Formación Cavandi (Carbonífero superior); 9, areniscas, arenas y calizas (Cretácico); 10, conglomerados, arenas, arcillas y calizas (Eoceno - Oligoceno); 11, cantos, gravas y arenas (llanura aluvial) (Cuaternario); y 12, conglomerados, brechas y arenas (derrubios de ladera y conos aluviales) (Cuaternario).

293 m sobre el nivel del mar (Figura 3.8.), limitado por planos de cabalgamiento y fallas y labrado por el encajamiento fluvial en las calizas negras y fétidas de la Formación Barcaliente del Carbonífero inferior-superior (Figura 3.9.), en las cuales se desarrolla la cavidad kárstica que constituye la citada cueva. La boca de la cavidad se encuentra a 15,5 m por encima del arroyo Entrepeñas, un pequeño cauce tributario del río Güeña, afluente del Sella por la derecha, y a una cota de 177 m sobre el nivel del mar. Al norte y noroeste del plano del cabalgamiento existente en las calizas carboníferas en la que se desarrolla la Cueva del Buxu, aparece la sucesión rocosa del Paleozoico con las calizas, dolomías y margas de la Formación Láncara, seguidas de las pizarras, areniscas y cuarcitas de la Formación Oville, ambas del Cámbrico inferior-medio, a las que siguen las cuarcitas de la Formación Barrios con intercalaciones de lutitas y limolitas negras de la Formación Pizarras del

Suevo, ambas del Cámbrico superior - Ordovícico medio, y las calizas nodulosas rojas de la Formación Alba (conocida como “caliza griotte”) del Carbonífero inferior, para terminar de nuevo con las calizas de la Formación Barcaliente del Carbonífero inferior-superior (IGME, 1986). Al sur, este y oeste del farallón de El Buxu se extienden las areniscas, arenas y calizas del Cretácico, que configuran los suaves relieves del valle del Sella entre Arriendas y Cangas de Onís; y del valle del Güeña entre Cangas y Mestas de Con. Por encima de estos depósitos aparecen conglomerados, arenas, arcillas y calizas de edad Eoceno-Oligoceno (Cenozoico) que afloran coronando varios cerros como el de Sopena al oeste y Palmoreyo e Iguedo al este (IGME, 1986). Finalmente, la zona de Cangas de Onís está recorrida de este a oeste y de sur a norte por los depósitos detríticos de la llanura aluvial de los ríos Sella y Güeña de edad holocena (Cuaternario).



Figura 3.10.: Vista parcial del arroyo Entrepeñas, por encima del cual se encuentra la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).



Figura 3.11.: Entrada al vestíbulo exterior de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).

### III.5. Descripción geológica de la cueva

La Cueva del Buxu es una cavidad kárstica de carácter senil producida por la disolución de las rocas calizas de la Formación Barcaliente (IGME, 1986), cavidad que, con posterioridad a su formación, se vio afectada por una intensa actividad erosiva en la ladera del farallón rocoso por cuya base discurre el arroyo Entrepeñas (Figura 3.10.), erosión que produjo el desmantelamiento de su galería más exterior lo que dio lugar a la actual configuración de su acceso, pues para entrar a la cueva hay que atravesar la antigua boca

norte y un corto túnel (Figura 3.11.), restos de la citada galería actualmente desaparecida a favor de la pendiente, que introduce al visitante en una repisa rocosa, vestigio de la antigua galería, en donde se encuentra la entrada actual a la cueva así como otra pequeña entrada situada unos metros más hacia el sur. Este espacio exterior, conocido como vestíbulo (Obermaier y Conde de la Vega del Sella, 1918), es el resto de la antigua galería y presenta una morfología de abrigo rocoso con una discreta visera que cubre una estrecha franja donde descansan grandes bloques desprendidos del techo así como depósitos cementados (Figura 3.12.).

La entrada original de la Cueva del Buxu, previa a su



Figura 3.12.: Vestíbulo exterior de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).



Figura 3.13.: Entrada actual de la Cueva del Buxu con la primera puerta de protección (fotografía JFJP).



A la izquierda. Figura 3.14.: Acceso actual de la Cueva del Buxu con el rebaje escalonado realizado en los depósitos de la entrada y la segunda puerta de protección al fondo (fotografía JFJP).  
 En el centro. Figura 3.15.: Galería de acceso al interior de la Cueva del Buxu en la que se observa el rebaje realizado en los depósitos para permitir el acceso erguido (fotografía JFJP).  
 A la derecha. Figura 3.16.: Aspecto que ofrece el antiguo tubo kárstico por el que circulaba el agua a presión en los inicios de la formación de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).

adecuación para la visita, era un estrecho agujero que daba acceso a un conducto perpendicular a la repisa que permite el acceso a un pequeño ensanchamiento (Figura 3.13.). En la actualidad, para favorecer el paso, se ha rebajado el suelo de esta galería, que se encontraba parcialmente colmatada por depósitos detríticos y químicos, cuyas secciones pueden verse a ambos lados del estrecho pasillo de entrada (Figura 3.14). Continúa la galería (Figura 3.15.) en sentido este durante unos diez metros para girar hacia el norte y llegar a un ensanchamiento de 15 m de largo y sentido este en cuyo extremo oriental surgen dos galerías, una ciega con sentido sureste y otra en sentido norte, de 20 m de longitud que da acceso a una pequeña sala de la que surgen varias galerías. Continuando por la galería de sentido noroeste, se llega un recodo en donde se encuentra un sumidero que conecta con el nivel de circulación hídrica actual y de donde surge una galería más amplia hacia el oeste, de una veintena de metros de longitud y con un di-

vérticulo en su pared norte. Termina aquí el recorrido visitable, si bien existen otras galerías y salas que no han sido acondicionadas para la visita. A lo largo del recorrido se observa que, en un primer momento, al comienzo de su formación, las galerías funcionaron como tubos de sección subcircular por los que circulaba el agua a presión (Figura 3.16.). Posteriormente se produjo un descenso del nivel de base de la circulación hídrica lo que condujo a que el agua pasara a circular por la cueva de forma libre, lo que dio lugar a un proceso erosivo que produjo el encajamiento de las galerías originales haciéndolas alargadas verticalmente. En las paredes de las galerías se observa este proceso que se repitió varias veces en el tiempo dejando entalladuras marcadas que corresponden a las diferentes pulsaciones de estancamiento fluvial y descenso del nivel de base (Figura 3.17.). La cueva apenas cuenta con desarrollo de estalagmitas y estalactitas, si bien se observan algunas de pequeñas dimensiones en puntos muy concretos que en



A la izquierda. Figura 3.17.: Sección de la galería principal de la Cueva del Buxu en la que se observan los diferentes momentos del encajamiento fluvial (fotografía JFJP).  
 En el centro. Figura 3.18.: Fusión de estalagmitas y estalactitas que dan lugar a pequeñas columnas (fotografía JFJP).  
 A la derecha. Figura 3.19.: Colada estalagmítica en una zona de confluencia de galerías a distinto nivel (fotografía JFJP).



Figura 3.20.: Pequeños gourls desarrollados sobre una colada estalagmítica pavimentaria (fotografía JFJP).  
 Figura 3.21.: Columna y desarrollo de pequeñas estalagmitas tubulares (macarrones) en zonas de goteo zenital (fotografía JFJP).  
 Figura 3.22.: Costras estalagmíticas sobre los depósitos que rellenan parcialmente las galerías de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).

ocasiones generan columnas de pequeño diámetro (Figura 3.18.) y también coladas estalagmíticas parietales en algunas zonas donde confluyen galerías colgadas de un nivel superior (Figura 3.19.) y coladas pavimentarias con formas tipo gour (Figura 3.20.). En diferentes puntos de la cueva se observan zonas de goteo con desarrollo de pequeñas estalactitas tubulares tipo macarrón (Figura 3.21.) y delgadas costras estalagmíticas, incluso sobre los laterales y suelo del pasillo (Figura 3.22.). Toda la red de galerías se encuentra parcialmente colmatada por depósitos detríticos autóctonos con huellas de transporte por corrientes fluviales y depósitos de coladas de barro que culminan con una costra estalagmítica, los cuales han sido excavados para permitir un cómodo recorrido a los visitantes sin necesidad de arrastrarse (Figura 3.23.). Las secciones de estos depósitos pueden verse a ambos lados del pasillo. Además, los depósitos situados en la entrada de la Cueva del Buxu, tanto en la actual zona exterior, como los situados en la galería y primera sala subterránea, contienen un interesante yacimiento arqueológico del Pleistoceno superior final.

En el vestíbulo, resto de la antigua galería de acceso, de-

bajo de grandes bloques desprendidos de la visera, se encuentran depósitos de brecha blanquecina cementada por carbonatos que contiene fragmentos de huesos de grandes mamíferos (Figura 3.24.). Los clastos de caliza que componen el depósito corresponden a gelifractos o fragmentos de roca desprendidos del techo y paredes de la cavidad por la acción del hielo-deshielo (gelifración) en momentos extremadamente fríos del Pleistoceno superior. Por encima de esta brecha aparece una gruesa costra estalagmítica que se encuentra afectada por una cicatriz erosiva. La sedimentación de esta costra correspondería a un periodo templado-cálido y húmedo que permitiría la precipitación de los carbonatos. Sobre esta superficie de discontinuidad descansa un depósito de clastos angulosos de caliza producidos por gelifración, englobados en una matriz arcillosa de color marrón que también contiene restos óseos de mamíferos. Culmina la secuencia sedimentaria una costra estalagmítica de aspecto hojaldrado con aportes detríticos. Todo este conjunto sedimentario se encuentra fuertemente erosionado, de tal forma que solo se observan en la actualidad vestigios de los depósitos citados adheridos a la pared



A la izquierda. Figura 3.23.: Costras estalagmíticas sobre los depósitos que rellenan parcialmente las galerías de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).  
 En el centro. Figura 3.24.: Depósitos detríticos situados bajo un gran bloque desprendido de la visera en la zona del vestíbulo de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).  
 A la derecha. Figura 3.25.: Depósitos detríticos y químicos (costras carbonatadas) situadas en la zona de la puerta actual en el vestíbulo de la Cueva del Buxu (fotografía JFJP).



Figura 3.26.: Vista general de los depósitos estratificados del interior de la Cueva del Buxu con contenido arqueológico (fotografía JFJP).

Figura 3.27.: Otra vista de los depósitos estratificados del interior de la Cueva del Buxu con contenido arqueológico (fotografía JFJP).

del abrigo rocoso a lo largo de la repisa (Figura 3.25.). Estos depósitos ya fueron reconocidos e identificados por los primeros investigadores de la cueva Hugo Obermaier y el Conde de la Vega de el Sella (1918) así como de su colega Eduardo Hernández Pacheco (1959).

### III.6. La Geología del yacimiento arqueológico

Los depósitos arqueológicos del interior se distribuyen por la galería de acceso y la primera sala y han sido cortados por las labores de adecuación de la cueva para la visita realizada en 1954. En esta zona el profesor Mario Menéndez realizó dos catas con objeto de conocer el contenido de tales depósitos y poder describir adecuadamente su sucesión estratigráfica, si bien no se alcanzó la base rocosa de la misma (Menéndez, 1990 y 1992). A partir de las secciones estratigráficas de esas catas se puede reconocer una secuencia estratigráfica articulada en seis niveles (Figuras

3.26 y 3.27.). El inferior (Buxu 4), con un espesor visible de 50 cm, está formado por arenas fangosas de color marrón claro que hacia el techo pasan a ser fangos marrones, en ambos casos con gravas redondeadas y pequeños cantos angulosos de caliza autóctonos, así como fragmentos de huesos de mamíferos (Figura 3.28.). Por encima aparece un nivel horizontal (Buxu 3) de 17 cm de máximo espesor constituido por fangos de color marrón oscuro con bloques y cantos angulosos de caliza autóctonos y presencia de cantos de arenisca redondeados, todos ellos dispuestos de manera desorganizada (Figura 3.29.). A continuación aparece un nivel (Buxu 2) discontinuo de 5 cm de espesor máximo y forma de lentejón, integrado por fangos arenosos de color negro, con gravas de caliza autóctona y abundantes restos arqueológicos (fragmentos de huesos de mamíferos y restos de industrias líticas), que buza ligeramente hacia el interior de la cavidad (Figura 3.30.). Por encima de los niveles Buxu 2 y Buxu 3 aparece una costra estalagmítica laminada de 5 cm de espesor (Buxu Costra inferior) que



Figura 3.28.: Aspecto de los depósitos finos del nivel basal (Buxu 4) (fotografía JFJP).

Figura 3.29.: Detalle de los depósitos clásticos del nivel solutrense Buxu 3 (fotografía JFJP).



Figura 3.30.: Detalle de los depósitos clásticos del nivel solutrense Buxu 2 en los que se observa la presencia de un fragmento de hueso (fotografía JFJP).

Figura 3.31.: Detalle de los depósitos clásticos del nivel magdaleniense Buxu 1 (fotografía JFJP).



desaparece lateralmente. Sobre esta costra se dispone un depósito detrítico de 10 cm de espesor (Buxu 1), constituido por gravas angulosas de caliza con fangos y arenas, de color marrón oscuro, que se va acunando hacia el interior de la cueva hasta desaparecer (Figura 3.31.). La secuencia culmina con una nueva costra estalagmítica laminar (Buxu Costra superior) que cubre toda la secuencia y que en la base cementa las gravas infrayacentes confiriéndoles consistencia de brecha. Esta costra alcanza los 40 cm en su parte central, donde presenta el desarrollo de una columna estalagmítica, y se va adelgazando hacia las paredes de la cavidad (Figura 3.32.).

En cuanto a las evidencias de presencia de actividad humana en estos depósitos, en los niveles Buxu 3 y Buxu 2 han aparecido restos tecnológicos que indican unas ocupaciones durante el Solutrense superior, mientras que en el nivel Buxu 1, la adscripción tecnológico-cultural de los materiales parece indicar una ocupación en los inicios del Magdaleniense. En general, los minerales que componen



Figura 3.32.: Detalle de los depósitos clásticos del nivel magdaleniense Buxu 1 (fotografía JFJP).

la matriz de los sedimentos detríticos descritos corresponden a minerales silicatados aloctonos al interior del karst como cuarzo, micas y feldespatos, que predominan frente a los minerales carbonatados como calcita y dolomita. Cabe señalar que en la parte inferior del nivel Buxu 4 se detecta la presencia de hidroxilapatito, un mineral de neoformación que se forma a partir de la disolución del fósforo de los restos óseos situados en los niveles superiores y que precipita en los niveles más profundos como fosfato cálcico hidratado. Por el contrario, las costras estalagmíticas están formadas básicamente por calcita con una presencia mínima de cuarzo, a partir del agua cargada en iones bicarbonato y calcio generada en los goteos del techo de la cueva y de agua de escorrentía superficial que aportaría en escaso cuarzo.

La formación de estos depósitos responde a diferentes procesos. Por un lado, los depósitos basales fangosos-arenosos con clastos del nivel Buxu 4 corresponden a una colada de fango de alta viscosidad y baja energía que circuló por el interior de la cueva, posiblemente desde el exterior, por la fuerte presencia en los materiales de la matriz de materiales aloctonos de naturaleza silícea procedentes del exterior de la cavidad y muy similares a los que aparecen en la matriz de los depósitos de la ladera donde se encuentra la cueva. Este proceso también es el responsable del nivel Buxu 3 al que hay que unir la incorporación de clastos autóctonos por caída gravitacional desde el techo y paredes de la zona externa de cavidad por procesos de gelifración en una época con un clima extremadamente frío y húmedo. El siguiente nivel, Buxu 2, responde a una nueva colada de fangos procedentes del exterior que incorpora clastos de gelifración desprendidos en la zona del vestíbulo, colada de menor energía lo que hace que solo penetre unos metros en el interior, desarrollada también en un momento frío y húmedo. Sobre estos depósitos detríticos se dispone una costra estalagmítica formada por

precipitación de carbonatos en un clima templado-cálido y húmedo. Sobre ella vuelve a actuar una colada de fango que incorpora gelifractos producida de nuevo en una época de características frías. Termina la sedimentación con una nueva precipitación de carbonatos en un ambiente templado-cálido y muy húmedo, de mayor duración que el anterior, que cementa el techo del nivel subyacente y genera una potente costra estalagmática.

En cuanto a la edad de estos depósitos y procesos sedimentarios, hasta el momento contamos con una fecha de radiocarbono (GrN-19386  $16.730 \pm 500$ ) para los niveles solutrenses (Menéndez, 1999), que si transponemos mediante el proceso de calibración a años de calendario daría una horquilla cronológica comprendida entre 21.280 - 18.800 años calibrados antes del presente, lapso de tiempo que corresponde a un momento muy frío del principio del Último Máximo Glacial (UMG) bien representado por otros yacimientos de la Asturias oriental (Figura 3.33.) (Jordá Pardo *et al.* 2014). El tramo inferior de la secuencia (Buxu 4) posiblemente se emplazaría durante el interstadio templado anterior al UMG (21.800-21.200 años calibrados antes del presente), mientras que la primera costra estalagmática debió emplazarse en un breve episodio templado del UMG, y tras ella lo haría el nivel de clastos Buxu 1 en un nuevo episodio frío del UMG. La costra estalagmática superior correspondería al interstadio Tardiglacial comprendido entre 14.600 y 12.900 años calibrados antes del presente.

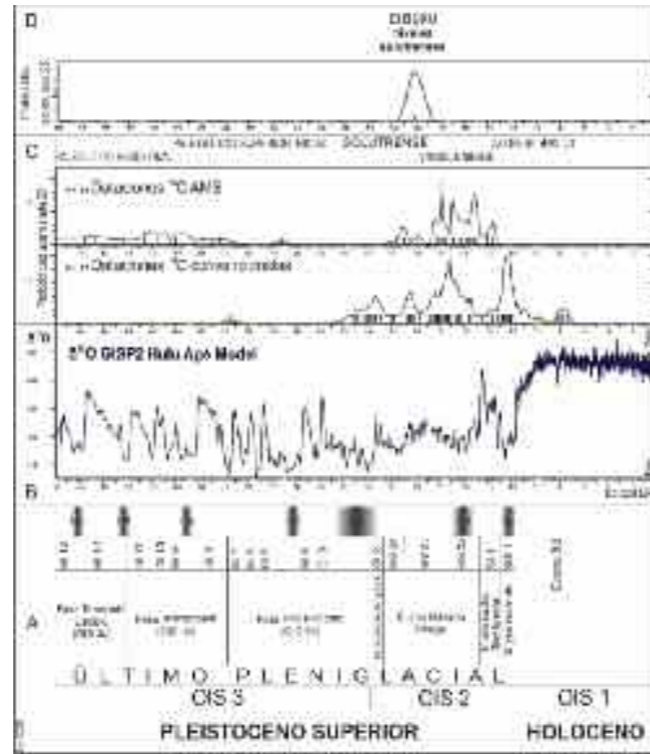


Figura 3.33.: Situación cronoestratigráfica de los niveles solutrenses de la Cueva del Buxu basada en la comparación de las curvas de probabilidad acumulada de la fecha radiocarbónica calibrada disponible para estos niveles con las de otros yacimientos del Pleistoceno superior y Holoceno inferior de Asturias (Jordá Pardo *et al.*, 2014), todas ellas calibradas con la curva CalPal 2007 Hulu, y con la *proxy* paleoclimática de alta resolución  $\delta^{18}\text{O}$  GISP2 Hulu Age Model (Grootes *et al.*, 1993; Meese *et al.*, 1994; Wang *et al.* 2001), utilizando el *software* CalPal (Version 2013) (Weninger and Jöris, 2004).

## IV. EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DEL BUXU Y SU EXCAVACIÓN

**José Manuel Quesada**

#### IV.1 El yacimiento paleolítico

Hasta los años setenta la cueva del Buxu solo era conocida por su arte rupestre. En la memoria del arte paleolítico publicada por Vega del Sella y Hugo Obermaier en 1918 no se reseñaba yacimiento arqueológico alguno, opinión que permaneció casi cincuenta años incluso a pesar de las sospechas formuladas por un prehistoriador tan prestigioso como el abate francés Henry Breuil, que en su libro *Quatre cents siècles d'art pariétal*, publicado en 1952, insinuó la existencia de yacimiento magdalenense en la cueva. El dictamen del paleolitista francés no trascendió cuando en 1954 se decidió intervenir en El Buxu para adecuar el lugar a futuras visitas, un plan de intervención que actuó también sobre las cavernas de La Peña de Candamo y El Pindal. Las tareas realizadas en El Buxu modificaron de manera sustancial el entorno: se amplió el agujero de acceso al interior para encajar una puerta; se rebajó el terreno de la terraza abierta a la ladera exterior; se abrió una zanja profunda a lo largo de la cueva a manera de pasillo; y se instalaron los cables y lámparas necesarios para iluminar toda la cueva. Entre palada y palada, durante el desescombro de estas tareas retiraron unas *tierras negras* que contenían piezas líticas y que aumentaron las sospechas sobre la existencia de un yacimiento arqueológico en la caverna (Figura 4.1.).



Figura 4.1.: La Peña del Sedu vista desde las inmediaciones de la Cueva de La Güelga.

El mérito del reconocimiento del yacimiento arqueológico del Buxu se debe al sacerdote orientalista Emilio Olávarri. Llevaba dos años como responsable del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias cuando decidió intervenir en la cueva para solucionar definitivamente las incertidumbres al respecto. En los últimos días de marzo de 1970 reunió un equipo de siete personas para sondear las posibilidades arqueológicas del sitio. En su *libreta de diario de excavaciones*, que pulcramente transcribió en letra de imprenta con máquina de escribir, dejó constancia oportuna de la apertura de dos catas un "Lunes Santo" del 23 de marzo. La primera se calificó «trinchera A» y consistió en un cuadro de un metro cuadrado, situado junto al lado derecho del pasillo a muy poca distancia de la puerta. La segunda se llamó «trinchera B» y abrió un cuadro y medio en la zona más oculta del vestíbulo, cobijada hacia la pared del fondo izquierda. Pocos días más tarde decidió abrir dos catas más: la llamada «trinchera C», que exhumó una estrecha banda de 60 cm de longitud por 33 cm de anchura, literalmente pegada a la pared izquierda de la cueva; y finalmente la «franja D», no más que el pequeño recodo de 33 cm<sup>2</sup> de planta ubicado en el cambio de dirección que marca el pasillo hacia el interior de la cueva. (Figura 4.2.).

Los trabajos de campo de aquella primera campaña de excavación permanecieron inéditos durante diez años. A principios de la década de los ochenta el profesor Olávarri



Figura 4.2.: Vestíbulo exterior de la Cueva del Buxu con la puerta actual al fondo.

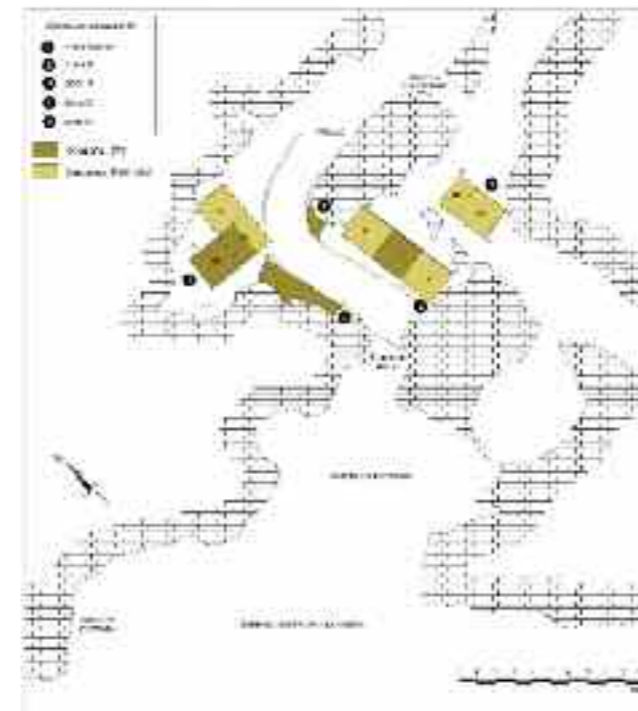


Figura 4.3.: Plano de las excavaciones realizadas en la antecueva del Buxu.

ofreció a Mario Menéndez la posibilidad de realizar el estudio integral de la cueva como memoria de licenciatura, recurriendo a las notas de campo y al material arqueológico. La memoria no tardó en publicarse como un número doble del Boletín del Instituto de Estudios Asturianos (Menéndez, 1984), que incluía tanto el estudio del yacimiento arqueológico como del arte rupestre. Las planimetrías dibujadas en su momento por Olávarri, las secuencias estratigráficas de cada zona, la descripción de niveles y la valoración del material arqueológico de cada cata se pueden consultar con todo detalle en las páginas del primer volumen.

La campaña dirigida por Olávarri halló una secuencia estratigráfica muy coherente formada por tres niveles de habitación perfectamente consignados en tres trincheras, A, C y D. (Figura 4.3.). Lamentablemente, la secuencia de la trinchera B resultaba sumamente controvertida porque contenía siete niveles muy heterogéneos y huellas inequívocas de removilización en varios lugares, provocadas por las tareas de acondicionamiento y por la utilización de la cueva como refugio durante la guerra civil (tal como prueba alguna moneda de los tiempos de la Segunda República). En cualquier caso, el hallazgo de un par de piezas foliáceas talladas con el llamado retoque plano eran indi-



Figura 4.4.: Fotografía de la Zona A de Olávarri, en 1970.

cios incuestionables de la presencia de ocupaciones paleolíticas. En concreto, durante aquel año de 1970 se halló una punta de muesca en el nivel 3 de la trinchera A y un pequeño resto con retoque plano en el nivel 7 de la problemática zona B. También se halló la pieza mobiliar más representativa del yacimiento: una escultura de ave modelada en un colmillo de *Ursus spelaeus*, que sirvió como colgante. En el plano cronointermedial, la memoria publicada en los ochenta sugiere una imagen homogénea para todo el yacimiento bajo la calificación Solutrense superior (Menéndez, 1984: 172). (Figura 4.4.).

Tras la publicación de la memoria arqueológica, Mario Menéndez no tardó en programar un nuevo plan de excavaciones en la cueva, que se activó con la financiación del Principado de Asturias. Las actividades de campo se prolongaron durante cuatro años (desde 1986 hasta 1989) y



Figura 4.5.: Zona A en el proceso de excavación de los años 80. Obsérvese la segunda costra estalagmítica entre N1 y N2 en el sector sur y las deposiciones calizas del perfil del 70.

se centraron en dos objetivos principales: por una parte ampliar la superficie de excavación de las trincheras A y B, para validar la secuencia estratigráfica registrada en la campaña de los setenta; por otra parte, abrir una nueva área de trabajo distante del pasillo, *a priori* más protegida de los inconvenientes de removilización. La nueva zona de trabajo se calificó como "interior o Zona a" y consistió en una trinchera de un metro de ancho por metro y medio de largo, más centrada en el vestíbulo interior de la cueva. (Figura 4.5.).

Los resultados de esos cuatro años de excavación se pueden consultar en dos artículos publicados en las memorias cuatrienales de excavación que por entonces comenzó a editar el Principado de Asturias (Menéndez, 1990, 1992). En el plano estratigráfico se confirmó la secuencia básica para el yacimiento, siguiendo el patrón reconocido en la trinchera A, que poseía tres niveles de ocupación humana y un par de capas brechificadas. Igualmente se ratificó la controvertida secuencia de la trinchera B, removilizada intensamente salvo los depósitos más antiguos, los que Olávarri numeró como niveles 6 y 7 (que



Figura 4.6.: Zona B tras la excavación de los años 80.

fueron recalificados como nivel 3 de la secuencia definitiva). (Figura 4.6). En la vertiente industrial se ajustó de manera rigurosa la cronología de los depósitos a partir de nuevos hallazgos: los niveles 3 y 2 se dataron en el Solutrense por la presencia de varias puntas con el *retoque plano* propio de este momento: un robusto fragmento basal de hoja de base cóncava, un par de estrechas puntas de cara plana, una peculiar punta de muesca asimétrica y varias puntas de muesca típica (Menéndez, 1992: 70-71). En contrapartida el nivel 1 aparecía como una unidad industrial singular, caracterizada por la abundancia extrema de laminillas de dorso abatido y la presencia de algunas piezas de sustrato, que apuntaban hacia un momento muy tardío del Solutrense o incluso hacia los inicios del Magdaleniense (Menéndez, 1992: 71).

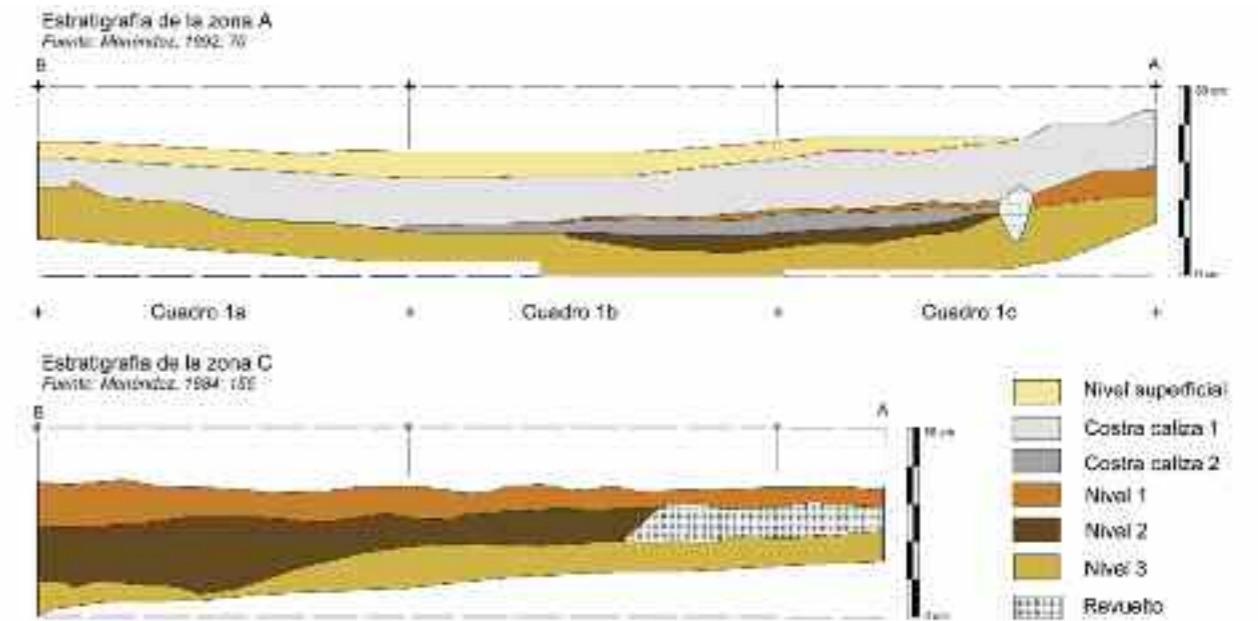


Figura 4.7.: estratigrafía Zonas A y C.

#### IV.2. La secuencia estratigráfica

La secuencia estratigráfica del yacimiento se compone esencialmente de tres niveles de ocupación humana, que representan dos unidades cronológicas distintas en razón del contenido industrial. La unidad inferior integra los niveles basal y medio (niveles 3 y 2) y pertenece al Solutrense Superior, período industrial que en el registro paleolítico cantábrico se vincula con el Último Máximo Glaciar, momento culminante de la última glaciación continental. (Figura 4.7.). La unidad superior integra el nivel 1 pero la caracterización industrial resulta más incierta pues podría datarse bien en la fase más terminal del Solutrense Superior, bien al inicio del Magdaleniense, bien en un momento a medio camino entre los anteriores, que los paleolíticos han calificado bajo el término *procesos de desolutreanización o magdalenización* (Rasilla, 1989). En cualquiera de los casos el nivel 1 podría datarse en los inicios de la mejoría climática que siguió al Último Máximo Glaciar, aunque algunos resultados polínicos del yacimiento señalan cierto recrudescimiento de las condiciones ambientales, un retroceso

de las temperaturas y un incremento de la sequedad. (Figura 4.8.).

La secuencia estratigráfica del Buxu ha sido publicada en varias ocasiones (Menéndez, 1984, 1990, 1992). Reproducimos a continuación los datos principales suministrados por aquellos trabajos a fin de contextualizar de manera adecuada el marco de habitación de la cueva, los caracteres de la industria y la valoración del arte mueble (analizado en un capítulo posterior del libro).

La base de la secuencia de ocupación está representada por el nivel 3, que consiste en un depósito de arcillas arenosas compactas de tonalidad rojiza con un espesor máximo de 17 cm, cuya descripción geológica se ha hecho en otro capítulo de este libro. Se extiende de manera generalizada y uniforme por todos los cuadros que forman la planta de excavación. (Figura 4.9.). Los restos líticos y óseos recuperados no son realmente abundantes, pero presentan una dispersión muy homogénea por la totalidad de la planta. La dispersión generalizada de los restos, la ausencia de estructuras formales de habitación (como hogares) y el bajo contenido orgánico del sedimento, inducen a pensar

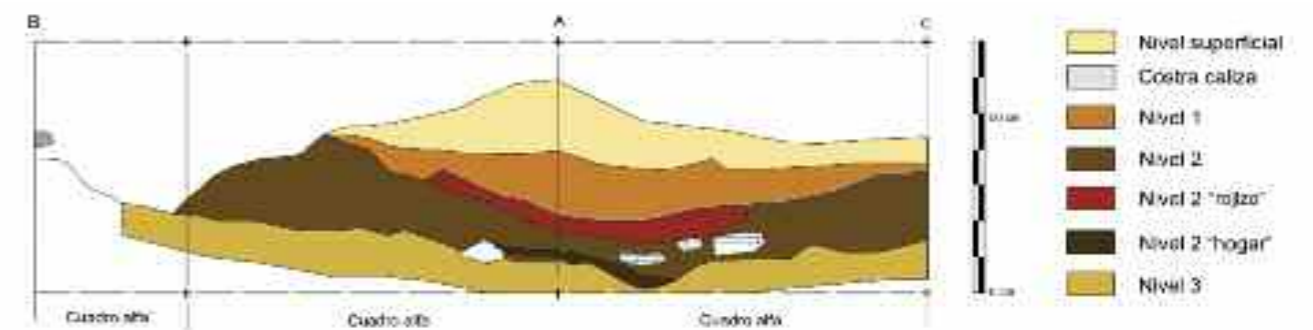


Figura 4.8.: Estratigrafía Zona interior (a).



Figura 4.9.: Planta de excavación del nivel 3 en la zona A, con el hallazgo de la única hoja de base cóncava del yacimiento.

que el nivel fue resultado de una densidad de habitación relativamente discreta por la totalidad de la cueva.

El nivel 2 constituye un depósito de arcillas arenosas de composición similar al inferior pero con una tonalidad mucho más oscura por el mayor contenido orgánico (Figura 4.10.). El nivel se detectó principalmente en los dos cuadros abiertos en la zona «interior»; por contra en la zona A solo aparece representado por lentejón fino y discontinuo; mientras que en la trinchera C está parcialmente revuelto. Por eso la mejor imagen del nivel se reproduce en la zona interior, donde llega a alcanzar un espesor máximo de 25 cm. En el cuadro alfa, la base del mismo aparece asociada a un hogar en forma de cubeta de unos 5 cm de espesor, con numerosos restos de carbón (que tiñen de intensa coloración negruzca el sedimento próximo), con abundantes restos líticos y huesos dispersos en su alrededor, y con diversas plaquetas grabadas analizadas en el capítulo del arte mueble. Esta concentración de restos indica que el hogar fue un punto central de la actividad humana durante la ocupación de la cueva. (Figura 4.11.). El techo o tramo superior del nivel presentaba una capa enrojecida de unos 10 cm de espesor, que parece apuntar procesos de combustión de menor intensidad. La concentración de restos líticos en esta zona interior



Figura 4.10.: Nivel 2 de la Zona A.

(apenas cuadro y medio) es tan considerable que lograron recuperarse tantas piezas líticas como en la totalidad de la planta del nivel 3.

Encima del nivel 2 se desarrolla una primera capa brechificada, una especie de costra caliza de tan pequeño espesor que solo alcanza 5 cm en la zona A y menos de 2 cm en la zona interior. Es una capa compacta producida por los procesos de goteo de aguas con carbonato cálcico desde el techo de la caverna, probablemente en un episodio momentáneo de humedad ambiental. Entre la costra se recuperaron algunos pocos huesos y restos líticos, que en verdad proceden del nivel 1.

El nivel 1 reposa sobre la primera costra caliza y constituye una delgada capa de arenas arcillosas marrones, caracterizada por el buzamiento generalizado hacia el interior del vestíbulo. El nivel se adelgaza de manera paulatina hasta desaparecer en la zona más interna de la cueva, tal como se reproduce perfectamente en la zona A. La restricción en planta, la baja cuantía de restos respecto de los niveles anteriores y la reducida proporción de materia orgánica del sedimento, apuntan hacia una ocupación de baja intensidad. El nivel 1 aparece cubierto por una segunda capa brechificada que forma una compacta costra caliza, detectada tan solo en la zona A. Resulta mucho más espesa que la anterior ya que alcanza 15 cm de grosor pero no posee restos arqueológicos de ningún tipo. Sobre la capa reposan los gruesos pilares estalagmíticos que se elevan hasta el techo de la cueva y un nivel superficial de color pardo-marrón con materiales de arrastre.

La secuencia de habitación representada por los dos primeros niveles se encuadra en un momento clave del Paleolítico Superior cantábrico por numerosos motivos, comenzando por un incremento sustancial del número de yacimientos que parece reflejar un incremento notable de la población y que lleva aparejada una serie de innovaciones socioeconómicas (Straus, 1992), justamente en un momento medioambiental crítico, representado por la máxima expansión de las condiciones glaciares (Rasilla y Straus, 2004).



Figura 4.11.: Base del hogar del Nivel 2, Zona interior.

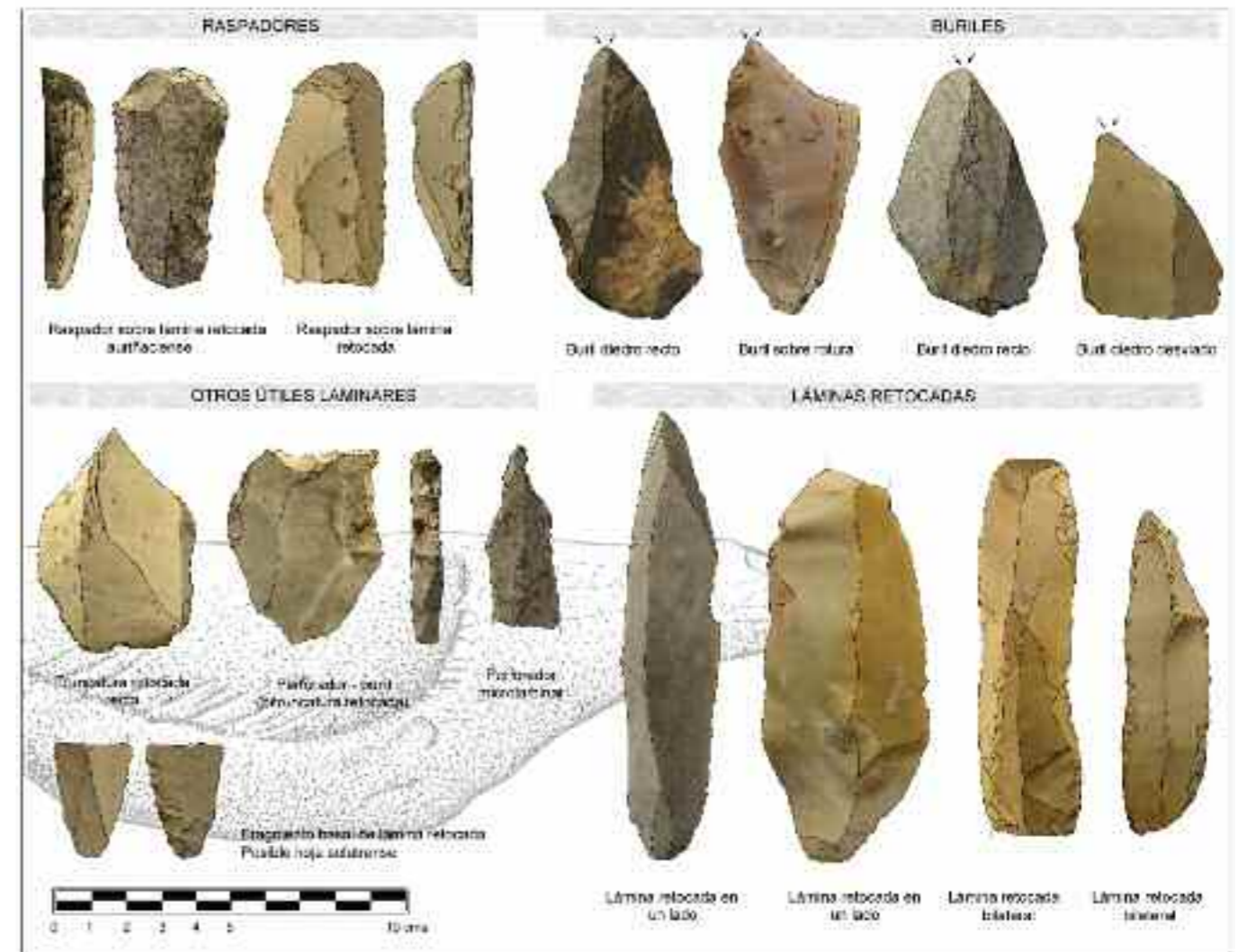


Figura 4.12.: Industria lítica retocada: instrumental realizado sobre láminas y laminillas.

### IV.3. El Solutrense superior: instrumentos líticos

Hace treinta años el prehistoriador norteamericano Lawrence Guy Straus describió las colecciones solutrenses cantábricas como la representación de repertorios de utensilios caracterizados por una notable diversidad tipológica (Straus 1983). La colección constituida por las piezas retocadas de los niveles inferiores del Buxu representa perfectamente esta “variabilidad instrumental” pues contiene un abanico heterogéneo, variado y diversificado de útiles líticos. Entre los dos centenares de piezas líticas que hemos registrado hay una representación pareja de buriles y raspadores, una presencia notable de los útiles llamados de sustrato (raederas, denticulados, muescas), un nutrido conjunto de láminas retocadas, una notoria abundancia de pequeñas laminillas retocadas y la presencia de todos los tipos de puntas foliáceas de retoque plano que caracterizan al Solutrense superior cantábrico.

Los raspadores suelen ser instrumentos principales en los registros solutrenses cantábricos, por lo general asociados a trabajos especializados de raspado, principalmente en el ámbito de tratamiento de las pieles, pero acaso también con la intervención sobre madera y hueso. En el caso de El Buxu una buena parte de los raspadores presentan bastantes rasgos comunes como para proponer una *unidad de estilo*. (Figura 4.12). No en vano suelen ser piezas con factura técnica bastante delicada, talladas sobre láminas y lascas alargadas, de sílex de cierta calidad y de dimensiones modestas (incluso de cierta vocación microlítica), que poseen frentes activos trabajados con bastante esmero. En comparación con los raspadores de sílex, los ejemplares tallados en cuarcita son minoritarios y poseen rasgos propios, una apariencia «auriñaciense» lastrada por la utilización de lascas de medio formato y sus peculiares frentes de tipo ojival y en hocico. En el nivel intermedio apareció un raspador de cuarcita más singular si cabe, un raspador macrolítico cincelado en una lasca voluminosa, pesada y maciza, pero con un



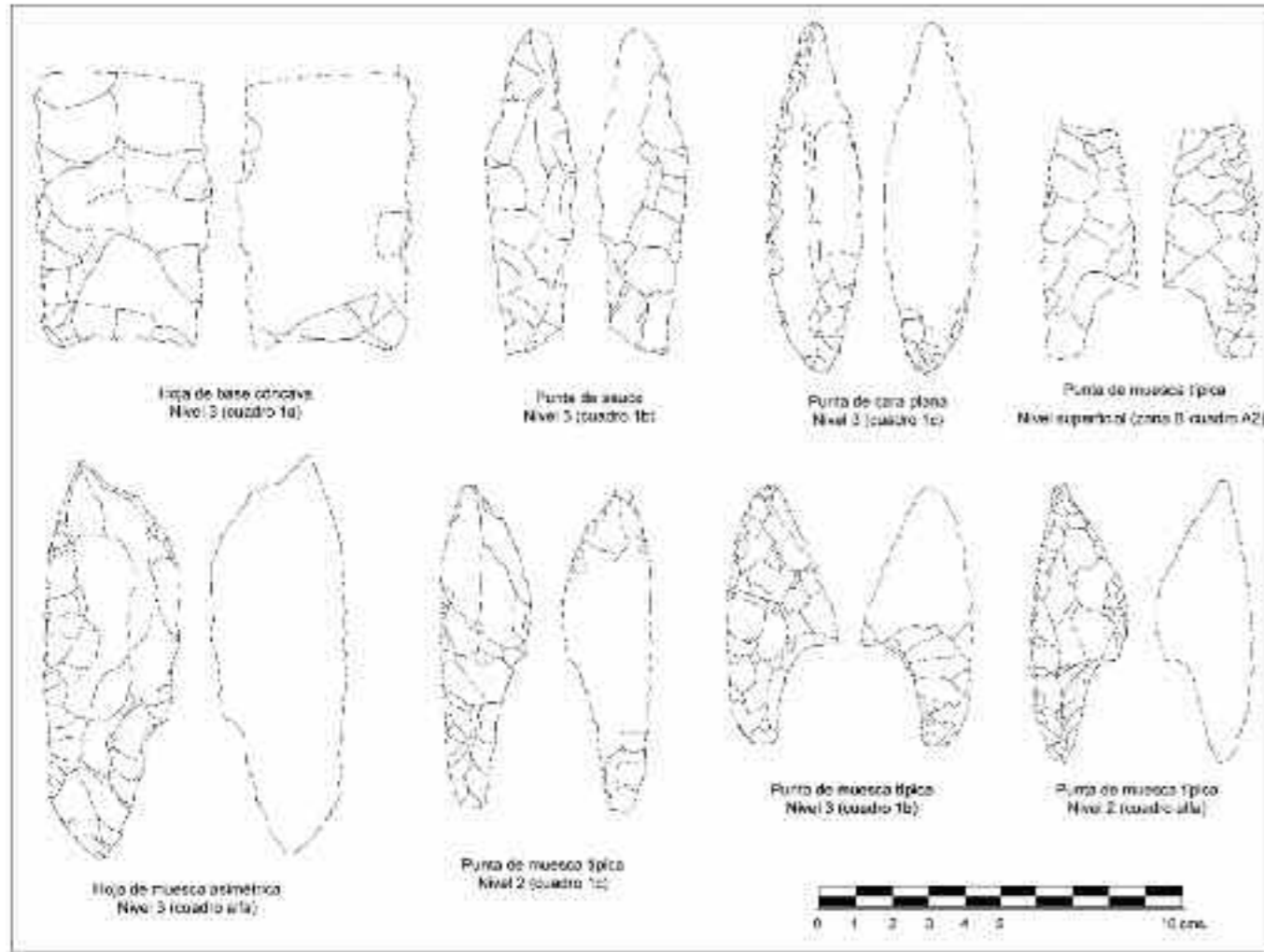


Figura 4.15.: Las puntas foliáceas solutrenses. Dibujos técnicos.

mana para trocear láminas de cara a crear pequeños útiles compuestos. Sea como fuere, los dos niveles inferiores del Buxu presentan una producción microlaminar notable (que alcanza un 20% del repertorio instrumental) realizada en las distintas variedades de sílex. La mitad de las laminillas se caracterizan por retoques marginales en los bordes, que apenas modificaron la silueta original del soporte. La otra mitad la conforman las llamadas laminillas de dorso abatido, piezas microlaminares que presentan el característico retoque abrupto lateral al objeto de crear un dorso que posibilita fijar las pequeñas piezas a vástagos de hueso o de madera. En algunas laminillas de dorso del Buxu se pueden apreciar incluso minúsculas trazas de retoque marginal o tal vez huellas de uso en los filos.

Hemos dejado para el final el capítulo más representativo de las colecciones líticas solutrenses: las piezas foliáceas. El Buxu ha suministrado una lista relativamente reducida de las llamadas puntas y hojas solutrenses, pero bastante significativa por cuanto incluye todos los tipos posibles. (Figura 4.15). Destaca la parte proximal de una robusta hoja de base cóncava, hallada en el nivel 3, que

perteneció probablemente a una punta de grandes dimensiones tallada en cuarcita -a la sazón materia prima habitual en este tipo de hojas- respetando los cánones usuales de la comarca asturiana. Es un fragmento pequeño pero revelador de un tipo de punta tan característica de las comarcas del oriente asturiano y de la vertiente occidental cántabra que se considera como un marcador territorial (Straus, 1983).

El contrapunto a la ancha hoja de base cóncava anterior se halla en una estrecha hoja de sauce de cuarcita, recogida en el nivel 3, que posee una morfología lanceolada muy característica. No menos llamativa es una delgada hoja de laurel tallada en un sílex negruzco, también retirada del nivel 3, bastante singular por su morfología asimétrica y la pequeña muesca esbozada en la base. Pero las piezas foliáceas más numerosas del yacimiento son las puntas de muesca, representadas en todas las situaciones: un ejemplar fue recuperado en el nivel inferior, dos en el nivel intermedio, e incluso uno en la zona revuelta del fondo del yacimiento. Todas estas puntas tienen rasgos casi idénticos pues son piezas pequeñas que exhiben una delicada factura

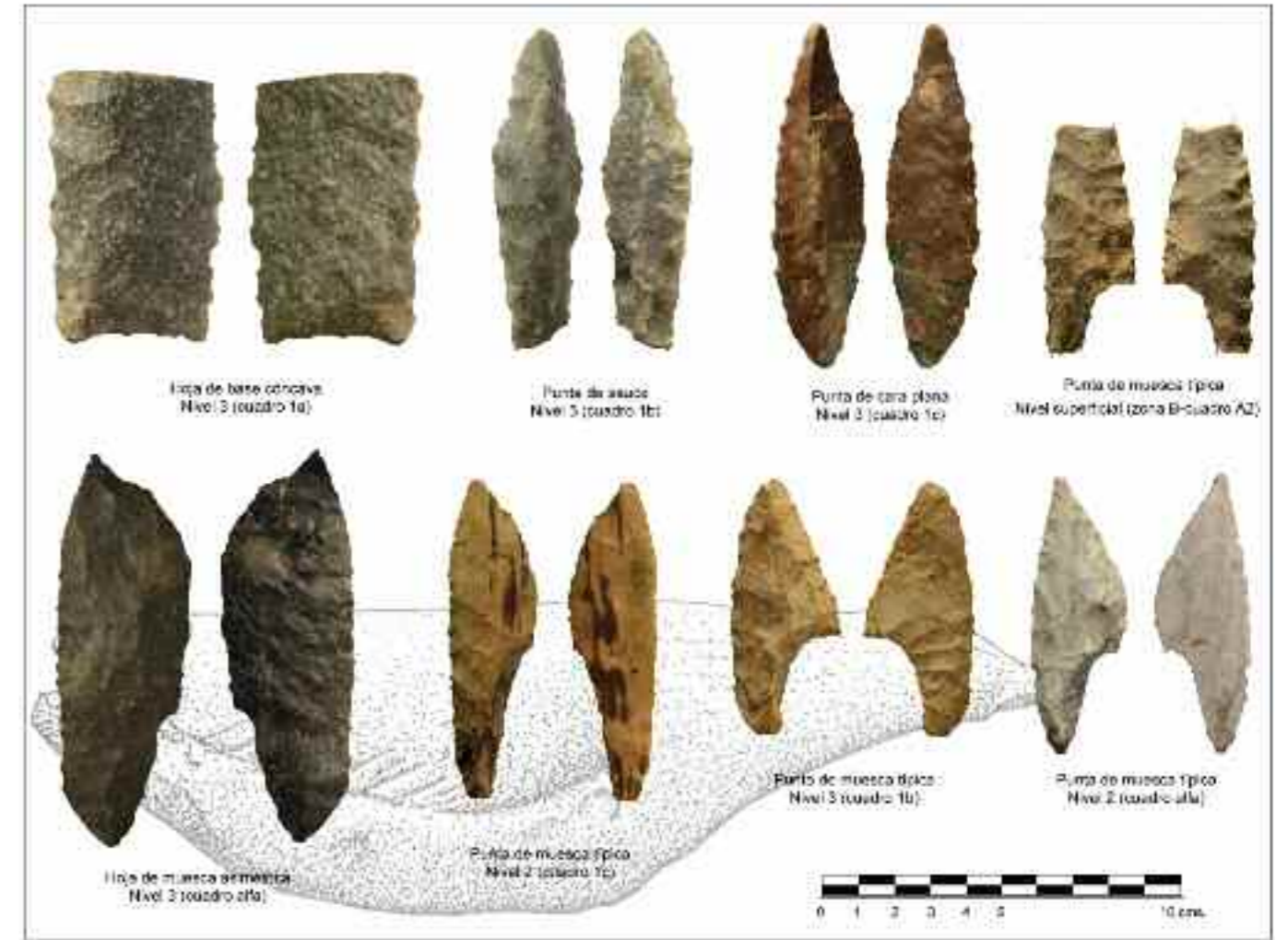


Figura 4.16.: Las puntas foliáceas solutrenses. Fotografías.

técnica, un pedúnculo bastante largo y una cara superior tallada íntegramente con retoque plano. (Figura 4.16). Los estudios experimentales realizados sobre puntas de muesca del solutrense francés indican que estas piezas fueron puntas de proyectil ligeras enmangadas en vástagos y que las más pequeñas pudieron ser parte de flechas impulsadas por arcos (Geneste y Plisson, 1990).

#### IV.4. El final del Solutrense o la transición al Magdalenense

Después de las campañas realizadas en los ochenta quedó claro que la colección lítica recuperada en el nivel superior del Buxu tenía sus propias particularidades. El medio centenar de piezas que se recogió, entre los cuadros de la zona interior y la trinchera A, muestra una abundancia de útiles de sustrato y un predominio sustancial de las laminillas de dorso que a la postre concede una impronta profundamente microlaminar al nivel. Entre los útiles de sustrato llaman particularmente la atención las raederas y

los denticulados: las primeras, talladas sobre lascas alargadas y espesas de cuarcita, con retoques de carácter simple profundo o escamoso; los otros cincelados sobre lascas espesas y alargadas de cuarcita a partir de una impronta asestada. Entre las lascas retocadas se destaca una pequeña pieza de conformación triangular con retoques simples perteneciente a una tecnología discoide. Esta pieza resulta una referencia para varias lascas apuntadas de notable tamaño que se hallaron en la zona B y que podrían asociarse con tareas especializadas de corte.

La mitad de las piezas retocadas del nivel son delicadas laminillas de dorso, esas pequeñas piezas *leptolíticas* que sirvieron probablemente para montar útiles compuestos. Entre tan diminutos soportes sobresalen de manera significativa las laminillas de dorso denticuladas, unas peculiares hojitas que exhiben una minuciosa denticulación en los filos, formada por una sucesión más o menos continua de micromuecas. Estas minúsculas muecas forman a lo largo del filo una especie de *microsierra* labrada mediante dientes muy perfilados, apuntados o ganchudos, que recuerdan a hojitas halladas en yacimientos franceses de inicios del



Figura 4.17.: Vista desde el vestíbulo del Buxu durante las excavaciones de 1970.

Magdaleniense, conocidas como laminillas de Bruniquel. En algunas de las laminillas se retocaron dorsos muy gruesos mediante minuciosos retoques abruptos bilaterales, ideales para engastar en vástagos de hueso, asta o madera. (Figura 4.17.).

Las restantes piezas retocadas del nivel I presentan una continuidad con los modelos reconocidos en niveles anteriores. Los raspadores están representados por un ejemplar convencional tallado en una pequeña lámina retocada auriniense de sílex y por un ejemplar macrolítico sobre una lasca voluminosa de cuarcita, que recuerdan morfotipos de los niveles anteriores. Lo mismo sucede entre los buriles, representados por un ejemplar sobre rotura en lasca laminar y otro diedro desviado laminar. E incluso en el único perforador, perteneciente al tipo microlaminar, ya reconocible en los niveles previos.

#### IV.5. Materias primas y cadenas operativas

La mayoría de los instrumentos del Buxu se tallaron en sílex, una materia prima recurrente entre los útiles laminares y microlaminares, los buriles, muchos raspadores y algunos útiles de sustrato. La presencia del sílex también se refleja en los desechos de la talla recuperados en el yacimiento, que se reparten de manera desigual entre los cuadros de cada nivel. Tanto entre los instrumentos líticos como entre los restos de talla sobresale la variedad llamada sílex del Piloña, reconocible a simple vista por la tonalidad beige o amarillenta. Los estudios petrológicos realizados en la conocida cueva del Sidrón han certificado las cuali-

dades cristalinas de esta variedad de sílex, así como sus fuentes de aprovisionamiento y su amplia dispersión por el oriente asturiano (Tarrío *et alii*, 2012). En el caso del Buxu, la variedad Piloña fue una buena opción para la talla, de manera especial para la realización de productos laminares, tal como refleja la abultada concentración de laminillas piloña registrada en la pequeña franja recogida bajo la pared caliza de la zona C. (Figura 4.18.).

Entre los útiles retocados y los productos de talla del Buxu aparecen representadas otras variedades síliceas que por sus características petrológicas poseían menores cualidades para la talla. Resulta habitual encontrar productos de *chert* o radiolario de variadas tonalidades (básicamente negruzcas, rojizas de matiz granate y verdes grisáceas) que presentan ciertas limitaciones técnicas por la composición mineralógica menos cristalina, por las impurezas internas y por las numerosas diaclasas o fracturas perceptibles a simple vista. Estas materias primas síliceas las hemos documentado en yacimientos próximos de la cuenca media del Sella (La Güelga, Los Azules, e incluso en el lugar más distante de Collubil), lo que confirma su aprovechamiento generalizado en la zona durante todo el Paleolítico superior. De hecho las mismas variedades de sílex se utilizaron en las secuencias solutrenses de yacimientos litorales del oriente asturiano como La Riera (Straus y Clark, 1986), lo que asegura un circuito de movilidad y de aprovisionamiento amplio para estas materias primas.

En contraposición a los numerosos utensilios tallados sobre sílex, los instrumentos retocados sobre cuarcita son menos abundantes en El Buxu. Entre la veintena de piezas retocadas sobre tal materia prima hay raederas, denticulados, muescas, unos pocos raspadores y algunas puntas solutrenses. La cuarcita no se usó para tallar buriles, ni perforadores ni láminas retocadas (salvo algún caso más bien aislado). En cierta manera, la presencia discreta de instrumentos de cuarcita contrasta con las numerosas fuentes de aprovisionamiento de tal materia prima por el entorno, particularmente bajo la forma de cantos rodados tan habituales en las terrazas del río Güeña. En cualquiera de los casos tanto entre los restos de talla como entre los utensilios resulta habitual hallar una variedad de cuarcita de una to-



Figura 4.18.: Núcleo de sílex tipo Piloña en la Cueva del Sidrón.

nalidad grisácea y un grano medio-fino, que parece responder a una provisión local de la llamada Cuarcita de Barrios.

La presencia de varios núcleos de cuarcita y de sílex revela el interés de los habitantes del lugar por el aprovisionamiento de recursos líticos para la fabricación de instrumentos. En los niveles del Buxu se han recogido numerosos restos líticos resultantes de las múltiples actividades de talla tanto del sílex como de la cuarcita. Estos productos de talla no son más que los desechos abandonados tras las sucesivas operaciones implicadas en la elaboración de instrumentos: la recogida de materia prima por el terreno y su traslado hasta la cueva; las tareas de decorado inicial de los nódulos; las labores de explotación del núcleo; las múltiples acciones para la extracción de soportes (lascas, láminas y laminillas); los procesos de reavivado de los núcleos para proseguir la talla; y por último las operaciones para reavivar los propios instrumentos y así prolongar el uso hasta su agotamiento. Esta compleja concatenación de tareas ha sido calificada por los especialistas como *cadena operativa*, y constituye un aspecto fundamental para conocer los modos de gestión de la materia prima, los procedimientos técnicos para la producción de instrumentos y en última instancia el comportamiento logístico de las comunidades humanas.

Los numerosos productos de talla del Buxu han permitido avanzar en todos estos aspectos, vitales para comprender el mundo de los cazadores que habitaron el lugar. Los tres niveles del yacimiento presentan unas constantes similares en la producción lítica, que podemos agrupar en dos cadenas operativas. La primera cadena se basaba en la producción microlaminar pues tenía como propósito la producción de pequeñas laminillas de sílex, utilizando de manera prioritaria el sílex de tipo Piloña (en menor medida radiolarios y *chert*), tanto a partir de núcleos prismáticos como de lascas con un tamaño discreto que se prepararon con cuidado para facilitar la extracción de esas delicadas piezas alargadas. La utilización de lascas como núcleos microlaminares podría reflejar la ausencia de grandes nódulos de sílex por el entorno, pero también podría ser una necesidad para rentabilizar al máximo esta materia prima, incluso en las variedades de menor calidad técnica.

Los restos de talla de sílex reflejan una cadena operativa parcial pues no se han registrado aquellos productos representativos de las fases iniciales del trabajo de talla (las tareas de descortezado de los nódulos, las operaciones de preparación de las caras de lascado y las actividades dirigidas a la producción de soportes). En realidad lo que aparece en la planta de excavación es una muestra de las actividades más avanzadas de la talla: laminillas, lasquitas y microlascas, resultantes de todas aquellas tareas de agotamiento de los núcleos, acabado de los instrumentos e incluso de reavivado de los utensilios para su mantenimiento. Esta cadena operativa segmentaria nos sitúa ante algunos interesantes interrogantes sobre el comportamiento de los

ocupantes solutrenses del lugar: ¿caso realizaron las labores iniciales de talla en un lugar lejos de la cueva del Buxu? (lo que llamaríamos «hipótesis de segmentación local de la cadena operativa»); ¿puede que las actividades se hicieran en otro lugar de la cueva? («segmentación funcional del campamento»); ¿hasta qué punto algunos útiles particulares, como los laminares, se pudieron fabricar en otros campamentos, llevarse al Buxu y abandonarse definitivamente allí? («movilidad logística»).

La segunda cadena operativa que hemos detectado en El Buxu tuvo como propósito la producción de lascas de cuarcita a partir de núcleos de dimensiones medianas, que en varios casos responden a las tecnologías de explotación llamadas discoides. La producción de la cuarcita era minoritaria en El Buxu pero su cadena operativa es más completa que la registrada para el sílex pues han aparecido incluso algunas lascas corticales que representan los procesos de retirada de la corteza de núcleos previos a la fase de la extracción de los soportes. La presencia de la cuarcita es muy notable en el nivel intermedio, particularmente en la zona próxima al hogar que como ya sabemos representó un área principal de actividad de la cueva en aquel momento.

#### IV.6. La industria ósea

Es bien conocido que la industria realizada en hueso y asta resulta bastante limitada en la mayoría de los yacimientos solutrenses cantábricos. Así sucede también en la cueva del Buxu, que ha aportado un número limitado de piezas realizadas en hueso y en asta, la mayoría procedentes del nivel inferior. En tal nivel se hallaron algunos fragmentos de azagayas, restos parciales de las piezas originarias consistentes en ápices y algunos tramos mesiales, en no muy buen estado de conservación (varias piezas aparecen incluso quemadas). Es una muestra precaria pero suficiente para comprobar que los cazadores de la cueva utilizaban un tipo de azagaya robusta de una sección circular, habitual en tiempos solutrenses (bajo la denomina-



Figura 4.19.: Punzón de hueso y fragmentos de azagayas del Nivel 3.

ción de azagaya cónica por su particular morfología). En el caso del Buxu no conocemos la envergadura total de estas piezas, pero todo apunta a que fueron unas excelentes armas para la caza de animales, una vez ajustadas de manera oportuna a sólidos vástagos de madera. (Figura 4.19.).

En el nivel inferior también aparecieron instrumentos para actividades domésticas, concretamente alguna punta que podría haber servido como punzón, y restos pequeños de agujas que muestran la delicada labor de raspado superficial, las huellas de un tratamiento térmico y en un caso la preciosista perforación circular que sirve de ojal (realizada con una pulcra labor de perforación bipolar). Dentro de los utensilios domésticos se incluyen algunos instrumentos de hueso utilizados como alisadores o compresores, que recuerdan algunos de los utensilios óseos recogidos en cuevas solutrenses asturianas con un amplio registro como Las Caldas, en la cuenca del río Nalón (Corchón, 1981).

En los restantes niveles la presencia de industria ósea es bastante menor, en línea con la reducida superficie de excavación. En el nivel 2 se reduce a unas pocas piezas de mínima representatividad por su estado fragmentario, no más que un ápice y un resto mesial corto, pero que pertenecieron a azagayas robustas con una sección circular, similares probablemente a las detectadas en el nivel inferior. En el nivel 1 la industria ósea se limita a un punzón muy básico (del modelo conocido como *punzón de economía*), realizado de la manera más sencilla posible, adelgazando el extremo de una esquirla de hueso. Los ocupantes del Buxu también tallaron punzones muy delicados, como el que se recuperó en uno de los niveles revueltos de la zona B, un largo y fino estilete de sección circular perfecta.

#### IV.7. El Buxu en el marco solutrense de los Picos de Europa

La cueva del Buxu pudo funcionar durante los tiempos solutrenses como un campamento principal en la articulación del poblamiento de la cuenca media del río Sella. Los valles y montañas próximas al macizo montañoso de Los Picos de Europa sirvieron probablemente con un área subsidiaria para las comunidades humanas que vivían en la cuenca baja del río, en las llanuras litorales protegidas de las duras condiciones climáticas que se desprendían de los glaciares de Los Picos. En realidad la comarca del río Güeña, situada bajo los poderosos crestones calizos modelados por los glaciares del Macizo montañoso del Cornión, resultó un territorio bastante más habitual para los cazadores solutrenses de lo que podríamos imaginar. En este sentido la cueva del Buxu podría haber sido el lugar central de un amplio territorio de supervivencia en los tiempos próximos a lo que se conoce como el Último Máximo Glaciar.

La presencia de comunidades solutrenses se ha rastreado en un yacimiento muy cercano al Buxu, la cueva de La Güelga (la distancia entre ambos lugares puede cubrirse



Figura 4.20.: Vista desde Següenco del farallón calizo en cuya base se abre la Cueva de la Güelga.

sin mayores dificultades en un par de horas). (Figura 4.20.). Emplazada en la vertiente opuesta del río Güeña, la zona situada junto al cauce del pequeño arroyo de La Güelga ha proporcionado varias piezas solutrenses que, si bien están por contextualizar de manera oportuna, revelan la presencia de cazadores solutrenses en los valles del piedemonte del Cornión. En tal sentido sospechamos que la presencia de comunidades solutrenses en tal lugar no responde a ocupaciones marginales, meramente esporádicas, sino a un proyecto de movilidad plenamente asumido, basado en la integración en un amplio circuito de aprovechamiento territorial por la zona relacionada con el aprovechamiento de una comarca potencialmente interesante para la subsistencia, al menos en los momentos más templados del año. Esta propuesta tiene su sentido tras las últimas investigaciones realizadas en la cueva de Collubil, un emplazamiento que podría calificarse como de alta montaña, situado a doce kilómetros del Buxu, progresando por el río Sella hacia el interior de Los Picos de Europa.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en la cueva de Collubil, en el vecino concejo de Amieva, han confirmado la ocupación del lugar por partidas de cazadores solutrenses hace nada más y nada menos que unos 22.000 años (Quesada, 2013). La pequeña caverna se encarama en un angosto cañón que se precipita desde la escarpa occidental del poderoso macizo del Cornión, en una zona montañosa ubicada a una latitud similar a la de los Lagos de Covadonga y algo más de 400 m de altura, que recibió de lleno las influencias de la masa glaciaria de los Picos de Europa. La presencia más o menos habitual de grupos solutrenses en la cueva, reflejada en pequeñas partidas de caza de corta duración, en momentos benignos del año para aprovisionarse de caza de montaña, se inserta en ese modelo de movilidad territorial articulado tal vez en torno a la cueva del Buxu, con su santuario parietal como marcador tribal del territorio de la cuenca media del río Sella, amparado bajo los Picos de Europa.

## V. LA FAUNA CAZADA, CONSUMIDA Y REPRESENTADA EN LA CUEVA DEL BUXU

**Julio Rojo**



Figura 5.1.: Vista General del Valle del Güeña desde la cima de la Peña del Sedu, con los Picos de Europa al fondo.

La colección de restos faunísticos obtenidos en las diferentes excavaciones arqueológicas de la Cueva del Buxu tiene un notable interés para conocer las estrategias de subsistencia y la logística concreta que pusieron en marcha los cazadores solutrenses del Último Máximo Glacial en la cueva del Buxu y, por extensión a otros yacimientos del entorno inmediato, en la cuenca del Sella. Esta colección se centra, esencialmente, en los macromamíferos procedentes de las excavaciones de Olávarri (1970) y de Menéndez (1985-89), con una presencia marcadamente mayoritaria de ciervos, rebecos y cabras. Otros grupos animales presentes como peces, aves o microfauna han proporcionado escasas informaciones o permanecen en estudio. No existen publicaciones anteriores, salvo alguna referencia de Llopis (1954:128) a la presencia de osos (*Ursus spelaeus*) entre los sedimentos removidos en la cueva para facilitar el acceso al interior de la misma. (Figura 5.1.).

## V.1. Los estudios realizados en las décadas 80 y 90

El primer estudio de la fauna de la cueva del Buxu fue realizado por E. Soto (1984), paleontólogo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, ligado al CSIC, sobre algo más de tres mil quinientos restos proporcionados por la excavación de Olávarri. Entre los mismos, además de dos piezas dentarias humanas, se identificaron algunos huesos como pertenecientes a aves indeterminadas, insectívoros como el topo, roedores y también conejo, además de algu-

nas vértebras de salmónidos. En este estudio, los carnívoros, están representados por restos de lobo, zorro y oso de las cavernas; los artiodáctilos, el grupo más numeroso, cuenta con presencia de dos tipos de cérvidos: corzo y ciervo; los bóvidos: cabra y rebeco; completándose los artiodáctilos determinados con presencia de jabalí y con un perisodáctilo: el caballo. (Figura 5.2.). Soto, además de indicar que el rebeco y el ciervo, son los taxones mejor representados, ofrece algunos apuntes sobre la estacionalidad de la ocupación del yacimiento, situando la misma en los meses centrales del año e indicando la predilección por la caza de individuos juveniles, sobre todo de ciervo.

El siguiente estudio fue realizado en el año 1996 por un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid dirigido por A. Morales, trabajo que no ha sido publicado y en el



Figura 5.2.: Caballos Przewalski en Schöningen (Alemania), descendientes de ejemplares representados en arte rupestre paleolítico.

que se incluían, además de lo ya estudiado por Soto, los restos recuperados por el grupo dirigido por M. Menéndez durante las campañas de los años 1985 a 1989. El número de piezas analizadas aumentó sensiblemente en esta investigación pues se acerca a los dieciséis mil huesos o fragmentos de hueso y asta, aunque los restos identificados a nivel taxonómico rondan los novecientos y ya se utiliza la reorganización en tres niveles comunes en todas las zonas propuesta por Menéndez (1992), descartando otros restos con integridad estratigráfica dudosa en alguna de las zonas excavadas por Olávarri.

Recogiendo la información del trabajo realizado por el equipo de A. Morales, Menéndez (1999) ofreció una visión resumida de las estrategias seguidas por los cazadores solutrenses, además de indicar la presencia de marcas de carácter antrópico, destacando una diversificación taxonómica amplia, una utilización intensiva de los recursos de los diferentes nichos ecológicos del entorno del yacimiento y la constatación de un perfil marcadamente atricial, es decir, con sobrerrepresentación de individuos jóvenes y viejos según especies, tendencia muy agudizada en la caza del ciervo, donde se indica que cerca de la mitad de los individuos son recién nacidos. Estas circunstancias junto con la presencia de vértebras de salmón, le lleva a proponer una estricta estacionalidad en la ocupación de la cueva durante la primavera y principios del verano.

## V.2. Los estudios del Siglo XXI

Con los antecedentes que hemos visto, comenzamos nuestra investigación sobre la macrofauna pleistocénica de la cuenca media del Sella, incluyendo otros yacimientos como la cueva de La Güelga, que próximamente se verá plasmada en forma de Tesis Doctoral en la UNED. Para la fauna del Buxu hemos avanzado algunos resultados en un formato más técnico (Rojo y Menéndez, 2013) que completamos a continuación incorporando nuevas valoraciones arqueozoológicas y tafonómicas de forma más re-

sumida y general. (Figura 5.3.).

Nuestro estudio de los macromamíferos está referido a una muestra que supera los diecinueve mil restos, repartidos en tres diferentes niveles de ocupación. Esta cifra es muy alta en relación con la escasa superficie excavada, lo que muestra la abundancia enorme de restos animales en el sitio si tenemos en cuenta que las excavaciones arqueológicas se realizaron en una zona marginal del hábitat prehistórico. Todos los restos de fauna son encuadrables en el Solutrense superior cantábrico, si bien el nivel I pudiera pertenecer a un momento transicional hacia el Magdaleniense. Por tanto, los restos de fauna fueron acumulados en la cueva durante un momento frío del Último Máximo Glacial, no desentonando en conjunto de otras colecciones contemporáneas a la misma, correspondientes a yacimientos de similar altura y latitud.

El yacimiento del Buxu, una vez separados los restos revueltos de la Zona B, ofrece una gran seguridad de su carácter intacto, ya que las diferentes ocupaciones se encontraban selladas por coladas o suelos estalagmíticos que protegían su integridad. Por el contrario, la muestra presenta un alto grado de fragmentación, debido fundamentalmente al llamado *trampling* o pisoteo de la misma por los ocupantes de la cueva y, en menor medida, por la rotura de los huesos para aprovechar la médula ósea de su interior, bien como alimento altamente energético o como combustible para las lámparas de iluminación.

Las especies más representadas en todos los niveles, como ya se ha apuntado, son el rebeco (*Rupicapra rupicapra*) y el ciervo (*Cervus elaphus*), y en menor medida la cabra (*Capra pyrenaica*). Los restos de rebeco, siempre abundantes, van disminuyendo desde las primeras ocupaciones hasta las últimas, siendo dominantes en la primera estancia humana de la cueva (Nivel 3), tanto en número de restos como en elementos anatómicos y número mínimo de individuos. Las edades de los mismos muestran un perfil claramente catastrófico, es decir, están representados en una amplia cohorte de edades y en ninguno de los tres niveles se observa una preponderancia de individuos infantiles. Por el contrario, los ciervos



Figura 5.3.: Hemimandíbula izquierda de ciervo neonato del Buxu (N2, interior). La dentadura decidual no ha sufrido desgaste.

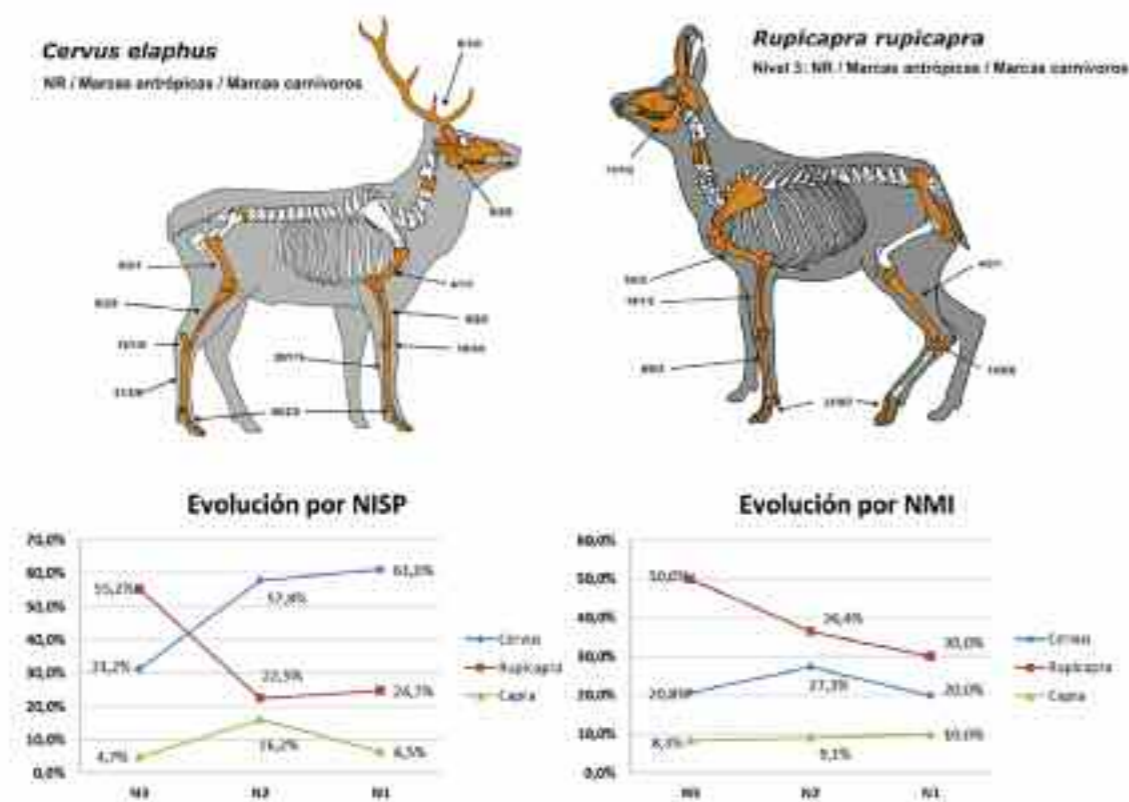


Figura 5.4.: Evolución en la captura de ciervos y rebecos según los índices NISP (Number of identified Specimens) y NMI (Número Mínimo de Individuos).

muestran una clara preferencia por los ejemplares infantiles y neonatos, con presencia incluso de fetos de ciervo. También es destacable, cuando es posible la identificación, la mayoría de hembras respecto a los machos. Finalmente, las cabras tienen una presencia media en torno al 10% de la fauna con interés alimenticio. Son ejemplares mayoritariamente adultos y seniles. (Figura 5.4.).

Sin entrar en el detalle de los datos numéricos y porcentajes, se puede afirmar de forma general que la fauna cazada en el Buxu muestra un aprovechamiento de amplio espectro del entorno inmediato de la cueva, donde existen zonas de roquedo, bosque bajo y pradera en un área muy próxima, reducida en la época en que se acumuló la muestra estudiada por la línea de nieves perpetuas del Último Máximo Glacial. Esto ocasionó, probablemente, la puesta en práctica de diferentes estrategias repetitivas y consolidadas en el tiempo para la captura de las distintas especies con representación importante en la acumulación ósea que estudiamos; al margen de acciones oportunistas sobre otros animales infrarrepresentados como caballo, bos, jabalí, incluso oso. También se observa una especialización creciente en la caza de ciervos, en perjuicio de los rebecos, a lo largo de la secuencia ocupacional, lo que constituye una tendencia general a lo largo del solutrense cantábrico (Yravedra 2002). (Figura 5.5.).

Las ciervas paren sus crías a finales de primavera, permaneciendo éstas junto a sus madres en los bosques bajos y praderas, sin la presencia de los machos, de costumbres más solitarias. Ocasionalmente las hembras y sus crías se agrupan en pequeñas manadas formadas por diferentes familias de ciervas con las dos o tres crías de los últimos años, con una estricta jerarquía de mando de las más viejas y una marcada territorialidad. Este carácter gregario de hembras y crías puede ser el responsable del perfil atricial, con predominio de ejemplares infantiles y de hembras, que hemos destacado respecto a los restos de esta especie analizados en los tres niveles de ocupación del Buxu. Así, las ciervas y sus crías pudieron ser arreadas hasta el fondo de valle ciego que domina la Cueva del Buxu, para ser allí cazadas indiscriminadamente. También parece probable que los cazadores arrebataran a sus madres las crías después del parto. La efectividad de este sistema de caza va incrementando su uso a lo largo del Solutrense, convirtiéndose en un recurso especializado que se repite cada año en primavera. Algo parecido se ha documentado entre los ciervos de la ocupación solutrense de Altamira (Straus, 1983) y para la cueva de Amalda (Altuna, 1990), aunque en este caso la diferente ubicación de la cueva centró esta estrategia de captura en los rebecos.



Figura 5.5.: Boca de cueva en la base de la Peña en 1970.

Los restos de rebeco, especie que constituye igualmente un recurso cárnico primordial, muestran un perfil catastrófico que incluye individuos de todas las edades. Este animal, aunque comparte en lo esencial el calendario anual de celo y parto con los ciervos, tiene una etología diferente. Habita en las zonas de roquedo y tiene costumbres migratorias en altura. Es decir, en verano asciende a las cumbres más altas para descender en otoño e invierno o cotas más bajas, como la Peña del Sedu, donde está la Cueva del Buxu. Además, al igual que las cabras, deben ser seleccionados y abatidos individualmente pues no es posible cercarlos en un fondo de valle. En este sentido, las armas arrojadas, con la posible presencia del uso del arco en el Solutrense, serían de gran efectividad. Igualmente ha sido habitual la caza de estas especies de roquedo despeñándolas, algo fácilmente practicable en el entorno inmediato del Buxu. (Figura 5.6.).

Otras especies de macromamíferos con interés económico identificadas en la Cueva del Buxu, además de las citadas, tienen una presencia solamente testimonial entre los restos documentados. Se trata de caballo (*Equus caballus*), gran bóvido (*Bos primigenius*), y jabalí (*Sus scrofa*). Estos dos últimos, al igual que los rebecos, no aparecen entre los animales representados durante el Solutrense en el arte rupestre de la cueva. En el bestiario representado en las paredes profundas de la gruta, como se verá en el capítulo del arte, dominan los ciervos y los caballos. En menor medida aparecen cabras y bisontes. Por tanto, la Cueva del Buxu se inscribe en ese nutrido grupo de yacimientos arqueológicos paleolíticos con arte rupestre donde las especies representadas en sus paredes no guardan una relación proporcional con las especies cazadas y consumidas por sus moradores. (Figura 5.7.).

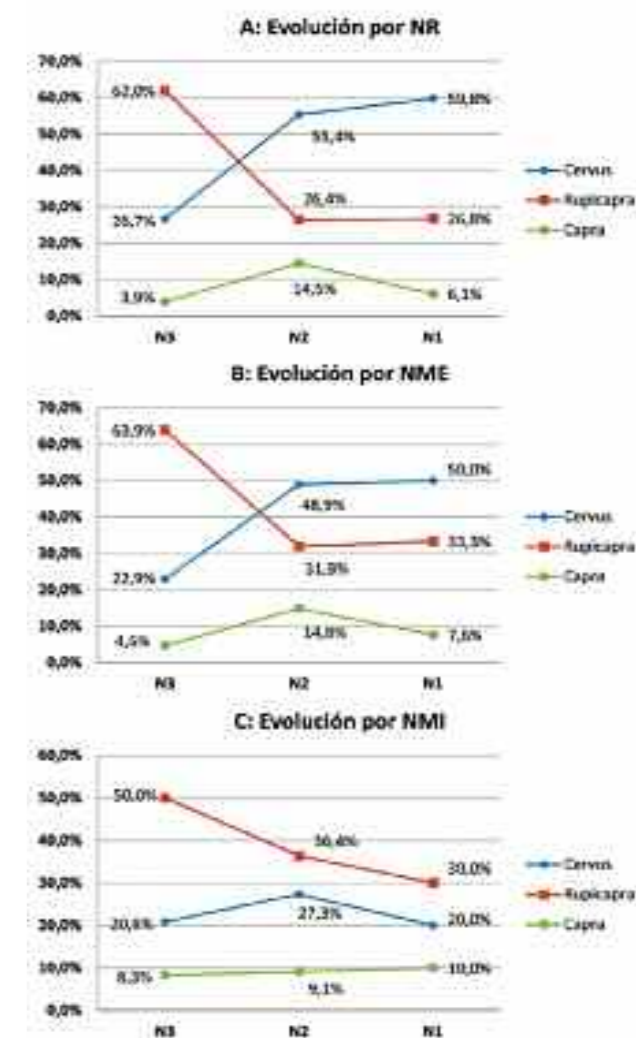


Figura 5.6.: Evolución de la fauna cazada según el NR (Número de Restos), NME (Número Mínimo de Elementos) y NMI (Número Mínimo de Individuos).

Caso aparte son los carnívoros, a los que no se les supone parte de la dieta humana habitual, como lobos, zorros y osos. Todos ellos pudieron ocupar la cueva en ausencia de las partidas de cazadores, incorporando incluso ellos mismos algunos restos animales. El número de restos de estas especies es escaso, al igual que las huellas de mordisqueo en los huesos. Merecen mencionarse las alteraciones gástricas que se observan en algunos huesos, que alcanzan hasta el 4% de los mismos. (Figura 5.8.). Descartado el quebrantahuesos, que no nidifica en ecosistemas como el de la Cueva del Buxu, podría atribuirse a regurgitaciones de lobos para alimentar a sus camadas, algo que se ha observado en otros yacimientos.

También se han documentado en los huesos estudiados distintas marcas antrópicas que indican procesos de rotura, descarnado o procesado de los restos animales. Para las primeras suponemos una intencionalidad de aprovechamiento de la médula que ya se ha mencionado, o la fabricación de herramientas simples, como los llamados

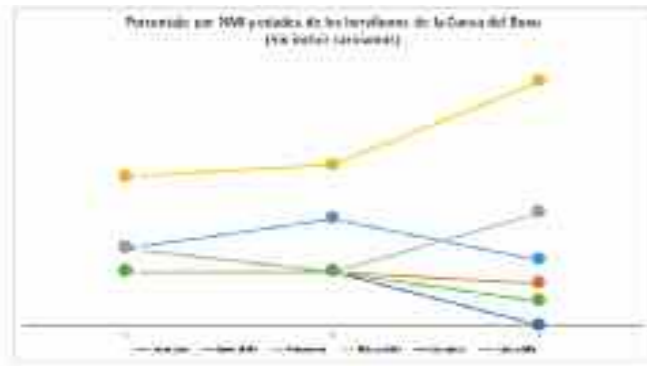


Figura 5.7.: Evolución en la captura de herbívoros por edades.

“punzones de economía”. Entre las segundas merecen destacarse las marcas horizontales en el extremo distal de los huesos de las extremidades (ulnas, tibias y calcáneos) que indican que los animales fueron transportados íntegros hasta la cueva, colgados por sus patas y despellejados *in situ*. Finalmente, la presencia de numerosos huesos quemados nos indica un posterior procesado de las partes cárnicas de estos animales cazados.



Figura 5.8.: Restos óseos solutrenses del nivel 3; a: ulna de ciervo con marcas antrópicas de descarnado; b: compresor.

En resumen, los restos óseos de macromamíferos de la Cueva del Buxu, junto con otros indicios ya vistos en el estudio de los restos arqueológicos del yacimiento, parecen indicar por su volumen, disposición y contenido que el sitio no fue habitado por un grupo numeroso que realizase allí todas las actividades habituales de un campamento base, sino más bien responden a cortas y sucesivas estancias de un grupo reducido que realiza determinadas actividades logísticas con carácter estacional y repetitivo; es decir,

como el aprovechamiento de un recurso anual consolidado. Con toda seguridad la cueva se habitaba en cortos espacios de tiempo durante los meses centrales del año, desde finales de primavera a comienzos del verano, ocupándose progresivamente sus moradores en la captura de ciervos infantiles y de sus madres. (Figura 5.9.). También se centraron en la pesca de salmones, que ascienden desde el mar en primavera para desovar en los ríos Sella y Güeña. Cabras y rebecos también formaron parte importante de las capturas, aunque estos últimos pudieron ser cazados durante el otoño. Por tanto, ciervos, rebecos, cabras y salmones constituyeron la despensa básica de estos grupos solutrenses vinculados a la Cueva del Buxu. Una vez transportados los animales a la cueva fueron procesados y, tal vez, una parte consumidos. Otra parte pudo ser preparada para su conservación y transporte al campamento base, seguramente entre los numerosos yacimientos de la costa, próximos a Ribadesella, según los patrones de territorialidad habituales entre los pueblos cazadores-recolectores. En este sentido, debe mencionarse igualmente la existencia de diferencias por zonas en los tipos de restos óseos hallados en el yacimiento, pero también de industrias líticas en las distintas áreas de la superficie habitada. Esta

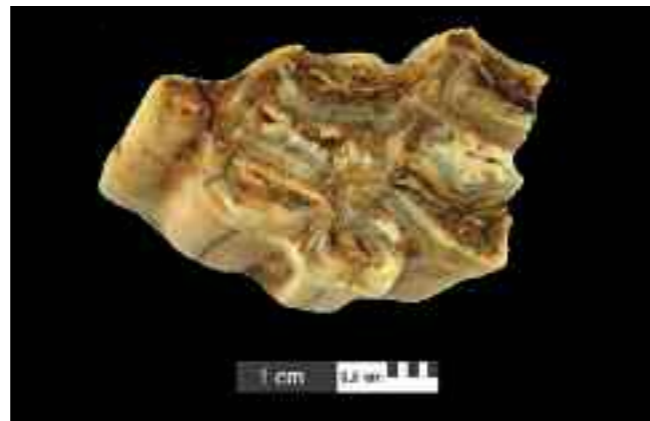


Figura 5.9.: Molar de caballo del Buxu.

diferenciación topográfica se asocia con la existencia de diferentes áreas de trabajo o del uso del espacio. También el hallazgo de dos pozos de poste y numerosos carbones en un área acodada interior, el *cul-de-sac* de la Zona B, que pudo funcionar como un ahumadero de carne y pescado. Todo ello apoya los datos de territorialidad en una visión regional de la vida de los grupos paleolíticos que explotan recursos complementarios de costa y montaña según las estaciones del año, haciendo acopio de aquellos que, debidamente tratados, podían ser acumulados y conservados, trasladándolos posteriormente al campamento base. Estos aspectos territoriales, como se expone en otro capítulo, igualmente se sugieren en el uso de determinadas materias primas y en los marcadores específicamente simbólicos como son las manifestaciones artísticas.

## VI. EL ARTE DE LOS PEQUEÑOS OBJETOS

Mario Menéndez



Figura 6.1.: Trabajos de triado de los sedimentos, tras la excavación, realizados en la Casa de Cultura de Cangas de Onís por alumnos de la UNED.

El registro de los restos hallados en la excavación de un yacimiento arqueológico del Paleolítico superior suele incluir pequeños objetos con algunas huellas intencionadas de acción humana sobre los mismos o profundamente alterados para fabricar un objeto nuevo, bien de uso utilitario o cargado de simbolismo tal vez mágico o religioso. Genéricamente se definen como arte mueble o portátil, otorgándose a todos ellos, por tanto, la categoría de objetos artísticos. Pero son muy diferentes en su naturaleza. Algunos son simplemente objetos utilitarios sobre los cuales se realizaron labores que van más allá de la mera funcionalidad, aunque esta consideración sea muy subjetiva. Se trata de incisiones, marcas, grabados simples, o más elaborados, que pueden interpretarse como señales de identidad, incluso de propiedad, o que tratan de favorecer la propia eficacia de tal objeto en el uso al que está destinado; bien por su operatividad, bien porque le confiere valores especiales. Pero hay otra categoría de objetos, cuya utilidad práctica realmente desconocemos, a los que se ha otorgado un componente “religioso” (Leroi-Gourhan, 1965). Se trata sobre todo de esculturas, plaquetas de piedra y huesos

grabados con temas reconocibles y que generalmente han supuesto una importante dedicación de tiempo y esfuerzo, además de mostrar una capacidad de “oficio” o expresión estética más destacada. En cualquier caso, sabemos que quien los realizó manejaba conceptos simbólicos que formaban parte de un relato conocido, incluso familiar, a los miembros de su grupo. Por eso y por sus cualidades estéticas los definimos como objetos artísticos. (Figura 6.1).

El repertorio de objetos hallados en las excavaciones realizadas en la Cueva del Buxu, incluye tanto los fragmentos y útiles de hueso y asta con modestas huellas de expresión antrópica sobre los mismos como esos otros “objetos religiosos” más elaborados (Menéndez, 1992, 2001; Menéndez y Ocio, 1997). Nos centramos aquí en estos últimos por su especial relevancia en el inventario mobiliario del Paleolítico peninsular y porque nos aportan datos importantes para un mejor ordenamiento y comprensión del arte rupestre hallado en las paredes de la cueva. Pero también porque son un valor en sí mismos y ponen imágenes a los sentimientos de los grupos humanos solutrenses que los elaboraron.



Figura 6.2.: Escultura de ave tallada sobre colmillo de Oso de las Cavernas.

### VI.1. La Escultura de ave

En la zona B, la más profunda de la antecueva, se halló el colmillo superior derecho de uno de los grandes osos que durante el Pleistoceno competían con los humanos por ocupar las cuevas, el denominado *Ursus spelaeus* u oso de las cavernas. Sobre este colmillo se talló la figura de un pájaro, de aspecto anseriforme, aprovechando magistralmente la propia forma del diente. Mediante las técnicas de recorte, grabado y pulido se dio forma de ave al colmillo, recortando el pico en la dentina interior, lo que le proporcionó un color amarillento que contrasta vivamente con el blanco marfileño del resto del diente. Se talló y pulió el largo cuello y los hombros del ave anseriforme, grabándose las plumas de las alas a ambos lados. La cabeza presenta una rotura antigua, al igual que la perforación rota existente en la cola del animal que ocupa la zona de la raíz dentaria. Esta perforación nos indica que se trataba de un colgante, seguramente dispuesto para ir suspendido mediante un cordón al cuello de quien lo portase (Menéndez y Olavarrri, 1983). (Figura 6.2).

Esta pieza, desde todo punto de vista excepcional, está concebida en tres dimensiones; es decir, se trata realmente de una escultura volumétrica. Aunque apareció en una zona parcialmente revuelta, estaba incluida en un contexto solutrense. Por tanto, puede ser definida como la escultura naturalista más antigua de la Península ibérica. Su hallazgo se realizó en la excavación de 1970 y no fue identificada de inmediato por hallarse recubierta de concreciones calcíticas. Una vez limpiada y restaurada en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, en Madrid, puede ser admirada en el Museo Arqueológico de Asturias, en Oviedo.

Las representaciones de aves no son muy frecuentes en el arte paleolítico, en general. En el arte mueble cantábrico solamente las hemos encontrado claramente representadas en dos ocasiones, hasta la fecha. La primera,

en la cueva de Ekain, (Deva, Guipúzcoa,) donde un contorno recortado de hueso en forma de anátida como el ave del Buxu, parece alargar su largo cuello para lanzarse sobre un pez; y en la Cueva de la Viña (Asturias), con la figura de un búho tallada sobre un fragmento de asta. Ambas piezas se realizaron durante el Magdaleniense medio, varios miles de años después de la escultura del Buxu. Algo más frecuentes son las aves grabadas



Figura 6.3.: Colgantes de idéntico diseño realizados sobre el hueso hioides de ciervo del magdaleniense de Tito Bustillo (sup.) y La Güelga (inf.).

sobre plaquetas de piedra en Francia y esculpidas en hueso en la Europa oriental.

Los colgantes del tipo descrito en la Cueva del Buxu suelen ser interpretados de diferentes maneras. Pudieron ser distintivos de estatus en el grupo, de género o de autoridad. También pudieron representar algún tipo de cualidad protectora o benefactora, de carácter más o menos mágico o religioso. (Figura 6.3). O bien ser muestra evidente y seguramente orgullosa de identidad territorial, grupal o familiar. O quizá simplemente tuvieron una utilidad decorativa, incluso con un valor de tipo premonetal de intercambio o trueque. Nunca lo sabremos con seguridad. Lo cierto es que requirió un gran esfuerzo en tiempo y energía gastada en su delicada elaboración. Que se realizó sobre el colmillo de un animal temible y que, a juzgar por sus muchas huellas, rayas y machacones de uso, era un objeto de empleo habitual que otorgaba un sentimiento de individualidad a quien lo portaba. Una vez rota su perforación el colgante fue abandonado en un lugar marginal del espacio habitado, donde permaneció en superficie el tiempo suficiente como para ser recubierto por las concreciones calizas del goteo del techo y, finalmente, quedar sepultado por las arcillas y limos arrastradas por las aguas subterráneas que circularon por esa galería de la cueva.



Figura 6.4.: Plaqueta con figuras y signos grabados hallada en el hogar del Nivel 2 interior. Solutrense.

Los ocupantes solutrenses del Buxu se adornaron también con otros colgantes naturales mucho menos espectaculares que el colmillo de oso de las cavernas que hemos visto, fabricados con conchas de moluscos marinos. Según el análisis de Ruth Moreno (1996/7), del Laboratorio de Arqueozología de la UAM, se han identificado cuatro ejemplares de *Trivia arctica* y *T. monacha*, una *Litorina obtusata* y un fragmento de *Chlamys* con perforaciones intencionadas, indudablemente para ser usadas como colgantes, probablemente asociadas. Esto refuerza la idea de la relación con la costa, enfatizada por la presencia igualmente de un ejemplar de *Cyclope neritea*, muy rara, pero que también se documenta en la cueva de Tito Bustillo.

## VI.2. Las plaquetas grabadas

En la superficie excavada más oriental del yacimiento arqueológico, la denominada “zona interior o alfa” por hallarse en la parte más profunda y angosta del abrigo, se localizaron varias plaquetas desprendidas por gelivación de las paredes exteriores de la cueva. Todas ellas estaban asociadas a los restos de un hogar del nivel 2; es decir, utilizado durante el Solutrense superior. Dos de ellas presentaban trazos rectos, anchos y profundos, en cuyo interior se apre-



Figura 6.5.: Signos de la plaqueta anterior. Vista parcial.

ciaron huellas de erosión por líquenes, naturalmente posteriores a la realización de los grabados que mostraban tales huellas. Es decir, que estas plaquetas grabadas y que formaban parte de un hogar en el interior oscuro del abrigo, al que fueron transportadas o allí arrojadas, con anterioridad pudieron constituir parte del abrigo exterior e iluminado de la cueva el suficiente tiempo como para ser colonizadas y erosionadas por vegetales. Es decir, que probablemente existieron en el Buxu grabados lineales exteriores al estilo de los conocidos en otros yacimientos próximos como el Covarón de Parres o Cuetu la Mina, anteriores al Solutrense. El motivo de su transporte hasta el interior y su asociación al hogar, a su fuego y sus cenizas, nos resulta desconocido y un tanto enigmático.

Otras dos plaquetas con superficies más lisas fueron grabadas con signos o figuras animales. En una de ellas, que muestra en una de sus caras una verdadera maraña de trazos claramente intencionados junto a otros naturales, no antrópicos, hemos aislado alguno de los primeros proponiendo diferentes interpretaciones (Menéndez y Ocio, 1997). (Figura 6.4). Puede destacarse un contorno femenino en visión frontal, con representación más explícita del sexo, que tendría su correlato parietal en la figura grabada bajo el grupo 8 de la zona B de la cueva del Buxu; o bien el grabado de un caballo en cuyo interior aparece inscrito un cuadrado dividido en sectores por líneas perpendicu-



Figura 6.6.: Plaqueta con cierva grabada en idéntico diseño al Conjunto 3 del Arte rupestre. Solutrense.

res. Este mismo motivo tiene su paralelo más próximo y ajustado en el arte parietal de la vecina cueva de Tito Bustillo, en Ribadesella. (Figura 6.5). Finalmente, otra plaqueta muestra, esta vez en su cara interna, la elegante figura de una cierva grabada con trazo muy fino, difícilmente perceptible. Mide unos siete cm y está completa, salvo parte de la cabeza, perdida en una rotura antigua. Responde al modelo de animales planos e inmóviles, representados igualmente en el arte rupestre del interior profundo de la cueva que veremos en la fase 3, con una pata

por par, realizada en diseño triangular y sin referencias explícitas a detalles de la anatomía interior del animal. Solamente muestra unos trazos rectos sobre la panza que pudieran referirse a armas de caza clavadas en el animal o a simples trazos parásitos (Figura 6.6). Naturalmente, además de la belleza del dibujo, merece destacarse el evidente paralelo con una fase del arte rupestre del que resulta apoyo cronológico para su adscripción al Solutrense superior.

## VII. EL ARTE RUPESTRE

**Mario Menéndez**



Figura 7.1.: Valle del Güeña en la confluencia con el río Covadonga desde la Peña del Sedu.

En los últimos años ha sido frecuente organizar los sitios con arte rupestre paleolítico en tres categorías, atendiendo a la cantidad de obras que atesoran, a la calidad de su ejecución y a la visibilidad de las mismas, según su estado de conservación (González Sainz, 2004; Fortea 2007). Son ordenados como santuarios mayores, medianos y pequeños. En esta clasificación formal y meramente descriptiva, la Cueva del Buxu se emplaza entre los medianos. En sus paredes se representaron en total 25 signos, 30 figuras animales, una posible figura humana y numerosos restos de pintura sin forma definida o coloreando hendiduras naturales o zonas de pared que los nuevos programas informáticos aplicados a la fotografía irán permi-

tiendo leer con mayor precisión. (Figura 7.1.). Igualmente se utilizaron diferentes técnicas de ejecución como el grabado, en sus diferentes modalidades, la pintura roja y negra, así como la combinación de pintura y grabado. Sin embargo, aunque por los aspectos formales antes citados sea un “santuario medio”, no equiparable a Tito Bustillo, Altamira, El Castillo, Lascaux, Niaux, etc., presenta aspectos de enorme interés para la comprensión y el disfrute del arte rupestre paleolítico, como veremos.

La Cueva del Buxu, a consecuencia de su dinámica geológica e histórica, presenta una superficie en sus paredes interiores muy fracturada por diferentes tipos de diaclasas, recubiertas por una capa arcillosa como re-

sultado de la mecánica hídrica que actuó en la cueva. A estas diaclasas a veces profundas y, la mayoría, solo incipientes, se suman los numerosos testimonios históricos de vandalismo en forma de frotamientos en la arcilla superficial o mediante grabados profundos. También manchas negras de carburos o de carbón vegetal. Todo ello dificulta la lectura de los grabados y pinturas prehistóricas que se localizan, en general, con gran esfuerzo entre las líneas naturales de la pared rocosa. La meticulosidad del trabajo realizado en el inventario de figuras publicado en 1918 nos ha hecho desistir de atribuir autenticidad paleolítica a numerosos trazos de aparente antigüedad. Algunas figuras, como veremos, se han perdido. Las recogemos igualmente de

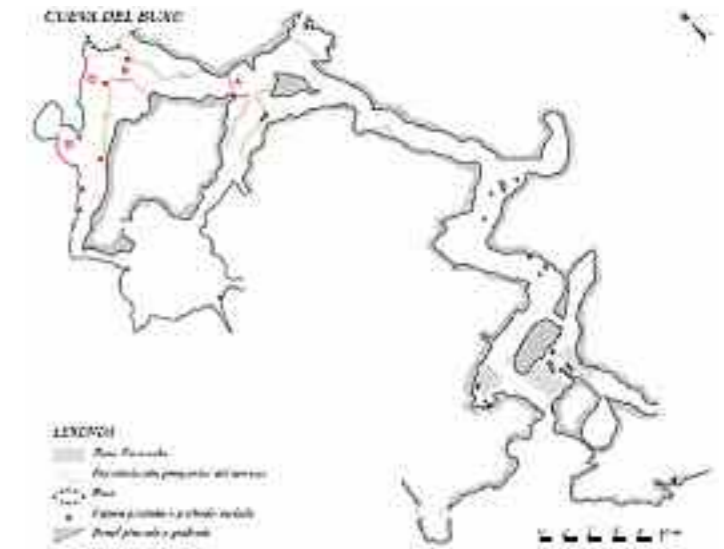


Figura 7.2.: Mapa del Buxu con los diferentes sectores con arte rupestre.

una forma crítica, tratando de aproximar el momento de su desaparición.

Las primeras obras de arte rupestre de la cueva del Buxu aparecen a unos 70 m de la entrada actual. (Figura 7.2.). No hay huellas de actividad paleolítica entre el yacimiento arqueológico de la antecueva y esta zona profunda de la cavidad. Esta circunstancia de representar las primeras obras en la profundidad y oscuridad de la gruta revela la intencionalidad de los autores de buscar para las mismas un ambiente alejado del ámbito cotidiano y doméstico, buscando lo reservado y hermético que generalmente predispone y acompaña a lo numinoso. Por tanto, la consideración de esta circunstancia no puede ser meramente descriptiva o topográfica, sino que ha de tenerse en cuenta a la hora de intentar una comprensión interpretativa global del santuario y de la actividad y la motivación artística. Igualmente, como veremos, el arte presente en las profundidades de la cueva se fue ejecutando a lo largo de un dilatado periodo de tiempo, que incluye diferentes periodos con diferentes técnicas e igualmente diferentes temas tratados, con una evidente personalidad muy homogénea en cada uno de los grupos de figuras. Quizá por ello también las motivaciones pudieron ser diferentes. A pesar de esta heterogeneidad temática y técnica, todo lo representado en la cueva del Buxu se acomoda sin dificultad en los parámetros tradicionales del arte rupestre del Paleolítico cantábrico.

En la descripción y localización topográfica de las figuras mantenemos, como ha sido tradicional, la división establecida por Obermaier y el Conde en cuatro grandes áreas (A-B-C-D), así como la numeración asignada para cada figura; añadiendo una nueva área (Sala Grande) y nueva numeración correlativa para las figuras igualmente nuevas.



Figura 7.3.: Caballo grabado desaparecido. Primera figura de la cueva.

## VII.1. Descripción de las figuras

### La Zona A

Superada la puerta de acceso y tras el recorrido de seis tramos rectos y superar dos antiguos sifones del cauce subterráneo que originó este estrecho trayecto en forma de túnel, accedemos a una pequeña sala donde confluyen cuatro galerías. Una situada en altura, a la derecha, a la que puede accederse por una colada estalagmítica a modo de escaleras. Conduce al piso superior de la cueva, sin manifestaciones artísticas y con numerosos grafitis modernos. A la izquierda, una estrecha y alta galería conduce a la “Sala Grande”. De frente, otra galería muy baja, continúa el recorrido hacia el fondo de la cueva. En esta sala, a unos 70 metros de la entrada, encontramos las primeras manifestaciones artísticas.

*Figura 1:* Se trata del perfil del tren delantero de un caballo grabado muy superficialmente con trazo múltiple fino. Tiene una pata por par, inacabada igual que el morro y carece de detalles anatómicos. (Figura 7.3.). De esta figura realizó un calco Benítez Mellado en 1918. También fue dibujada en un borrador por Eduardo Ripoll en 1952. Igualmente, Magín Berenguer realizó una pintura de la misma en 1953; sin embargo, ya no pudo encontrarla en una visita que realizó a la cueva diez años más tarde, en 1963 (Berenguer, 1984: 137). Nosotros hemos utilizado di-



Figura 7.4.: Arco del Sector A por el que se accede al santuario profundo.



Figura 7.5.: Cierva pintada en negro (Fig.2) que parece enlazar con la siguiente.

ferentes técnicas de iluminación y fotografía para intentar localizar, al menos, algún trazo. No ha sido posible. La figura, que fue grabada en una concavidad de la roca que la protegía, ha desaparecido. En su lugar aparece una superficie intensamente frotada.

Frente al lugar en que se grabó la Figura 1 aparece una especie de arco de medio punto que da paso a la galería baja que conduce al fondo de la cueva. Sobre este arco se pintaron dos ciervas y algunos trazos que parecen corresponder, al menos, a dos ciervos. Todas las figuras miran a izquierda, hacia la entrada de la Sala Grande, y responden en líneas generales a las mismas convenciones. Igualmente, todas están muy deterioradas. Su posición desprotegida las expone al roce de los animales que se refugiaban en la cueva y de las personas que la visitaron. Son las figuras 2 a 5, que en 1918 ya aparecían muy borradas. (Figura 7.4.).

*Figura 2:* Contorno de una pequeña cierva, de 15 cm de largo, pintada en negro con trazo fino. Está emplazada en un saliente de la roca, a la izquierda del arco. No presenta detalles anatómicos en su interior. Por el contrario, si aparecen algunos trazos parásitos a la altura de la boca y se esboza una segunda pata por par. En la actualidad está



Figura 7.6.: Cierva pintada y raspada (Fig. 3) a la izquierda del arco.



muy borrada, aunque aún pudo ser dibujada bastante completa por F. Benítez, por E. Ripoll y por M. Berenguer, en 1956. (Figura 7.5.).

*Figura 3:* En una especie de hornacina natural, tras la figura anterior y dando la impresión de conectar con la misma en el quiebro de la pared, aparece la figura de una cierva grabada y pintada. Pareciera que la larga pata de esta cierva descansara sobre el lomo de la anterior. El contorno está grabado mediante trazos múltiples y superficiales. Este contorno se completa con un trazo de pintura negra ausente en la cabeza, lo que dificulta su percepción. El interior de la misma aparece frotado y con algunas salpicaduras negras. El eje de la figura, que mide 24 cm, eleva su cabeza hacia el techo de la cueva. El diseño de esta figura es plano, con una pata por par, dibujada manteniendo las proporciones. El raspado interior acentúa su visibilidad y le da cierta sensación de volumen. Es la figura mejor conservada del grupo, indudablemente debido a su situación más protegida y oculta. (Figura 7.6.).

*Figura 4:* Sobre el arco de piedra, a la derecha, aparecen algunos trazos en negro en los que se adivina el contorno de un animal de 28 cm de longitud, que pudo aprovechar un resalte de la pared para modelar su cabeza. Obermaier y el Conde apuntan a que probablemente se trate de un ciervo por los trazos que pudieran dibujar el arranque de su cornamenta. El lomo plano, que corre paralelo al suelo, también parece compatible con el intento de representar a un bóvido. (Figura 7.7.).

*Figura 5:* Ligeramente más alto y a la derecha del dibujo anterior se observan una serie de trazos negros que tradicionalmente se han interpretado como los restos de la figura de un ciervo que conserva solamente el arranque de la cornamenta. Como en el caso anterior, los trazos están muy desvanecidos. A pesar de la envergadura y el cuello ancho que muestra esta figura no debe descartarse que se trate en realidad de una hembra con una larga oreja levantada. Sobre ella algunos trazos parecen sugerir una figura de ciervo joven con el cuerpo moteado. Otros restos de pintura negra nos indican que igualmente pudieron existir otras figuras sobre este arco, hoy desaparecidas. (Figura 7.8.).

Un largo corredor de unos 10 m de longitud conecta las zonas A y B. A lo largo de este corredor se ha rebajado artificialmente el suelo para poder recorrerlo cómodamente. Sin embargo, cuando la cueva fue un santuario paleolítico, quienes la frecuentaron, debieron arrastrarse por el mismo para acceder hasta el fondo de la galería. (Figura 7.9.). En el techo y los laterales son visibles algunos restos de pintura roja suelen asociarse a desvíos de la galería principal que conducen a gateras sin salida, quizá dispuestos a modo de

*Figura 7.7.:* Ciervo o bóvido (Fig.4) pintado en el centro del arco.  
*En la doble página siguiente Figura 7.8.:* Posible cierva con un posible ciervo joven tras ella.





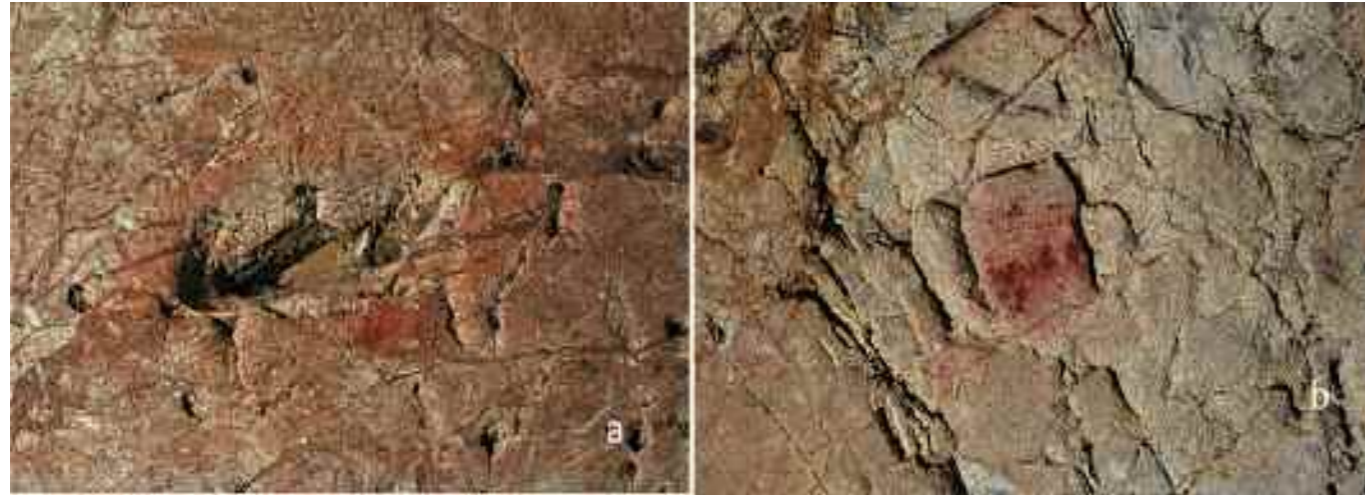


Figura 7.10.: Restos de pintura roja en el interior del pasillo. a: Hendidura natural en forma vulvar con el contorno coloreado de rojo; b: Digitaciones.

marcas topográficas. Sobre la bóveda baja del techo destacamos una hendidura en forma vulvar que fue intensamente coloreada de color rojo (Figura 5b). Un poco más adelante, a la izquierda, se observan tres puntos o digitaciones igualmente en un intenso color rojo (Figura 5c). (Figura 7.10 a y b).

### La Zona B

A la salida del corredor el espacio se ensancha formando una sala de unos 6 m de largo por 4 de ancho. En el punto más alejado la galería hace un quiebro en ángulo recto para tomar la dirección EW, estando limitada al Este por un profundo pozo que conduce al piso inferior de la cueva donde aún está activo, ocasionalmente, un cauce de agua. El primer tramo constituye la denominada zona B. Ya en la descripción de 1918 Obermaier y el Conde dejan constancia de la mala conservación de las obras de arte desde el comienzo de esta zona y la dificultad de lectura de la pared, y así hablan de “un conjunto de líneas grabadas, unas naturales y antiguas; otras más modernas, formando un complejo tan heterogéneo que nos ha sido imposible darle una interpretación seria...”. Esta circunstancia se ha agravado con el tiempo.

A la derecha. Figura 7.11: Caballos del Grupo 6, Zona B, según Magín Berenguer.

En la doble página anterior. Figura 7.9.: Pasillo bajo que conduce a la zona profunda de la cueva con pinturas negras en el arco de entrada y numerosos restos de pintura roja en su interior.



*Grupo 6:* Se trata, en realidad, de un conjunto formado por dos caballos y diversos trazos, todo ello grabado a un metro de distancia de la esquina donde gira la galería frente al pozo. Obermaier y el Conde describen estos caballos con gran detalle, aportando dibujos y fotografías de los mismos. Magín Berenguer los dibujó, igualmente, en 1956, pero ya no pudo encontrarlos en 1963. (Figura 7.11.). La pared fue frotada y rayada, perdiéndose las figuras entre una maraña de trazos. No obstante, en las fotografías de P. Saura se adivinan algunos trazos originales



Figura 7.12: Tectiforme (Fig.7) de mayor tamaño y visibilidad en la sala.

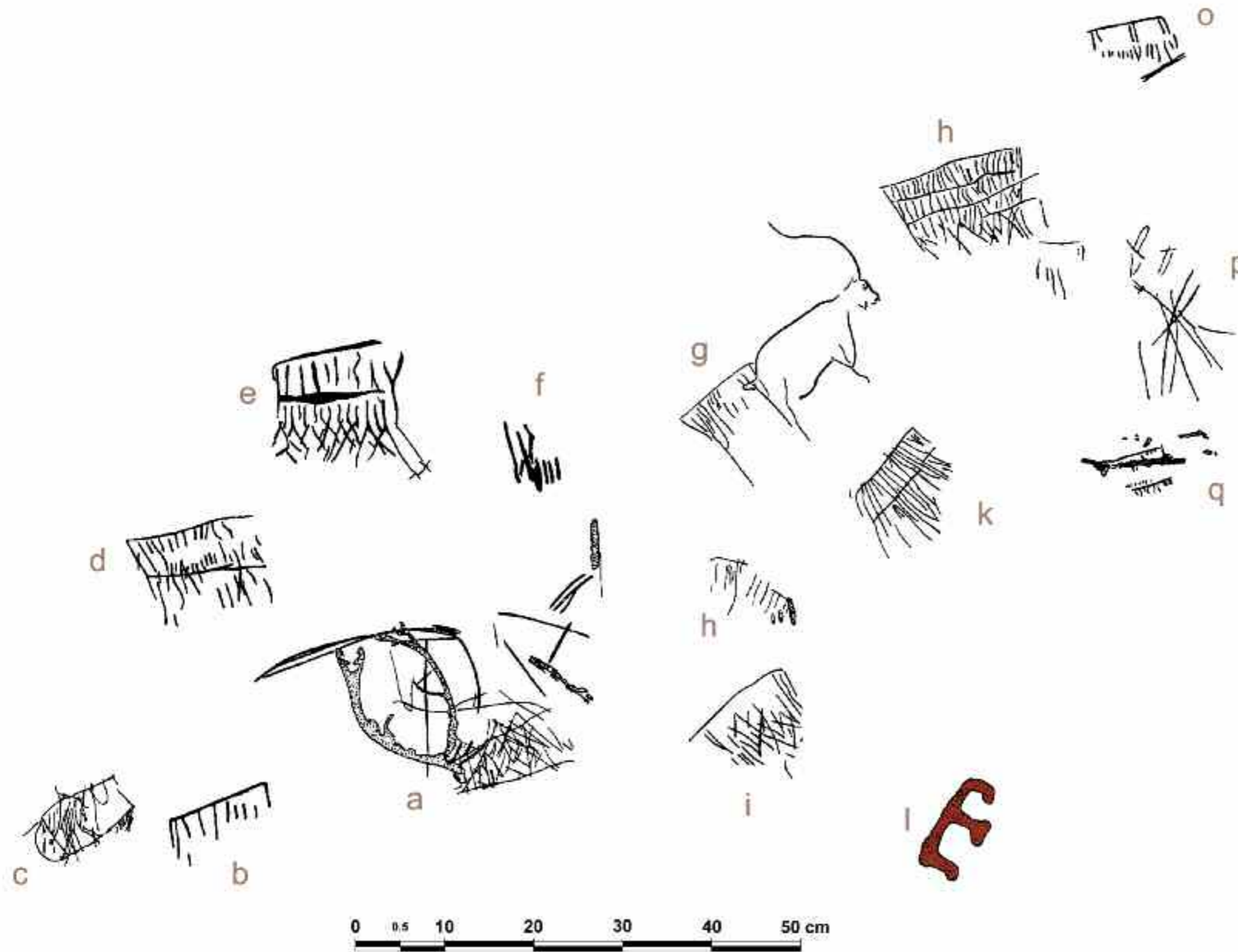
y, junto con la documentación antigua, podría intentarse su recuperación.

Se trataba de la composición de dos caballos grabados en posición contraria, de unos 50 cm, emplazados uno sobre el otro con evidente unidad de estilo, aunque el inferior esté más completo y tenga un dibujo más detallado. Ambos presentan las características patas de diseño triangular, inacabadas, que en las manos del inferior se convierten en dobles. Las manos del superior fueron rectificadas torpemente, pasando sobre el lomo del primero y corrigiendo una única pata triangular previa. Ambos presentan la testuz lisa, el morro redondeado y la convención de la doble crinera. Algunos trazos parásitos se asocian en los dibujos y fotografías antiguas a estas figuras desaparecidas.

Figura 7.13.: Grabados del Grupo 8. En el recuadro blanco interpretación de los mismos según Obermaier y el Conde en 1918.



Figura 7: En la pared Este, frente a los caballos desaparecidos y a 40 cm del límite de la roca con el pozo, se grabó un signo cuadrangular del tipo definido por Obermaier (1918) como “tectiforme”. Mide 26 cm de largo por 15 cm de alto. Está grabado mediante trazo ancho y profundo a una altura de un metro respecto al suelo actual de la cueva.



El rectángulo se conforma por dos líneas perpendiculares y una tercera en la base que se curva en su extremo hasta alcanzar la superior. Está dividido en su interior por dobles líneas paralelas que conforman tres campos. (Figura 7.12.). El interior aparece rayado con trazos cortos y flecos al exterior por todo el contorno. En el ángulo superior derecho aparecen algunos trazos que, probablemente, no guardan relación con esta figura. El tamaño, la profundidad del trazo y el emplazamiento hacen que este tectiforme sea el más visible de la sala, que parece presidir.

*Grupo 8:* En esta misma pared, pero a la derecha y más altos, se realizaron dos tectiformes de muy difícil localización. Están grabados entre una verdadera maraña de trazos. El primero (8a) es un rectángulo rayado similar al anterior, sin divisiones interiores y con flecos exteriores solo en su base. Bajo el mismo un tectiforme abierto, muy simple y grabado con trazo superficial (8b). Más abajo se aprecia muy claramente un escaleriforme grabado con trazo profundo. Bajo este último signo, Obermaier y el Conde sitúan una serie de líneas que ocasionalmente hemos interpretado como un posible contorno femenino en visión frontal (Menéndez, 1999), al que hemos aludido con anterioridad al hablar de las plaquetas grabadas de arte mueble del yacimiento de la entrada. (Figura 7.13.).

*Figura 9:* A la derecha de la figura anterior se localiza un conjunto de líneas grabadas entre las que puede individualizarse la parte inferior de un posible animal, probablemente un caballo, con patas de diseño triangular.

### La Zona C

Está formada por la pared que cierra en dirección Norte esta sala. Al Este limita con el pozo y al Oeste nos conduce hacia el pasillo que lleva a la zona más profunda de la cueva. Sobre esta lisa y visible pared se grabaron una docena de signos tectiformes, así como diversos grupos o haces de líneas. También se realizaron dos cabras, una grabada y otra pintada en negro. E igualmente pintado, pero en color rojo, un enigmático signo que semeja una E mayúscula inclinada que ha recibido diversas interpretaciones, como veremos. Finalmente, en la pared opuesta, la situada al Sur y que se dirige al siguiente sector más profundo, se localiza un tectiforme grabado. Por este último comienza la descripción. (Figura 7.14.).

*Figura 10:* A 1,25 m del suelo, en una zona expuesta al roce de los visitantes, se aprecia con dificultad un rectángulo grabado con trazo fino y muy disipado. Una línea horizontal lo divide en dos campos rellenos de trazos que, ocasionalmente, se entrecruzan y son más numerosos en la mitad superior. Bajo el mismo, algunos trazos sueltos “desvanecidos”, en palabras de Obermaier y el Conde, pudieran responder a una parte de la prolongación borrada del mismo.

Figura 7.14.: Conjunto central (grupo 12) de la pared norte de la zona C.



*Figura 11:* Frente al anterior, en la pared Norte, comienza el gran panel de esta sala por una figura de cabra pintada en negro. En un ligero extraplomo de la roca, a 80 cm del suelo, aparece con claridad el contorno de la cabeza y el cuello de una cabra pintada en negro que parece adelantar su pata derecha. El interior se modela mediante trazos igualmente pintados en negro y la cornamenta se representa en perspectiva torcida. Tradicionalmente se ha definido como *Capra Pyrenaica* por su característica cornamenta. A la derecha y ligeramente más altas aparecen las restantes figuras. (Figura 7.15.).

*Grupo 12:* En realidad se trata de un conjunto de 17 figuras; la mayoría grabadas pero también pintadas en rojo o en negro. En el centro, sobre un ligero saliente de la pared aparece la figura 12 a, que en la actualidad se aprecia con gran dificultad. Se trata de una cornamenta de ciervo pintada en negro en visión frontal. La base de las astas se superpone claramente a un tectiforme grabado con trazo fino y difuso. (Figura 7.16.). Los laterales del rectángulo que dibujan dos líneas horizontales que contienen los trazos cortos entrecruzados, quedan abiertos. Esta superposición de la pintura negra sobre los tectiformes grabados es de gran interés para ordenar la secuencia cronológica en la realización de las diferentes figuras parietales de la cueva y las técnicas empleadas en su realización.

Inmediatamente a la izquierda de esta pintura negra aparece grabado un tectiforme abierto, muy simple, que fue definido por el Conde y Obermaier como “pectiniforme” (Figura 12b). A su izquierda se aprecia otro pequeño tectiforme cerrado, simple, con algunos trazos interiores (12c). Sobre ellos, ligeramente más alto que la cornamenta de ciervo pintada en negro y ya descrita, aparece un tectiforme rectangular, abierto por la derecha, relleno de rayas cortas que desbordan la base del mismo (Figura 12d). Sobre él, en la vertical de la cornamenta de ciervo pintada en negro, se aprecia con claridad un tectiforme rectangular más complejo en su diseño, grabado con anchas líneas y cerrado, del que parece colgar una malla de líneas entrecruzadas (Figura 12e). A su derecha el Conde y Obermaier describen algunos trazos anchos hechos, a su entender, con un instrumento de madera con su extremo redondeado (Figura 12f). Hoy resulta del todo irreconocible entre la maraña de trazos vandálicos contemporáneos realizados en esta pared.

La figura 12g, de gran belleza y simplicidad, se aprecia fácilmente. Consiste en el contorno de una cabra pirenaica grabada sobre un tectiforme simple y abierto, igualmente grabado. La cabra mide unos 20 cm de largo y 10 de alto, aunque su altura se prolonga en un larguísimo y sinuoso cuerno que proporciona a la figura un ritmo es-

Figura 7.15.: Cabra pintada en negro. Es la figura más occidental de la Zona C.

pecial y rompe el naturalismo del resto del dibujo. (Figura 7.17). Está grabada con trazo fino y profundo, único y seguro, sin rectificaciones. Las patas, inacabadas en la base, tienen estructura triangular. El eje de la figura se eleva hacia el techo de la cueva lo que produce la impresión de que el animal flotase en el aire, ajeno al suelo. No se representaron detalles anatómicos del interior del cuerpo, salvo la insinuación del ojo y una larga oreja caída. Este escueto diseño, junto con la representación de un solo

cuerno y una pata por par, producen la sensación de un dibujo plano, ajeno al volumen corporal. La evidente superposición de esta cabra grabada sobre un tectiforme y algunos restos de pintura negra sobre ambos, también son relevantes para el ordenamiento del arte rupestre de esta cavidad.

Unos centímetros más abajo de la cabra descrita se aprecian con dificultad tres tectiformes (Figuras 12 h, 12i, 12k) grabados con trazo fino y superficial. Son del tipo de rec-

tángulo abierto con trazos cortos inferiores. Bajo ellos, más cercano al suelo de la cueva y próximo al pozo, se pintó un signo en rojo.

El signo 12l, pintado en rojo con trazo ancho, merece una mayor atención. Se ubica bajo los últimos tectiformes descritos, en un lugar muy visible próximo al pozo y fuera del campo gráfico manual en el que se agrupan los tectiformes. Se asemeja a una E mayúscula inclinada a la derecha, con los extremos engrosados. El corrimiento de la tinta, ya descrito en 1918, pero también la mala

conservación de la cueva, casi la han borrado. Las técnicas fotográficas modernas nos han permitido recuperar gran parte de su forma original y la Espectroscopía Raman conocer su elaboración y sus componentes mineralógicos. (Figura 7.18). Así, hemos observado restos de pintura que podrían ampliar la figura en una forma más compleja (Menéndez y García, 2014), y determinar que fue realizada mediante un complejo procedimiento de diferentes minerales, con una granulometría en torno a 10  $\mu\text{m}\varnothing$ , que incluyen principalmente hematita y wüstita (óxidos de hierro de gran poder colorante), calcita y carbón amorfo (Hernanz et al. 2011). Este último componente posiblemente responda a algún tipo de materia orgánica destinada a oscurecer el tono de la pintura. Igualmente se han detectado trazas de potasio, fósforo y manganeso.

Bajo el signo rojo descrito, ligeramente a la derecha, se aprecian algunos trazos de pintura negra sin forma definida (Figura 12m); y limitando este panel por la derecha, próximos al borde del pozo, se aprecian algunos otros signos. El más visible (Figura 12n) es un complejo tectiforme rectangular grabado con trazo ancho, tabicado en tres campos a su vez rellenos de trazos cortos, más o menos paralelos los interiores y entrecruzados aquellos que sobresalen por la parte inferior. Sobre este signo, ligeramente a la derecha se localiza un nuevo tectiforme muy simple y abierto (Figura 12o) que recuerda a los pectini-formes o signos dentados ya descritos. Está grabado a 2 m de distancia del suelo, por ello marca el techo del campo gráfico manual de este tipo de figuras, que quedan enmarcadas en el espacio que media entre uno y dos metros del suelo natural de la cueva. Bajo el mismo unos trazos grabados informes (Figura 12p) y, finalmente, un nuevo tectiforme muy simple y abierto (Figura 12q). Este último tiene la particularidad de presentar restos de pintura negra sobre el mismo, reforzando el orden de las superposiciones ya visto.

### La Zona D

Desde la Zona C que, en su confluencia con la Zona B, ha sido definida por nosotros como “sala de los tectiformes” (Menéndez, 1984) avanzamos en dirección Oeste unos 15 m. A nuestra derecha se abre un nicho o camarín abovedado de unos 4m<sup>2</sup>, que se prolonga hacia el interior achicándose progresivamente el espacio hasta encontrarse el techo con la costra estalagmítica que forma el suelo. (Figura 7.19.). Dentro de este camarín, en disposición teatral, situando las figuras más pequeñas en la zona más próxima al espectador y las de mayor tamaño en la zona más alejada, se encuentran las obras artísticas más elaboradas y espectaculares de la cueva. Algunas de ellas han sido frotadas con barro de la propia cueva, dificultando su visión. No obstante, están bien documentadas en

Figura 7.16.: Restos de pintura negra (cornamenta de ciervo, 12a) sobre tectiforme grabado.

En la doble página siguiente. Figura 7.17.: Cabra grabada sobre tectiforme (12g); más arriba, a la derecha, tectiforme 12n.





fotografías y dibujos antiguos y pueden localizarse, salvo detalles, en la actualidad. Se trata de 5 caballos, 1 bisonte, dos cabras, dos ciervos, un gamo y un posible signo.

*Grupo 13:* Se trata de un conjunto formado por tres caballos grabados que miran a derecha. Fueron realizados con una evidente unidad en cuanto a su concepción, si bien presentan visibles diferencias en cuanto a su materialización. Todos ellos están realizados en la pared izquierda del camarín. Los dos primeros próximos al suelo natural de la cueva, sobre un crestón de roca que aflora del mismo y el tercero medio metro más alto sobre los anteriores.

El primer caballo (*Figura 13a*) mide unos 20 cm de largo y está grabado con trazo fino y profundo, más ancho en la nalga, la quijada y la sinuosa curva cervicodorsal que comienza en la oreja y finaliza en una larga cola. (*Figura 7.20.*) El trazo es seguro, con muy escasas rectificaciones, y muy proporcionado salvo en la cabeza que resulta ligeramente pequeña respecto al resto del cuerpo. Presenta doble crinera y representación del ojo mediante un impacto. El morro está incompleto aunque se insinúan la boca y el ollar. (*Figura 7.21.*) Las patas delanteras están terminadas en cascos y se adelanta la izquierda en posición estática. Las patas traseras están incompletas. Esta bella y elegante figura muestra una mano firme y segura que nos ofrece un dibujo lleno de vida y naturalismo en unos pocos trazos. (*Figura 7.22.*) Inmediatamente delante encontramos otro caballo (*Figura 13b*) que responde al mismo patrón compositivo, si bien éste presenta las patas inacabadas, adelantado la mano derecha, y un mayor detallismo en la representación de la cabeza, con el ojo grabado en círculo, la boca, el ollar y dos orejas. Destaca sobremanera el relleno de trazos superficiales que despiezan en M el interior de su cuerpo y cuello, otorgándole una fuerte y distintiva personalidad. Sobre ellos un tercer caballo (*Figura 13c*) que si bien responde a las mismas convenciones generales se dibujó con un evidente grado inferior de calidad. La cabeza, desproporcionadamente pequeña, se ve con dificultad al haber sido frotada con barro. (*Figura 7.23.*) Un rectángulo muy visible, que pudiera ser natural, parece encerrar las patas delanteras del animal.

*Figura 14:* A la derecha del conjunto anterior, ligeramente más alto, aparece la representación de un bisonte macho que aprovecha la ancha línea de una diaclasa rellena de material rojizo y la curvatura natural de la roca para acentuar el mayor volumen de su tren delantero y el tamaño de la giba. (*Figura 7.24.*) Está realizado con trazos de pintura negra y grabado muy fino, apreciándose con

gran dificultad, sobre todo la cabeza. Los cuartos traseros aparecen grabados más nítidamente. Las patas están inacabadas. (*Figura 7.25.*)

*Grupo 15:* Tradicionalmente se ha considerado que este grupo estaba formado por dos ciervos, dos caballos y un gamo aunque, como veremos, existen algunas dudas de atribución. El conjunto se sitúa a la derecha de la última figura descrita, frente al espectador, en el centro del covacho o camarín. (*Figura 7.26.*) El primer dibujo representa a un ciervo joven (*Figura 15a*) realizado con grabado fino y reforzado con pintura negra que se ha perdido en algunas zonas, especialmente en la cabeza que se aprecia con dificultad. Es una figura de dibujo artístico y proporcionado que recoge con gran belleza y fidelidad las características anatómicas de este animal; tal vez un vareto o ciervo de alrededor de un año. (*Figura 7.27.*) Por ello se muestra la incipiente cornamenta de una única y larga cuerna, así como la librea o pelaje corto y blanco que tienen en la panza estos ciervos juveniles y la representación del sexo. Está en movimiento, con las patas inacabadas, salvo la posterior izquierda que termina en casco y se superpone a una mancha rojiza muy desvaída. Diversos trazos cortos grabados en el interior del animal, así como el adelantamiento de su mano derecha, le dan sensación de volumen y profundidad. (*Figura 7.28.*) El eje del animal está ligeramente inclinado hacia el suelo, del que solo dista 35 cm, ignorándolo como posible apoyo. Grabado en el interior del mismo, claramente infrapuesto, aparece otro animal de diseño mucho más simple, tradicionalmente interpretado como ciervo pero que podría, sin dificultad, considerarse igualmente un caballo (*Figura 15b*). Responde al diseño de animales planos con una pata triangular por par. Como si se apoyara en el lomo del ciervo se grabó un caballo con trazo superficial múltiple (*Figura 15c*) y diseño plano, como el anterior. Está claramente infrapuesto a la pintura del ciervo joven ya comentado y la que veremos a continuación.

La *Figura 15d*, está emplazada en el arranque de la bóveda de la covacha, tiene un enorme interés y resulta emblemática para este santuario. Se trata del tren delantero de un cérvido macho pintado con trazo negro ancho, con el cuello hinchado y estirado, en clara actitud de bramar. La cornamenta de astas palmeadas y un candil frontal o luchadera y el moteado blanco que sugieren los trazos interiores le ha identificado tradicionalmente con la representación de un gamo (*Cervus dama*), que exhibe estas características de cornamenta y pelaje en primavera y verano, presentándose su época de celo, que suele denominarse *ronca*, un poco más tarde que la *berrea* de los ciervos. (*Figura 7.29.*) Sin embargo, este animal es muy raro o inexistente en el Paleolítico cantábrico y suele ocupar ámbitos más templados. Por ello, pudiera tratarse de un megaloceros (*Megaloceros giganteus*); es decir, el impresionante ciervo gigante que prácticamente desapareció con el final del periodo glacial, que encontramos ocasional-

*Figura 7.18.:* Pintura roja en forma de E. Bajo ella algunos trazos negros.

*En la doble página siguiente. Figura 7.19.:* Vista general de la Zona D. A la derecha el camarín; de frente, galería baja que conduce a la Sala Grande.







Figura 7.21.: Caballo (13b) con trazos de relleno interior.

mente en yacimientos arqueológicos y arte rupestre paleolítico. Lo sugieren su cornamenta fuertemente palmeada, la potente luchadera y la insinuación de la giba. Por el contrario, no observamos la boca abierta “bramando” que han representado Benítez, Jordá, Ripoll y Berenguer. En su interior, grabado por debajo de la pintura negra, aparece un caballo de diseño simple y trazo superficial (15c)

*Grupo 16:* Aparece inmediatamente encima del gamo o megaloceros anterior, ocupando parte de la bóveda del camarín. Se trata de un gran ciervo grabado y pintado en negro, de 80 cm de longitud (Figura 16a). Benítez, en 1918, y Berenguer en 1984, lo recogen con gran detalle. (Figura 7.30.). Si bien este último lo refiere a sus trabajos en la cueva realizados en 1956. En nuestra primera investigación de la cueva, en 1980 (Menéndez 1984) ya presentaba el lamentable estado que muestran las actuales fotografías. La mano izquierda del ciervo arranca en las proximidades

*En la doble página siguiente.* Figura 7.20.: Caballo (13a) grabado en la pared izquierda del Camarín, próximo al suelo.

de la boca de la figura anterior. Ambas patas delanteras y la propia posición inclinada de la figura producen una sensación de movimiento que M. Berenguer (1984:139) atribuye a la “actitud de caer herido por unos venablos que se clavan en su pecho”. La parte delantera de este gran ciervo ha sido frotada con barro de la caverna pudiendo, en la actualidad, adivinarse solamente sus límites y la actitud altiva y elegante de estos animales. Obermaier y el Conde (1918: 32) lo describen como que “los cuernos, la cabeza y parte del cuello han sido en un principio grabados; después estas mismas partes han sido pintadas en negro, y, finalmente, las partes gruesas del asta, la cabeza y la parte inferior del cuello han sufrido un fuerte raspado, que ha destruido en gran parte el color; el pecho y las manos han sido solamente pintadas, y el vientre (*sic*) y las patas han desaparecido, subsistiendo todo el lomo y el cuarto trasero; en este último, en la región de la cola, la pintura negra parece colocada sobre el raspado, lo que nos induce a creer que ambos procedimientos han sido contemporáneos.” En



Figura 7.22.: Caballos (13 a y b) formando escena.

el interior del cuerpo de este gran ciervo, infrapuesta a la pintura negra de vientre y pecho, aparece una cabra grabada con trazo único y profundo (Figura 16b). (Figura 7.31.). Responde a las mismas convenciones de la cabra del sector C (Figura 12g), con un diseño plano y una pata

triangular por par. Una grieta natural produce la falsa impresión de una doble cornamenta en perspectiva torcida que, realidad, se trata un único, largo y sinuoso cuerno que pasa por debajo de la pintura negra y las raspaduras del lomo del gran ciervo.



Figura 7.23.: Caballo grabado (13c).



Figura 7.24.: Bisonte grabado y pintado que aprovecha la curvatura de la pared.



A la izquierda. Figura 7.25.: Interpretación del bisonte (Fig. 14) por Eduardo Ripoll (1952) y Magín Berenguer (1956).  
Arriba. Figura 7.26.: Visión del conjunto principal del camarín, según F. Jordá Cerdá (1977).



Figura 7.27.: Ciervo joven (15a) grabado y pintado con figura grabada inscrita (15b).

Figura 17: Avanzando hacia el fondo de la cueva, el pasillo se va haciendo más bajo y estrecho. En la pared norte, a 2,30 m del camarín, encontramos un signo oval pintado

en negro. Probablemente se trate de una representación vulvar muy esquemática. (Figura 7.32).

Figura 18: Frete al anterior divertículo que alberga los grupos y las grandes figuras descritas, en la pared sur de la cueva, encontramos un caballo grabado con trazos múlti-



Figura 7.28.: Detalle de las superposiciones de las Figuras 15a y 15b.



Figura 7.29.: Gamo o megaloceros pintado en negro (Figura 15d), con un pequeño caballo grabado infrapuesto (15c).



ples, especialmente en su crinera. Su eje corporal está inclinado hacia el techo de la cueva lo que le proporciona un aspecto rampante. El morro ha desaparecido por una rotura antigua de la pared. Se observa con gran dificultad pues está realizado en una zona de la pared muy diaclasada, confundiendo sus líneas de trazo con las grietas naturales de la roca. (Figura 7.33.).

El estrecho colador que conduce al fondo de la cueva gira bruscamente a la izquierda conduciendo a una gatera que desemboca en la llamada *Sala Grande*. Esta sala, que contiene numerosos restos de pintura roja, también es accesible desde la Zona A del santuario artístico con lo que se cierra un recorrido circular interno para el mismo.

### La Sala Grande

Esta sala, descrita por Obermaier y el Conde en 1918, y por nosotros en 1984, como carente de contenidos artísticos, tiene forma subcircular con un diámetro medio de unos 10 m. Se accede a la misma desde la primera sala con arte rupestre, donde se abre el arco del Sector A, por un largo, estrecho y alto pasillo de 12 m de longitud y dirección S-W. O bien, arrastrándose, desde el pasillo que continúa el Sector D. Es amplia y alta aunque incómoda de transitar por la abundancia de bloques de derrumbes del techo.

A mediados de la primera década del presente siglo, en un estudio global de los yacimientos de la cuenca media del río Sella, financiado por el Gobierno del Principado de Asturias a través de la FICYT, descubrimos el signo pintado en rojo de apariencia vulvar que dio origen al estudio detallado de estas manifestaciones en la Cueva del Buxu, realizado en colaboración con Beatriz García, conservadora de Museo Arqueológico de Asturias (Menéndez y García, 2014).

*Figura 18:* Está emplazada sobre el arco

*Figura 7.30.:* Gran ciervo (16 a) grabado y pintado en negro en el arranque de bóveda del Camarín.

*En la doble página siguiente. Figura 7.31.:* Cabra grabada con trazo profundo (16b) infrapuesta al gran ciervo.





que da paso a la gatera que comunica esta Sala Grande con el Sector D de pinturas. Es muy visible e, inexplicablemente, no reparamos en ella en las muchas visitas realizadas a la cueva desde 1980. (Figura 7.34). Responde al diseño general de las “vulvas” de otros yacimientos de esta cuenca fluvial, como Tito Bustillo y El Sidrón, diferenciándose de aquellas en un perfil exterior más rectangular, con forma acampanada. Aunque la figura está muy borrada y las tintas corridas por algunas zonas, han podido leerse con claridad la dirección de las líneas, mediante la aplicación DStretch y realizando repeticiones fotográficas en “falso color”. El análisis microespectroscópico Raman ha mostrado una composición a base de hematita, wüstita, calcita y arcilla, con una granulometría inferior a las 10  $\mu\text{m}\varnothing$ , los mismos minerales empleados en el signo rojo del Sector C e idénticos elementos secundarios. Es decir, fue pintada con un pigmento similar, sino el mismo, que el utilizado para le E roja (Figura 12l) del Sector C (Hernanz et al. 2011). Una muestra de calcita tomada sobre la línea roja izquierda de esta figura vulvar proporcionó una fecha en torno a 1.500 BP. Esta datación no aporta información sobre el momento de su realización, pero despeja las dudas sobre su autoría paleolítica. (Figura 7.35).

Figura 19: Tras el congreso *Cien años de arte rupestre paleolítico*, celebrado en Oviedo en julio de 2014, el prehistoriador francés Georges Sauvet visitó la cueva del Buxu y fotografió una de las manchas de color rojo de la Sala Grande. Aplicando técnicas fotográficas similares a las descritas anteriormente identificó la figura de un bóvido completo (Uro), de unos 80 cm de longitud, pintado en rojo a la izquierda del arco que contiene la figura anterior (Sauvet, 2015). Esta y otras manchas de pintura roja presentes en esta sala, así como diferentes muestras de U-Th tomadas sobre las mismas, están actualmente en estudio. (Figura 7.36.).

## VII.2. El ordenamiento cronológico

El arte rupestre que hemos descrito en el interior profundo de la Cueva del Buxu puede ser agrupado en cinco diferentes conjuntos atendiendo a sus características técnicas, los temas representados, las convenciones empleadas y los diversos estilos de realización. Estos cinco grupos pueden ser ordenados conforme a los criterios arqueológicos de las superposiciones entre las diferentes figuras y por sus paralelos con las representaciones similares realizadas en las plaquetas de arte mueble halladas en el yacimiento arqueológico de la entrada de la cueva. Finalmente los compararemos estilísticamente con otras figuras del arte rupestre franco-cantábrico, sobre todo las más próximas, en la cueca del Sella, para su ordenamiento cronológico y atribución cultural.

Figura 7.32.: Signo oval, o vulva (17), pintada en negro.



Figura 7.33.: Caballo rampante grabado (18) en la pared sur, frente al camarín.

**Los criterios arqueológicos:** Todas las representaciones descritas pueden agruparse en los siguientes conjuntos más o menos homogéneos:

**Pintura roja:** Se distribuye por toda la cueva. Sin duda constituyó un conjunto de representaciones importante y numeroso, pero está muy borrado y solamente se conservan dos signos (12l y 18), la figura de un bóvido (19), algunas grietas con forma vulvar cuyo cortorno ha sido coloreado (singularmente la 5b), digitaciones (5c), algunos trazos y grandes manchas de pintura (Sala Grande y Zona D). (Figura 7.36.).

**Signos grabados,** generalmente definidos como tectiformes. Se agrupan todos ellos en la confluencia de los sectores B y C, en un campo gráfico manual entre 1 y 2 m de altura respecto al suelo, en lo que hemos llamado la “Sala de los tectiformes” (Figura 7.37.). Presentan una evidente uniformidad en la técnica con la que fueron ejecutados y en el diseño general: Un rectángulo con trazos cortos asociados. Pudieran dividirse en simples y complejos, según la elaboración de las figuras y el número de trazos; y en abiertos y cerrados, según el número de lados del rectángulo. Constatamos que los complejos cerrados (7,12e y 12n) están en sitios más visibles y rodeados de los restantes (Menéndez, 1999), por si esta circunstancia pudiera ser significativa en su interpretación.

Contornos de animales simples grabados en formato plano, con una pata y cuerno por par, sin detalles anatómicos, o muy sucintos, en el interior del cuerpo (1, 12g, 16b, grupo 6, 15b, 15c, 16b, 17). Las patas se representan de forma muy rudimentaria, inacabadas y una o ambas en

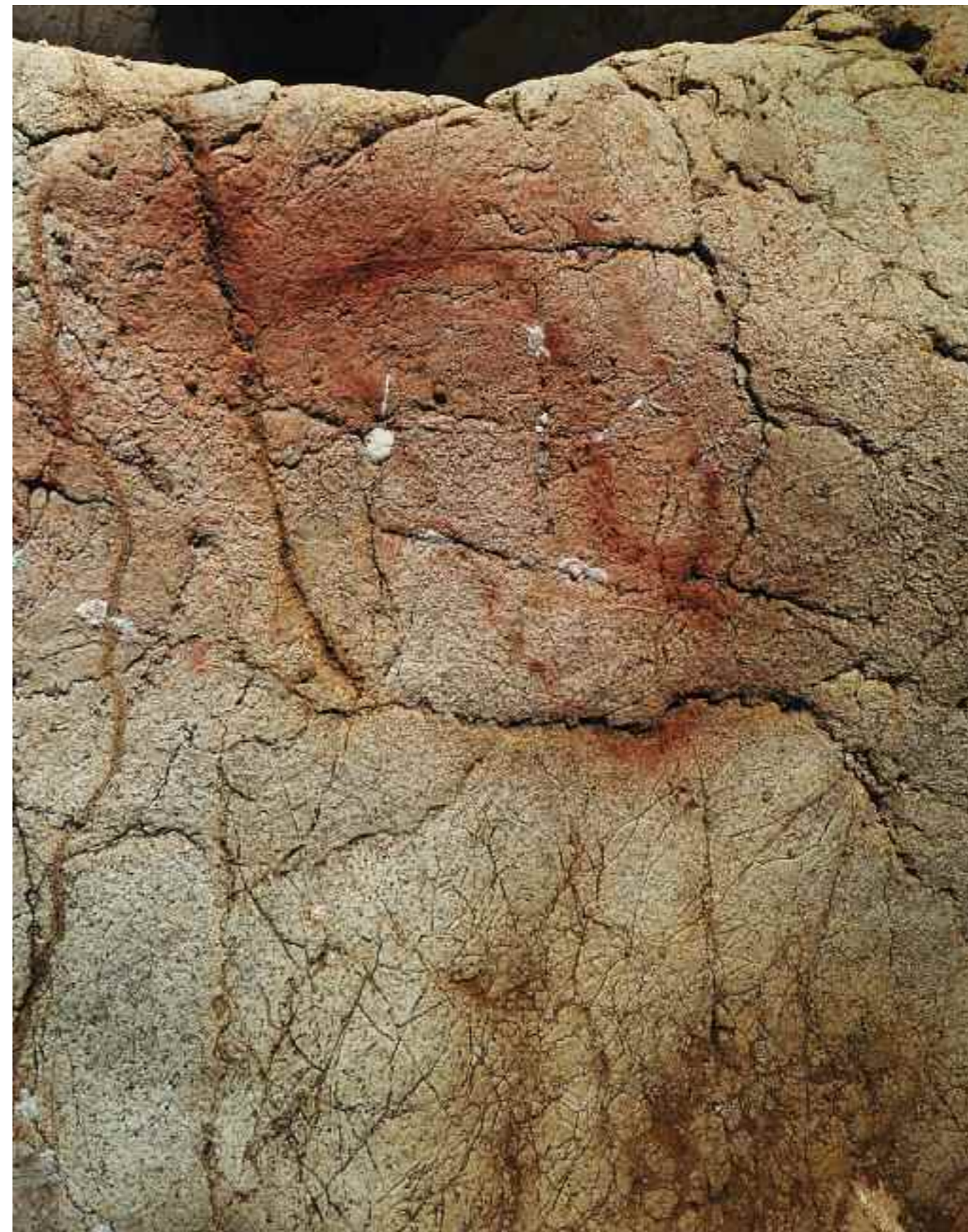
diseño triangular. Todos se muestran en actitud estática, como suspendidos en el aire e inmóviles. Se localizan fundamentalmente en las zonas C y D.

Contornos de animales igualmente simples, pero ahora pintados en negro. Alguno de ellos pueden asociar a la pintura negra algún grabado o raspado. Siguen el mismo diseño general del grupo anterior, tanto en su morfología como en la actitud que adoptan. Aparecen la mayoría de ellos en la zona A, en el arco de entrada del santuario artístico (2,3,4,5). Quizá pertenezcan también a este grupo la cornamenta de ciervo del sector C (12a), el bisonte (14) y el signo en forma vulvar del sector D (17).

Animales de representación compleja, pintados en negro o grabados; o bien asociando ambas técnicas. Tienen dos patas por par, perfectamente acabadas, adelantando una de ellas. También muestran numerosos detalles anatómicos y representación volumétrica. (Figura 7.38.). Abandonan la actitud impasible e inmóvil de los anteriores para ser representados en movimiento o en conductas características de su especie. Aparecen agrupados en la zona D y en la parte más occidental de la zona C (11, grupo 13, 15a, 15d, 16a).

Entre los animales y signos de los cinco grupos descritos existen numerosas superposiciones, como si se tratase de una verdadera estratigrafía parietal que nos indica un orden de representaciones. Nos referiremos solamente a las más claras que afectan a figuras reconocibles. Así, la pintura roja (Conjunto 1) aparece con un patrón de distribución y unas técnicas y estilo totalmente diferentes al resto de manifestaciones parietales de la cueva. Por ello, solamente una vez aparece asociada topográficamente a las restantes, en la zona D, por debajo el ciervo joven del grupo 15. Los tectiformes (Conjunto 2) aparecen una vez infrapuestos a los grabados animales simples del Conjunto 3 (12g) y dos veces bajo la pintura negra del Conjunto 4 (12a y 12q). Los animales grabados simples (Conjunto 3) aparecen bajo la pintura negra en cuatro ocasiones (12g, 15b, 15c, 16b). Finalmente, la pintura negra (Conjuntos 4 y 5), cuando aparece asociada con los grupos anteriores, siempre aparece sobrepuesta a los mismos. Es decir, existe una reiterada coherencia en el orden de ejecución de los conjuntos que hemos descrito, sin discordancias. (Figura 7.39.). Por tanto, el ordenamiento numérico de los grupos no entra en contradicción con su ordenamiento diacrónico; es decir, en sentido temporal, cronológico. Este orden resulta irrefutable, al menos, en un sentido negativo: nunca lo infrapuesto puede ser anterior a lo que aparece encima.

**Los criterios estilísticos y la evolución cultural:** Aunque los criterios estilísticos tradicionales para el ordenamiento cronológico del arte rupestre paleolítico, basados esencialmente en un sentido evolutivo lineal de perfeccionamiento técnico y formal (Moro y González-Morales, 2006), estén cuestionados por las evidentes contradicciones



*A la izquierda. Figura 7.34.: Signo vulvar pintado en rojo en la Sala Grande, sobre la galería que comunica con la Zona D.  
Arriba. Figura 7.35.: Detalle de la vulva circular pintada en rojo.*



Figura 7.36.: Bovido (Uro) de la Sala Grande (Fotografía tratada con D-Strech de G.Sauvet, 2014).

que se han demostrado en los últimos años, reveladas sobre todo por las dataciones calibradas y descontaminadas de 14C y U-Th, este ordenamiento tradicional aún resulta útil y mantiene en valor sus líneas generales en la mayoría de los yacimientos, sin la rigidez dogmática anterior. A estos criterios estilísticos referiremos el arte parietal de la cueva del Buxu, apoyados también en las plaquetas extraídas en el yacimiento solutrense de la entrada; y en las dataciones obtenidas en yacimientos próximos de la cuenca del río Sella con los que el Buxu mantiene una evidente relación territorial, y en las secuencias evolutivas generales más aceptadas. Y veremos que, desde el punto de vista cronológico, el arte del Buxu encaja cómodamente en todas ellas.

**Conjunto 1:** Pinturas rojas. El análisis de Espectrografía Raman mostró que existen, al menos, dos diferentes tipos de pigmentos en el llamado horizonte de pinturas rojas de la Cueva del Buxu (Hernanz et al. 2011). Uno para la vulva de la Sala Grande (Figura 18) y el signo en forma de E de la zona C (Figura 12); y otro para las digitaciones del pasillo entre las zonas A y B (Figura 5b) (Menéndez y García, 2014). La vulva es de diseño y composición espectrográfica similar a las del Camarín homónimo de la cueva

de Tito Bustillo. Estas pertenecen al horizonte de pinturas rojas que ha sido datado en esta cueva por encima de 30Ka, hasta 35Ka en el caso de los antropomorfos (Balbín et al, 2007, 2013, 2014; Pike et al. 2012). (Figura 7.40.). Es decir, un Auriñaciense temprano. Otras figuras rojas podrían formar el segundo grupo, incluyendo al uro (Figura 19) de la Sala Grande. Sauvet (2015) propone para el mismo una posible cronología presolutrense, y son asignadas con gran probabilidad al Gravetiense en otros yacimientos cantábricos (Gárate, 2006; González Sáinz et al. 2009). Por tanto, las pinturas rojas de la Cueva del Buxu constituyen el primer horizonte de figuras y signos representado en la misma, con una cronología presolutrense. Es interesante recordar que en la vecina cueva de la Güelga se han obtenido para un nivel auriñaciense siete fechas 14C ultrafiltradas en tres diferentes laboratorios que apuntan, todas ellas, hacia el 39KaBP.

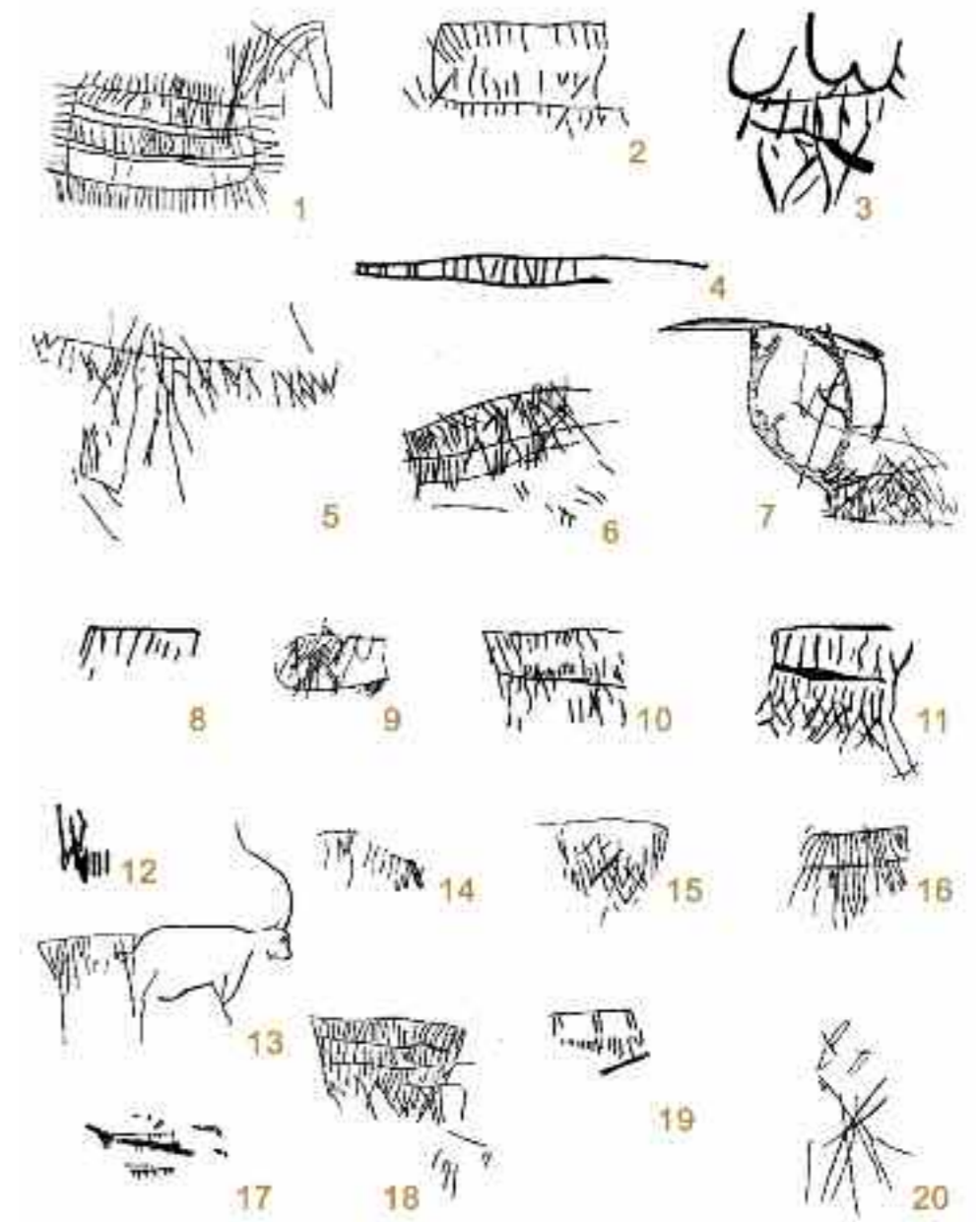
**Conjunto 2:** Está formado por los 20 signos grabados que aparecen en la confluencia de los sectores B y C. Es un espacio reducido y homogéneo, muy centrado en sí mismo. Todos los tectiformes que hemos descrito, aunque en tres paredes diferentes, están muy próximos entre sí y con el espectador, ya que el campo gráfico está a la altura

de la vista, rodeando este reducido espacio a modo de un santuario monotemático de signos. A diferencia de otros signos cerrados cantábricos, más o menos rectangulares con divisiones internas, en el Buxu aparecen todos ellos grabados y no pintados como en Altamira, Castillo o Chimeneas, que también muestran un diseño formal diferente. El único paralelo realmente ajustado a esta morfología y técnica de realización lo hemos encontrado en la cueva de Tito Bustillo (Menéndez, 1999; Balbín 2015). Los signos hallados en las plaquetas arrojadas al hogar del nivel 2, Solutrense, la posición que ocupan respecto a los restantes grupos, las cronologías más tradicionales (Leroi-Gourhan 1965: 104) y los paralelos mobiliarios bien datados, singularmente las plaquetas de la Cueva del Parpalló, en Valencia (Villaverde, 1994: 283), nos inducen a situar en estos signos cerrados y plenos en el Solutrense superior cantábrico.

**Conjuntos 3 y 4:** Constituyen estos conjuntos los llamados animales simples planos, que responden a convenciones muy bien establecidas. Los primeros están grabados y los segundos pintados en negro. (Figura 7. 41.). Son posteriores a los signos grabados del grupo anterior, como hemos visto en las superposiciones, pero consideramos para ellos una cronología igualmente solutrense. El paralelo más exacto y próximo lo constituye la cierva grabada en una plaqueta del nivel 2 del yacimiento de la entrada (Menéndez, 2001), de idéntico estilo y respeto a las convenciones. Con posterioridad según las superposiciones que hemos analizado en las paredes del santuario, pero seguramente en un espacio corto de tiempo o incluso contemporáneamente, se realizaron los animales pintados en negro con las mismas convenciones y quizá alguno de los signos negros. Todo

ello, como los tectiformes del conjunto anterior, durante el Solutrense.

**Conjunto 5:** Finalmente se realizaron las bellas figuras animales, fundamentalmente emplazadas en el divertículo o camarín del fondo de la cueva. Sus convenciones, sentido del volumen y la profundidad, así como la idea de conjunto -incluso de "escena"-, frente a la individualidad de las figuras animales solutrenses, las sitúa técnica y estilísticamente en el Magdaleniense inferior/medio. Este periodo, datado en 14 Ka., también está bien representado en el valle del río Güeña con la vecina cueva de La Güelga.



Arriba. Figura 7.37.: Tectiformes de la Zona C y superposiciones. En la doble página siguiente. Figura 7.38.: Visión de conjunto del Camarín de la Zona D.



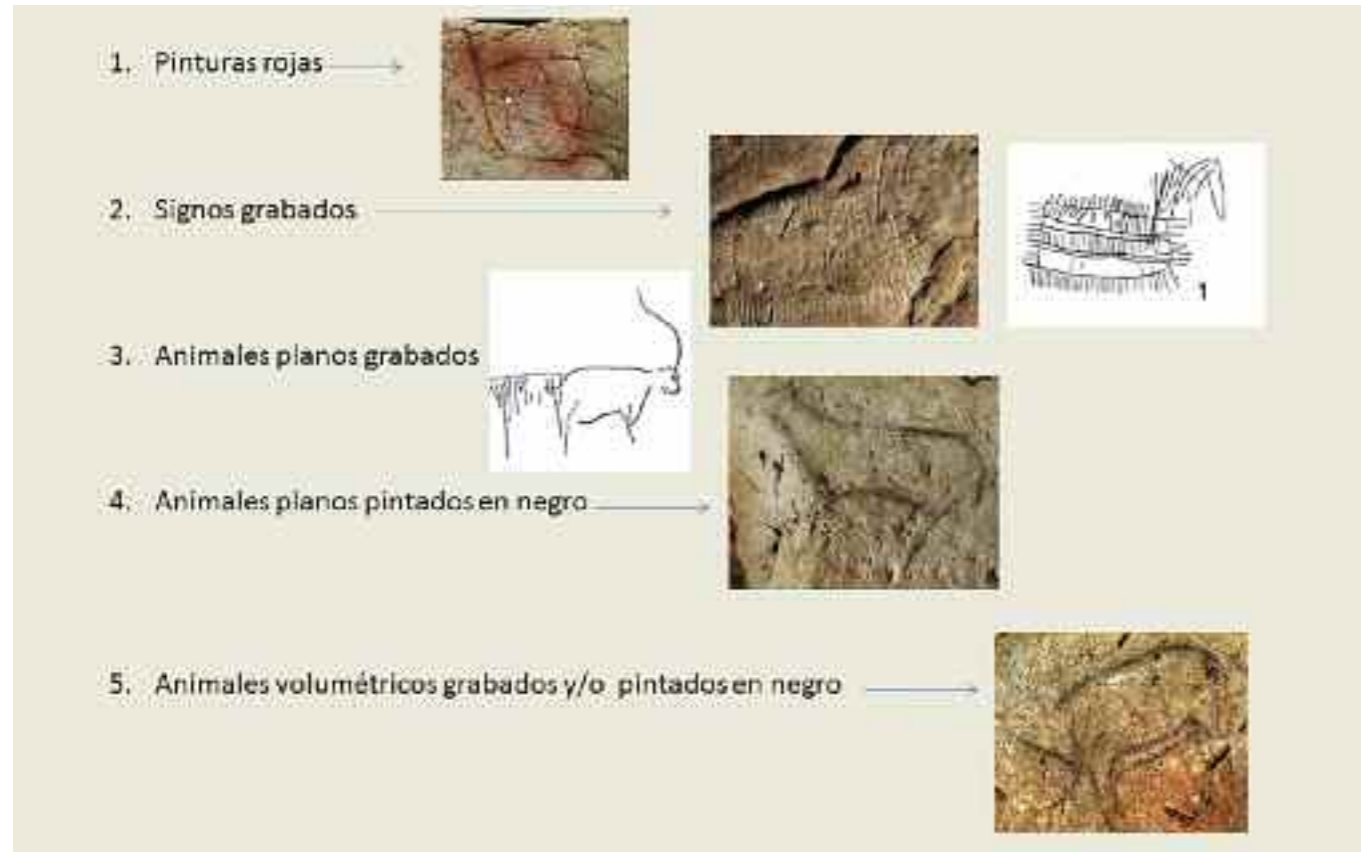


Figura 7.39.: Esquema de la sucesión de fases artísticas en Arte rupestre del Buxu.

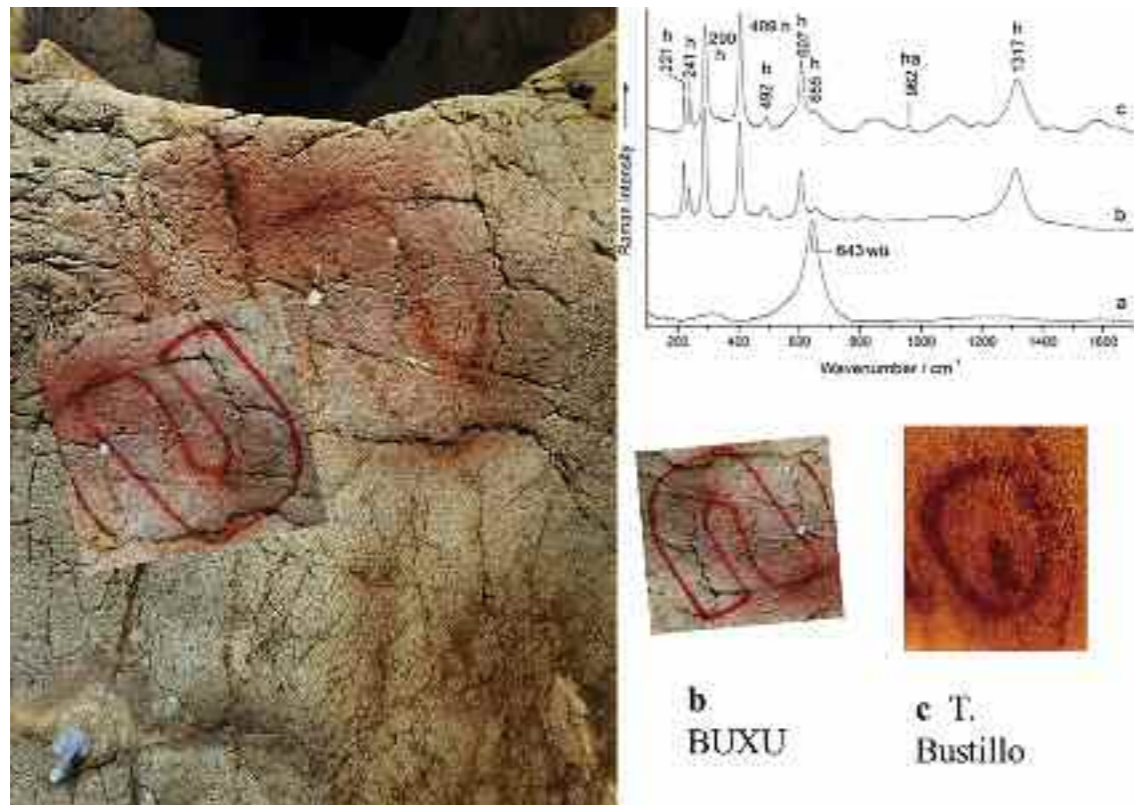


Figura 7.40.: Vulva roja del Buxu y su recreación (b), comparada con un dibujo similar de Tito Bustillo (c). Nótese la similitud del análisis espectrográfico.



Figura 7.41.: Superposiciones de los grabados animales de la fase 3 sobre los tectiformes de la fase 2.

En resumen, el arte de la Cueva del Buxu corresponde a un ciclo largo de representaciones que se inicia muy probablemente en un momento temprano del Auriñaciense y se desarrolla, al menos, hasta el Magdaleniense medio. Este dilatado periodo de tiempo, que abarca más de veinte mil años, está refrendado por la presencia de grupos humanos en la cuenca media del sella, desde Onís hasta Amieva, con su eje central en torno a la confluencia Sella-Güeña, en Cangas de Onís. Todas las manifestaciones mobiliarias y rupestres de la cueva del Buxu, como otras de la zona, tie-

nen su correlato en la Cueva de Tito Bustillo. Este gran yacimiento, como otros del macizo de Ardines, en la desembocadura del Sella en torno a la bahía de Ribadesella, han mantenido una relación de territorialidad con la Cueva del Buxu en términos de geografía anual paleolítica que va más allá de los intereses logísticos para manifestarse en lo simbólico y espiritual de una forma prolongada en el tiempo, por encima de las tradicionales divisiones que manejamos los arqueólogos para el Paleolítico superior.

VIII. LA VIDA COTIDIANA DE LOS  
OCUPANTES DE LA CUEVA DEL BUXU

**Mario Menéndez**

La Cueva del Buxu, como hemos visto en los capítulos anteriores, fue visitada y utilizada como lugar donde se practicaban algún tipo de celebraciones o ritos de carácter mágico o religioso vinculados a su arte; pero también como como refugio de cazadores, al menos, durante una parte del año desde hace más de cuarenta mil; aunque la mayoría de los datos arqueológicos disponibles en la actualidad se inscriben en la horquilla entre veinte y catorce mil años. Es decir, durante el Solutrense y la primera parte del Magdalenense.

### VIII.1. Los tiempos presolutrenses

En las excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de la entrada de la cueva, en la zona revuelta del sector B, hemos encontrado un conjunto de grandes puntas triangulares realizadas en cuarcita, del tipo de las denominadas “puntas Levallois”, por su técnica de fabricación. Cuando las estudiamos, en la década de los 80 del siglo pasado, no se tenía noticia de ocupaciones en cueva o al aire libre de hombres de neandertal en la zona;



Figura 8.1.: Vista del Valle del Güeña desde desde la ladera sur, en Següenco.

es decir, de yacimientos musterienses. Tras las excavaciones realizadas en la Cueva de la Güelga, en Narciandi (Menéndez 2014), al otro lado del valle frente a la Cueva del Buxu y en el abrigo de Sopeña, en Onís (Pinto, 2014), sabemos que el valle del Güeña tuvo una intensa ocupación en los tiempos finales del Musteriense, incluso que pudo funcionar como una especie de zona refugio de los últimos grupos neandertales a juzgar por las bajas cronologías de algunas dataciones. Por ello, no resulta insólito que algunos grupos musterienses visitaran la cueva, si bien no han quedado de su visita más restos que las mencionadas puntas Levallois, que no están asociadas a ningún contexto arqueológico. (Figura 8.1.).

La llegada a la zona de los primeros humanos anatómicamente modernos, es decir, de *Homo sapiens* se produce en un momento temprano, hacia 39.000 años antes del presente como prueban las fechas obtenidas para la cultura Auriñaciense de los dos yacimientos antes citados, cultura que mayoritariamente se admite como asociada a este tipo humano. No se han hallado en la cuenca del Sella hasta la fecha restos anatómicos humanos de época auriñaciense,

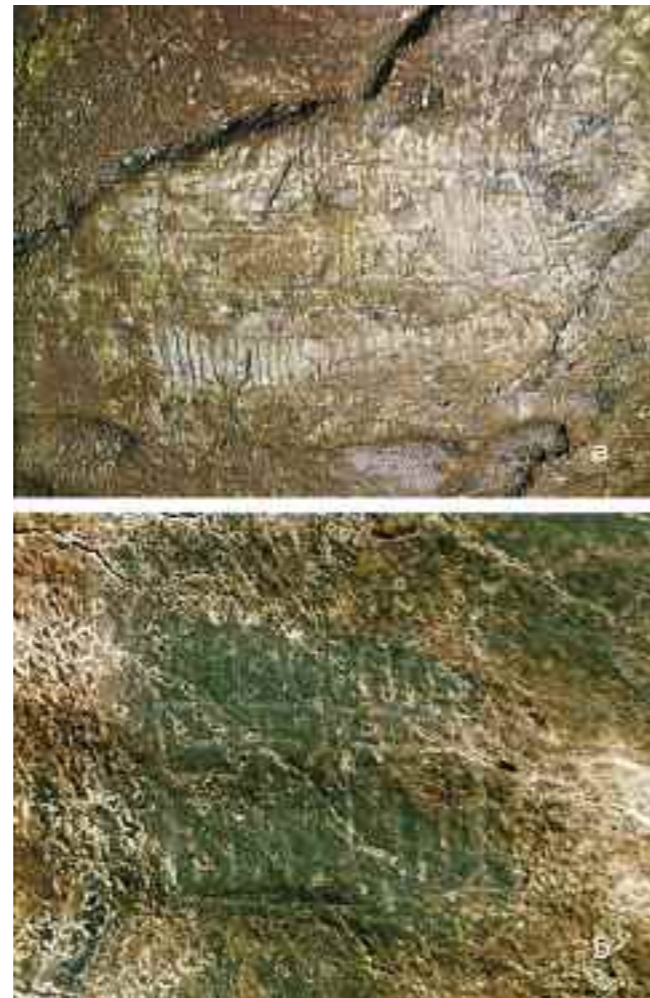


Figura 8.2.: Comparación de tectiformes: a: Buxu; b: Tito Bustillo.

pero sí los restos culturales que indican la presencia de individuos de nuestra especie desde hace casi cuarenta mil años. Ese fue un momento crucial para la humanidad, en general, y para nuestra especie en Europa en particular.

La llegada de *Homo sapiens* a Europa por el este, desde Asia, no llevó consigo la aparición de manifestaciones artísticas o su desarrollo inmediato. Sino que, solamente en algunas zonas, se produjo poco más tarde un avance cognitivo que sentó las bases de la capacidad humana de elaborar y manejar símbolos por los *H. sapiens* europeos. Es decir, de atribuir a determinadas manifestaciones la representación de ideas o conceptos. Esta revolución cognitiva aparece tempranamente en algunos yacimientos del Alto Danubio, al suroeste de Alemania; al noreste de Italia, en el Véneto y en algunos núcleos de la Aquitania francesa y del Cantábrico español. Así pudieron nacer los primeros comportamientos protorreligiosos que elaboraron un relato común en el que, entre otros, el sexo, sobre todo el femenino, y los antropomorfos o teriántropos (seres mitad humanos, mitad animal) tendrán un papel destacado, aunque con peculiaridades en cada región.

En la cuenca del Sella, como en el resto de la Península Ibérica, las representaciones sexuales femeninas no adoptaron la forma de las figuras denominadas venus, como la casi obscena de Hohle Fels, en Alemania; o la representación triangular de Vulvas, como en Francia. Aquí las convenciones para representar el sexo femenino tienen forma más o menos circular, como aparecen en la Cueva de Tito Bustillo o en el Sidrón (Piloña). También en el Buxu la encontramos pintada en rojo en la llamada Sala Grande. El gran santuario rio-sellano también muestra el segundo tema de los orígenes del arte europeo que hemos citado: los teriántropos. Estas figuras de humanos bestializados que, en ocasiones, se han asociado a mediadores o una suerte de chamanes, están bien datados en Tito Bustillo en un momento temprano del Auriñaciense, en torno a hace treinta y cinco mil años (Pike et al. 2012, Balbín y Alcolea, 2013). Las vulvas rojas de los santuarios citados en la cuenca del Sella también pertenecen a ese horizonte artístico temprano.

La cueva del Buxu, por tanto, recibió en su interior más profundo a grupos humanos auriñacienses que participaron del relato que acompaña a la emergencia del pensamiento simbólico y el despertar de los comportamientos religiosos en Europa. Las diferentes figuras rojas evocadoras del sexo femenino, indudablemente emparentadas con las de Tito Bustillo, nos remiten a ese momento fundacional. El enigmático signo rojo en forma de E del sector C, contemporáneo de la vulva, tal vez pueda completarse en el futuro y nos proporcione algún significado. Todo ello, como las grandes manchas rojas desvaídas y borrosas que hemos mencionado en diversos lugares, formaron parte de esas visitas auriñacienses a la cueva relacionadas con los ritos del despertar simbólico a las que ponen imágenes las pinturas del Conjunto 1 de la cueva.

Pudo existir algún tipo de ocupación en el Buxu anterior al solutrense. Tal vez auriñaciense o gravetiense. Los restos de fauna y lascas que hemos citado bajo los bloques de derrumbe del abrigo de la entrada apuntan en esta dirección. Pero no es posible asegurarlo. La reactivación de los cauces en los sistemas kársticos según la diferente pluviosidad de los cambios climáticos del Pleistoceno, arrastró y vació muchas cuevas con yacimientos arqueológicos del Paleolítico superior inicial.



Figura 8.3.: Mapa de la cuenca del río Sella con los principales yacimientos paleolíticos.

## VIII.2. La actividad solutrense

Las comunidades de cazadores recolectores del Paleolítico superior no viven en un sitio, sino en un territorio. Su geografía anual de asentamientos incluye, generalmente, un campamento base residencial, donde vive todo el grupo durante todo el año; y diversos asentamientos temporales, generalmente de carácter estacional, que tienen una utilidad logística y ocasionalmente simbólica. En estos últimos, un grupo más reducido desarrolla actividades económicas de acopio de alimentos, materias primas, combustible, etc. en la época del año adecuada. Ese conjunto de yacimientos constituye la geografía anual de las comunidades humanas durante el Paleolítico, de manera que el territorio natural se convierte en social y la repetición de los ciclos anuales acaban por vincularlo con el ciclo vital de los individuos y las poblaciones, dándole un contenido simbólico identitario. (Figura 8.3).

Este esquema adaptativo de una territorialidad restringida, como la definen los etnógrafos (Testard, 1985; Binford, 1988; Hayden, 1992) requiere determinadas condiciones: un territorio bien delimitado y con recursos predecibles, una alta demografía y un desarrollo tecnológico que permita el procesado y almacenamiento de los alimentos excedentes. El resultado inmediato en los mismos es la aparición de sociedades más complejas, competitivas y desiguales; y en el aspecto territorial aparece prácticamente un sedentarismo residencial y una alta movilidad logística en su territorio de captación de recursos. La superficie de esta área de aprovisionamiento depende de su riqueza, variedad y condiciones geográficas, pero generalmente se cifra en torno a un radio de 10 Km del campamento residencial, aunque puede llegar a ser mucho más extensa.

La cuenca del Sella reunió las condiciones idóneas para desarrollar este modelo de alta territorialidad exclusiva durante el Último Máximo Glaciar, desde hace algo más de veinte mil años. En torno a la bahía de Ribadesella, muy próximos a la costa, se agrupó durante el Solutrense y Magdaleniense un volumen de población hasta entonces desconocido, a juzgar por el número de asentamientos y la potencia de los niveles de ocupación. Eso sin tener en cuenta los yacimientos que han desaparecido al haber sido sepultados bajo el agua por el aumento del nivel del mar de la transgresión holocénica. Los campamentos residenciales y sus yacimientos satélites logísticos se inscriben en una circunscripción articulada por el río Sella y su red de afluentes, singularmente el Güeña y el Piloña, poniendo a disposición del grupo la complementariedad de recursos de costa y de montaña mediante un desplazamiento corto que puede llegar a realizarse en el día.

La distancia entre la bahía de Ribadesella y la cueva del Buxu en línea recta es de 10,6 km; y el recorrido más razonable por las rutas de montaña es de unos 14 km. Por tanto, esta distancia pudieron transitarla los cazadores solutrenses empleando entre tres y cuatro horas. De esta manera, como hemos visto, probablemente grupos reducidos se desplazaban desde la costa hasta la Cueva del Buxu durante la primavera, a partir de abril, cuando las nieves ya habían desaparecido y parían las ciervas. En ocasiones pudieron robar a las madres sus crías indefensas, y otras veces arrear las pequeñas manadas de ciervas y crías, mediante ojeadores, hasta el fondo de valle ciego del arroyo Entrepeñas, sobre el que la Cueva del Buxu tiene una posición de dominio en altura, quizá cercándolas con empalizadas o redes, para darles caza indiscriminadamente. (Figura 8.4). Las cabras y rebecos de La Peña del Sedu se cazaban individualmente, seleccionando a las piezas de mayor volumen cárnico y más indefensas; es decir, los ejemplares adultos y viejos. También pudieron rodearlos y provocar que se despeñaran, como se cazaban hasta no hace muchos años los rebecos y cabras en el desfiladero de los Bellos y en el entorno de la Cueva de Colluvil. Esto también pudo producirse en otoño, cuando los rebecos descendían en altura al refrescar el tiempo y llegar las primeras nieves, regresando al entorno de La Peña del Sedu.

También la pesca del salmón se produce en primavera, cuando estos peces ascienden desde el mar por los ríos para desovar. Mediante armas arrojadas o artilugios con redes se les puede capturar en grandes cantidades durante un corto espacio de tiempo. Por ello, es necesario procesar estos alimentos, tanto el pescado como la carne, para alimentar a todo el grupo durante el invierno. Los procedimientos tradicionales de conservación de alimentos entre los pueblos cazadores recolectores son el secado al aire, el ahumado, el congelado en los neveros o entre las nieves perpetuas y, más tarde, la salazón. Quizá en el Buxu pudieron practicarse los dos primeros. Al menos hemos podido documentar en la cueva huellas de un espacio compatible con la práctica del ahumado. Los animales se despellejaban en la propia cueva, como hemos visto, quizá para ser troceados y procesados para su almacenamiento. En este sentido es revelador la abundancia de partes sin interés alimenticio, como restos de cráneos y vértebras separadas de sus costillares, en la zona de hábitat, donde llega la luz, utilizada seguramente como área de despique, al contrario de lo que ocurre en la posible sala de ahumado.

¿Y el arte rupestre realizado en la profundidad de la cueva, qué papel pudo jugar en este esquema de distribución del tiempo y el espacio?. Nunca lo sabremos a ciencia cierta, pero podemos aventurar alguna hipótesis que no se contradiga con los datos del registro arqueológico. Es evidente que hay una separación nítida, al menos en el espa-

Figura 8.4.: Arroyo Entrepeñas que discurre frente a la Peña del Sedu.



Figura 8.5.: La Peña del Sedu y sus inmediaciones en el mes de septiembre.

cio, entre las actividades cotidianas y domésticas que se realizan en la boca de la cueva, a la luz del día, y las manifestaciones simbólicas rupestres que buscan la parte más profunda de la cueva, de acceso difícil en algún punto del recorrido. No hay zonas intermedias que suavicen la separación de ambas actividades. (Figura 8.5).

Después del horizonte de pinturas rojas presolutrenses, la Cueva del Buxu se convirtió en un santuario de signos. Hasta 19 veces se representaron los grabados más o menos cerrados y cuadrangulares con líneas internas y externas. Estas figuras son muy simples en su diseño, pero muy elaboradas en cuanto a su contenido, hasta el punto de constituir un modelo que se repite con tanta reiteración. Se han definido como tectiformes, en el sentido que Obermaier los publicó en 1918 como “trampas cuaternarias para espíritus malignos”, o techos de cabaña como aquellas que los pueblos animistas africanos dibujaban para encerrar a los espíritus de los parientes muertos, tras celebrar los ritos adecuados. Los verdaderos tectiformes tienen otra morfología (forma de techo), pero no intentaremos aquí cambiar una definición ya centenaria de los signos del Buxu. Otros investigadores han querido ver en ellos la representación de las trampas, redes o empalizadas que los cazadores empleaban en la captura de animales y peces en

las campañas de primavera que hemos descrito (Straus, 1983). Y finalmente, observando la distribución territorial de algunos tipos de signos, Leroi-Gourhan (1980) propuso para ellos la categoría de emblemas o signos de representación de la esencia del grupo que los realiza. Representarían, por tanto, el espíritu, el alma de quienes se identifican con el signo y por eso se graban en lo más profundo de la cueva al abrigo de miradas ajenas.

En el cantábrico, sobre todo al Oeste del Pas, son relativamente frecuentes los signos cuadrangulares. Los llamados tectiformes suelen pintarse en rojo o en negro, como los de Castillo y Altamira, también muy homogéneos. Pero el modelo de tectiforme grabado del Buxu es exclusivo del Valle del Sella (Menéndez, 1999). Lo hemos encontrado solamente en el Buxu y en Tito Bustillo, hasta la actualidad. Esta circunstancia refuerza la idea de territorialidad y la interpretación del mismo como emblema de grupo vinculado al territorio que hemos propuesto y comparten algunos otros autores (Balbín, 2014), a la que ponen imágenes los signos del Conjunto 2.

En un momento más avanzado del Solutrense superior se grabaron, primero, y se pintaron después figuras animales como cabras, ciervos y caballos. Son los Conjuntos 3 y 4 de la secuencia artística del Buxu que hemos descrito. Su

interpretación la remitimos a la teoría general del Arte prehistórico, pero queremos resaltar ciertas peculiaridades. En primer lugar, todas las figuras de caballo son grabadas y las de ciervo pintadas. Los dibujos de uno y otro animal, con evidente respeto general a las convenciones, tienen unidad de grupo, detalles propios. Tal vez sean el resultado de una mano o artista diferente para los caballos y otra para los ciervos. Igualmente es relevante que a partir del momento de representación del Conjunto 4, al santuario se accede pasando bajo un arco decorado exclusivamente con ciervos, quizá todas hembras, aunque la identificación de alguna de las figuras resulta problemática por su estado sumamente deteriorado y fragmentario en alguna figura. Tal vez esta coincidencia sea significativa si tenemos en cuenta la importancia de la figura de la cierva en el bestiario del arte cantábrico hasta el Magdaleniense medio.

### VIII.3. La presencia magdaleniense y otras posteriores

Muy probablemente la cueva del Buxu estuvo también ocupada durante el Magdaleniense, como intuyó Breuil en 1952. Los sedimentos del nivel 1 caen desde el abrigo exterior actual, acunándose hacia el interior, tras la puerta de la cueva. Eso indica que fuera debieron ser más potentes, pero no se han conservado por las razones que ya hemos descrito en otros capítulos. Por el contrario sí que han permanecido en otro yacimiento situado en el lado sur

del Valle del Güeña, frente al Buxu, en una intensa ocupación magdaleniense inferior que presenta unos patrones de comportamiento territorial muy similares a los analizados en la Cueva del Buxu. Se trata de la Cueva de La Güelga (Menéndez et al. 2005, 2007), que también tuvo presencia humana durante el Solutrense. Por ello, sabemos que el patrón de territorialidad costa-montaña que hemos visto no se interrumpió con el Solutrense y, al mantener su eficiencia, siguió funcionando durante milenios, por encima de las divisiones culturales que manejamos los arqueólogos.

Probablemente la cueva del Buxu siguió siendo visitada con finalidad logística durante el Magdaleniense, como antes lo había sido durante el Solutrense; y los grupos que la utilizaron nos dejaron un nuevo arte, técnicamente más elaborado, más ágil y diverso, como la sociedad a la que representa. Se trata de las maravillosas figuras del Camarín del Sector D que constituyen el Conjunto 5 y enlazan con el gran arte rupestre del magdaleniense cantábrico, el último representado en la cueva.

Pasada la Prehistoria, la Cueva del Buxu recibió visitantes en diferentes épocas, como prueban los numerosos grafitos que aparecen por todas sus galerías. Durante la Guerra Civil española sirvió de refugio a los vecinos de Cardes cuando en septiembre de 1937 se produjo la cruenta batalla del Mazucu y la Legión Condor bombardeó intensa y cruelmente toda la zona. Algunas monedas y otros objetos de la época son el testimonio de aquellos momentos convulsos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO,A.; PAGÉS, J.JL. (2010): Evolución del nivel del mar durante el Holoceno en el noroeste de la Península Ibérica. *Revista de la Sociedad Geológica de España*. Vol. 23, nº 3: pp. 157-167
- ALTUNA,J. (1990): Caza y alimentación procedente de macromamíferos durante el Paleolítico de Amalda. En Atuna,J, Baldeón, A. y K. Mariezkurrena: *La cueva de Amalda (Zestoa, País Vasco). Ocupaciones paleolíticas*. Sociedad de Estudios Vascos Pp. 149-192. San Sebastián
- ALTUNA, J. (1994): Los macromamíferos durante el Solutrense de la Península Ibérica. *Férvedes* 1. pp: 47-55
- BALBÍN,R. (2014): Los caminos más antiguos de la imagen: el Sella. En *Expresión simbólica y territorial: los cursos fluviales y el arte paleolítico en Asturias*. (Blas, M.A. de, Ed.). pp. 65-91. Oviedo
- BALBÍN,R.; ALCOLEA,J. y GONZÁLEZ M.A. (2003): El Macizo de Ardines. Ribadesella. España. Un lugar mayor del arte paleolítico europeo. En *El arte prehistórico en los comienzos del siglo XXI*. Primer Simposio Internacional de Arte Prehistórico. Ribadesella,2002.pp: 91-152
- BALBÍN,R.; ALCOLEA,J. y GONZÁLEZ M.A. 2007: “Trabajos arqueológicos realizados en el conjunto prehistórico de Ardines en Ribadesella desde el año 1998”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*. 23-36. Oviedo
- BALBÍN, R.; ALCOLEA, J. (2013): Tito Bustillo en fechas. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 7. Pp: 555-569. Oviedo
- BARNOLAS, A. Y PUJALTE, V. (2004). La Cordillera Pirenaica. Definición, límites y división. En: Vera, J.A. (ed.), *Geología de España*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid, 233-241.
- BASTIDA, F. (2004). Zona Cantábrica. En: Vera, J.A. (ed.), *Geología de España*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid, 25-26.
- BASTIDA, F. Y ALLER, J. (1995). Rasgos geológicos generales. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, 27-33.
- BERENQUER, M. (1991): *Arte en Asturias*. Tomo I. R. Grandío Edit. Oviedo
- BERENQUER,M. (1994): *Prehistoric Cave Art in Northern Spain. Asturias*. Eujoa Artes Gráficas. Siero (Asturias).
- BINFORD,L. (1988): *En busca del pasado*. Edt. Crítica. Barcelona
- BLAS, M.A. DE -ed.- (2014): *Expresión simbólica y territorial: los cursos fluviales y el arte paleolítico en Asturias*. RIDEA. Oviedo.
- BREUIL, H.(1952): *Quatre Cents Siècles d'Art Parietal. Les Cavernes Orneés de l'Age du Renne*. Centre d'Études et de Documentation Préhistoriques Montignac.

BROGLIO, A. Y DALMERI, G. (coord.) (2005): Pitture paleolitiche nelle prealpi venete. Grotta di Fumane e Riparo Dalmeri. Memorie del Museo Civico di Storia Naturale di Verona. Sezione Science dell'uomo, 7. *Preistoria Alpina*, N.º especial, pp. 89-99. Museo Tridentino di Scienze Naturali. Trento

CONARD, N. J. (2003): Paleolithic ivory sculptures from south-western Germany and the origins of figurative art. *Nature*, 426. pp. 830-832. Macmillan, Londres

CONARD, N. J. (2012): La importancia evolutiva de las primeras evidencias de arte figurativo y los instrumentos musicales de las cuevas del suroeste de Alemania. En *Arte sin artistas*. pp. 441-461. Comunidad de Madrid, MAR.

CORCHÓN, M.ª S. (1981): *Cueva de Las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo)*. Excavaciones Arqueológicas en España. Ministerio de Cultura. Madrid.

FARÍAS, P. Y MARQUÍNEZ, J. (1995). El relieve. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, 163-172.

FERNÁNDEZ IRIGOYEN, J. & RUIZ FERNÁNDEZ, J. (2008). "Prospección geoarqueológica de las terrazas fluviales del río Sella. La industria lítica del Modo 2 del yacimiento al aire libre del Caxili (Parres, Oriente de Asturias)". *Actas XII Reunión Nacional de Cuaternario*. AEQUA, Ávila (España), 105-107.

FORTEA, J. 2007 Apuntes sobre el arte paleolítico del oriente de Asturias. En *Arte rupestre prehistórico del oriente de Asturias*. pp. 205-250. Consorcio para el desarrollo rural del Oriente de Asturias. Edit. Nobel. Oviedo.

FORTEA, J. 2007: "39 edades <sup>14</sup>C AMS para el arte rupestre en Asturias". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*: 91-102. Oviedo

GARCIA-SÁNCHEZ, E ; MENÉNDEZ, M ; ÁLVAREZ-ALONSO, D ; ANDRÉS DE, M.ª ; QUESADA, J.M. y J. ROJO (2014): Los hioides decorados del Magdaleniense de la Cueva de la Güelga (Narciandi, Cangas de Onís, Asturias): en torno a la territorialidad de las comunidades del Paleolítico superior cantábrico. En CORCHÓN, M.ª S. y MENÉNDEZ, M. (Edts.): *Cien Años de arte rupestre paleolítico. Centenario del descubrimiento de la Cueva de la Peña de Candamo*. Ed. Universidad de Salamanca: 333-347.

GARCÍA-RAMOS, J.C. Y GUTIÉRREZ CLAVEROL, M. (1995). La cobertera mesozoico-terciaria. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, 81-94.

GENESTE, J.M. Y PLISSON, H. (1990): "Technologie fonctionnelle des pointes solutréennes: une approche systématique". En J.K. Kozlowsky (Dir.): *Feuilles de pierre. Les industries à pointes foliées du Paléolithique supérieur européen*. Actes du Colloque de Cracovie. ERAUL, 42: 293-320.

GEODE (en línea). Cartografía geológica digital continua de España a escala 1/50.000. Instituto Geológico y Minero de España. <<<http://info.igme.es/cartografiadigital/geologica/geode.aspx>>> [fecha de consulta: 03/08/2016].

GONZÁLEZ-SAINZ, C. (2004): Arte parietal en la región cantábrica: centros y peculiaridades regionales. En M. Fano (Coord.) *Las sociedades del Paleolítico en la región cantábrica*. Kobie 8. Diputación Foral de Vizcaya. pp. 403-424. Bilbao

GONZÁLEZ SAINZ, C.; GARATE, D. Y EGUIZABAL, J. (2009): "Contribución al conocimiento del arte parietal paleolítico de la cueva de El Salitre (Miera, Cantabria)", *Sautuola*, xv, pp. 439-451.

GROOTES, P. M., STUIVER, M, WHITE, J. W. C., JOHNSEN, S. Y JOUZEL, J. (1993). Comparison of Oxygen Isotope Records from the GISP2 and GRIP Greenland Ice Core. *Nature*, 366, 552-554.

HAYDEN, B. (1981): Research and development in the Stone age: technological transition among hunter-gatherer. *Current Anthropology*, 22: pp. 519-548

HAYDEN, B. (1992): Competition, Labor and Complex Hunter-Gatherers. En Ernest, S; Burch, J; Ellana, I. (ed.): *Key issues in Hunter-Gatherer Research (Explorations in Anthropology)*: pp. 223-239. Oxford

HERNÁNDEZ-PACHECO, E. (1959). *Prehistoria del Solar Hispano. Orígenes del arte pictórico*. Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid.

HERNANZ, A.; GAVIRA-VALLEJO, J.M.; RUIZ-LÓPEZ, J.F.; MARTIN, S.; MAROTO-VALIENTE, A.; DE BALBÍN-BEHRMANN, R. DE; MENÉNDEZ, M. AND ALCOLEA-GONZÁLEZ, J.J. (2012):

Spectroscopy of Palaeolithic rock paintings from the Tito Bustillo and El Buxu Caves, Asturias, Spain. *Journal of Raman Spectroscopy*; Volume 43, Issue 11, pages 1644-1650, November 2012

IGME (1986). *Mapa Geológico de España, E. 1:50.000, 31 Ribadesella (15-4)*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.

JORDÁ CERDÁ, F. (1957): Comentarios al Arte Rupestre en Asturias. BIDEA 32. Oviedo

JORDÁ CERDÁ, F. (1977): *Historia de Asturias: Prehistoria*. Ayalga ed.

JORDÁ CERDÁ, F. (1978): El Arte de la Edad de Piedra. *Historia del Arte Hispánico. I. La Antigüedad*. Edit. Alhambra. Madrid

JORDÁ PARDO, J.F., MENÉNDEZ, M., CARRAL, P., QUESADA, J.M., WOOD, R. (2013): Geochronology and chronostratigraphy of the Middle-Upper Palaeolithic transition at the cave of La Güelga (Cangas de Onís, Asturias, Spain). In: Pastoors, A., Auffermann, B., eds: *Pleistocene Foragers on the Iberian Peninsula: Their Culture and Environment*, Wiss. Schriften des Neanderthal Museums 7, 85-106.

JORDÁ PARDO, J.F., ÁLVAREZ ALONSO, D. E IRIARTE CHIAPUSSO, M.J. (2014). Una aproximación geoarqueológica al hábitat humano pleistoceno del occidente cantábrico (Asturias, norte de España). En: Álvarez Alonso, D. (ed.), *Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico. Estudios en Homenaje a Francisco Jordá Cerdá en el centenario de su nacimiento. 1914-2014*. Entemu, XVIII, 67-102.

JULIVERT, M. (1971). Décollement tectonics in the hercynian Cordillera of NW Spain. *American Journal of Science*, 270, 1-29.

LEROI-GOURHAN, A. (1965). *Prehistoire de l'Art Occidental*. Edit Mazenod. Paris.

LEROI-GOURHAN, A. (1980): Les signes parietaux comme "marqueurs" ethniques. En Altamira Symposium: pp. 289-294. M.º de Cultura. Madrid

LLOPIS LLADÓN, N; FERNÁNDEZ, J.M. Y JULIVERT, M. (1954): Avance al catálogo espeleológico de Asturias. *Revista de la Facultad de Ciencias*, IV, 123-157. Universidad de Oviedo.

LOTZE, F. (1945). Zur gliederung der Varisziden der Iberischen Meseta. *Geotekt. Forsch.*, 6, 78-92, Berlin (traducido por J.M.ª Ríos): Observaciones respecto a la división de los variscides de la Meseta Ibérica. *Publicaciones Extranjeras: Geología de España*, V, 149-166. Madrid 1950.

MARTÍN SERRANO, A. (1994): Macizo Hespérico Septentrional. En: Gutiérrez Elorza, M. (coord.): *Geomorfología de España*. Editorial Rueda, Alcorcón, 25-62.

MARTÍNEZ GARCÍA, E. (1981). La geología y el relieve de Asturias. En: Cueto Alas, J. (dir.), *Enciclopedia Temática de Asturias*, 10. Silverio Cañada Editor, Gijón, 57-136.

MARTÍNEZ GARCÍA, E. (2014). Evolución geológica de la zona de El Sidrón y sus áreas limítrofes. En: Rasilla, M., Rosas, A., Cañaveras, J.C. y Lalueza-Fox, C. (eds.), *La cueva de El Sidrón (Borines, Piloña, Asturias). Investigación interdisciplinaria de un grupo neandertal*, 2ª edición. Excavaciones Arqueológicas en Asturias, Monografías I, Consejería de Cultura y Turismo y TRABE SLU. Oviedo, 27-33.

MEESE, D., ALLEY, R., GOW, T., GROOTES, P.M., MAYEWSKI, P., RAM, M., TAYLOR, K., WADDINGTON, E AND ZIELINSKI, G. 1994. Preliminary depth-age scale of the GISP2 ice core. *CRREL Special Report*, 94-1. Cold Regions Research and Engineering Laboratory, Hanover, New Hampshire, 66 pp.

MENÉNDEZ, M (1984): La Cueva del Buxu. Estudio del Yacimiento arqueológico y de las manifestaciones artísticas. *BIDEA*, 111: 143-185; 114: 755-801. Oviedo.

MENÉNDEZ, M. (1990). Cueva del Buxu. Excavaciones, campaña 1986. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986*, 1. Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, 87-91.

MENÉNDEZ, M. (1992). Excavaciones arqueológicas en la Cueva del Buxu (Cardes. Cangas de Onís). *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-1990*, 2. Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, 69-74.

MENÉNDEZ, M. (1999a). La cueva del Buxu. Cangas de Onís. Campaña de 1988 y resumen de los trabajos anteriores. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-1998*, 4. Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, 69-73

MENÉNDEZ, M. (1999b): Tectiformes y otros signos parietales de la Cueva del Buxu. En De Oriente a Occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olávarri. J. González Echeagaray & M. Menéndez, eds.: 247-265. Biblioteca Salamanticensis, Est. 205. Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.

MENÉNDEZ, M. (2003): “Arte prehistórico y territorialidad en la cuenca media del Sella”. En Simposio de Arte Prehistórico. Septiembre de 2002, Ribadesella. pp. 185 - 199

MENÉNDEZ, M. (2012): Territorialidad y territorio en los estudios paleolíticos. En *El Paleolítico superior cantábrico. Actas de la primera mesa redonda. San Román de Candamo, 2007*. Pp: 13-20

MENENDEZ,M.; GARCIA,E.; QUESADA,J.M. (2005): Magdalenense inferior y territorialidad en la Cueva de La Güelga (Asturias). IV Congreso de Arqueología peninsular. Faro 2004,pp. 63-74

MENÉNDEZ,M.; OLÁVARRI,E. (1983): Una pieza singular de arte mueble de la Cueva del Buxu. *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch I*. Pp: 319-330. Mº de Cultura.

MENÉNDEZ, M.; OCIO, P.; (1997): Novedades en el arte mueble y su relación con el arte rupestre en la cueva del Buxu (Asturias). II Congreso de Arqueología peninsular I; pp: 173-184

MENÉNDEZ.,M.; JORDÁ,J.F.; KEHL,M.; WENIGER,G-C. Y J.M. QUESADA (2014): Análisis micromorfológico en la Cueva de La Güelga. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012(EAA)*:377-379

MENÉNDEZ, M.; QUESADA,J.M.; JORDÁ,F.J.; PCARRAL; TRANCHO; G.J. GARCÍA E.; ÁLVAREZ-ALONSO,D; ROJO,J Y R.WOOD (2009): Excavaciones arqueológicas en la Cueva de la Güelga (Cangas de Onís). *EAA 6* (2003-2006):209-221

MENÉNDEZ,M; WENIGER.C.CH; ÁLVAREZ-ALONSO,D; ANDRÉS HERRERO. Mº DE; GARCÍA,E; JORDÁ,J; KEHL,M. ROJO,J; QUESADA,J.M. Y SCHMIDH.I.: (2014): La cueva de la Güelga. Cangas de Onís. Asturias. En *Los cazadores recolectores del Pleistoceno y del Holoceno en Iberia y el estrecho de Gibraltar*. R.Sala (edit). Univ. De Burgos y Fund. Atapuerca: 60-63

MENÉNDEZ, M. y GARCÍA, B. (2014): El nuevo horizonte de pinturas rojas de la Cueva del Buxu (Asturias. España). En CORCHÓN, Mª S. y MENÉNDEZ, M. (Edts.): *Cien Años de arte rupestre paleolítico. Centenario del descubrimiento de la Cueva de la Peña de Candamo*. Ed. Universidad de Salamanca: 63-73

MORENO,R. (1996/7): El conjunto malacológico ornamental de la Cueva de “El Buxu”. Informe técnico. Laboratorio de Aqueozoología. UAM

MORO ABADÍA, O y GONZÁLEZ MORALES,M.R. (2006): La idea de progreso en el estudio del Arte parietal paleolítico: pasado, presente y ... ¿futuro?. *Zephyrus*, 59, 155-162. Salamanca

MOURE,A. (1994): Arte paleolítico y geografías sociales. Asentamiento, movilidad y agregación en el final del Paleolítico cantábrico. Chapa y Menéndez (ed.): Arte paleolítico. Complutum 5: pp. 313-330. Madrid.

MUSSI, M. (2012): Las representaciones femeninas del Paleolítico superior. En *Arte sin artistas*. Pp. 419-437. Comunidad de Madrid, MAR.

OBERMAIER, H. (1918): Trampas cuaternarias para espíritus malignos. *Boletín de la Real Sociedad de Historia Natural*, XVII. Madrid

OBERMAIER, H. (1925): *El hombre fósil*. CIPP, Mem. nº 9. Madrid

OBERMAIER, H. Y CONDE DE LA VEGA DEL SELLA (1918). *La Cueva del Buxu (Asturias)*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria 20. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid

PINTO, A, (2014): 25.000 años de ocupación paleolítica en Sopena (Asturias, España). En *Los cazadores recolectores del Pleistoceno y del Holoceno en Iberia y el estrecho de Gibraltar*. R.Sala (edit). Univ. De Burgos y Fund. Atapuerca: 129-132

PIKE,A; HOFMANN,D; GARCÍA-DIEZ,M.; PETTIT,P; ALCOLEA,J; DE BALBÍN,R.; GONZÁLEZ-SÁINZ,C; DE LAS HERAS,C.; LASHERAS,J.A.; MONTES,R. Y J. ZILHAO. (2012): U-series Dating of Paleolithic Art in 11 caves in Spain. *Science*, 336: 1409-1413

QUESADA,J. M. (1998): La caza en la Prehistoria. Col. Historia. Arco libros. Madrid

QUESADA,J.M. (2013): “El proyecto Collubil; Cazadores de alta montaña en el Sella. Primeros resultados estratigráficos”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el Centenario del descubrimiento de la Peña de Candamo*: 135-145.

QUESADA,J.M. Y M. MENÉNDEZ (2009): Revisión cronoestratigráfica de la Cueva de La Güelga (Narciandi, Asturias). Del Musteriense al Paleolítico superior inicial. *Espacio Tiempo y Forma*: 39-74

RASILLA, M. DE LA (1989): “Secuencia y cronoestratigrafía del Solutrense cantábrico”. *Trabajos de Prehistoria*, 46 (1): 35-46.

RASILLA, M; ROSAS,A; CAÑAVERAS,J; LALUEZA,C. (eds) (2011): *La cueva del Sidrón (Borines, Piloña, Asturias)*. Excavaciones Arqueológicas en Asturias. Monografías 1.

RAT, P. (1988). The Basque-Cantabrian Basin between the Iberian and European plates: some facts but still many problems. *Revista de la Sociedad Geológica de España*, 1, 327-337.

RIVERA, A. y MENÉNDEZ, M. (2011): “Las conductas simbólicas en el paleolítico. Un intento de comprensión y análisis desde el estructuralismo funcional”. *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie I Prehistoria y arqueología. Nueva época, 4.

ROJO,J; MENÉNDEZ,M.(2012): Nuevas aportaciones al debate especialización-diversificación en el Solutrense cantábrico. Estudio arqueozoológico y tafonómico de los macromamíferos de la Cueva del Buxu (Cardes, Asturias, España). *Espacio, Tiempo y Forma serie I, Prehistoria y Arqueología*, t. 5: pp. 297-308. UNED. Madrid.

SAUVET,G. (2015): Una nueva figura roja en la cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias). *Zephyrus*, LXXV, 165-172, Salamanca

SIGPAC (en línea). Sistema de información Geográfica de Parcelas Agrícolas. Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, Gobierno de España. <<<http://sigpac.magrama.es/feqa/visor/>>> [fecha de consulta: 03/08/2016].

SOTO, E. (1984): Restos faunísticos de la Cueva del Buxu. BIDEA, 112: 803 – 810

STRAUS, L.G.(1983): *El Solutrense Vasco-Cantábrico.Una nueva perspectiva*. Centro de Investigación y Museo de Altamira, monografía nº 10. Ministerio de Cultura.Madrid.

STRAUS, L.G.(1992): *Iberia before the Iberians. The Stone Age Prehistory of Cantabrian Spain*. University of New Mexico Press. Alburquerque.

STRAUS, L.G. Y RASILLA, M. DE LA (2004): “El poblamiento en la región cantábrica en torno al Último Máximo Glacial: Gravetiense y Solutrense”. En M.A. Fano (Coord.): *Las sociedades del Paleolítico en la región cantábrica*. Kobie (Serie Anejos), 8: 209-242.

STRAUS, L.G Y CLARK, G.A. (1986): “La Riera archaeological remains –level contents and characteristics”. En Straus, L.G. y Clark, G.A.: *La Riera Cave Stone Age Hunter-Gatherer Adaptations in Northern Spain*. Anthropological Research Papers, 36. Arizona State University: 75-187.

SUÁREZ, O. (1995). Las rocas ígneas y el metamorfismo. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, 123-138.

TARRIÑO, A; DUARTE, E.; SANTAMARÍA, D.; MARTÍNEZ, L.; FERNÁNDEZ DE LA VEGA, J., SUÁREZ, P; RODRÍGUEZ, V.; FORCELLEDO, E.; RASILLA, M.DE LA (2012): “El sílex de Piloña. Caracterización de una nueva fuente de materia prima en la Prehistoria de Asturias”. En Rasilla, M. de la (Coord.): *F. Javier Fortea Pérez Universitatis Ovetensis Magister. Estudios en Homenaje*. Universidad de Oviedo y Ménsula Ediciones: 115-132.

TESTARD, A. (1982): Les Chasseurs-Cueilleurs ou l’Origine des inégalités. Societé d’Etnographie. Paris

TESTARD, A. (1985): *Le Comunisme Primitive. Economie et ideologie*. Maison des Sciences de l’Homme. Paris

VERA, J.A., ANCOCHEA, E., BARNOLAS, A, BEA, F., CALVO, J.P., CIVIS, J., DE VICENTE, G., FERNÁNDEZ.GIANOTTI, J, GARCÍA-CORTÉS, A., PÉREZ-ESTAÚN, A., PUJALTE, V., RODRÍGUEZ-FERNÁNDEZ, L.R., SOPEÑA, A. Y TEJERO, R. (2004). Introducción. En: Vera, J.A. (ed.), *Geología de España*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid, 3-17.

VILLAVARDE,V. (1994). *Arte Paleolítico de la Cueva del Parpalló*. I. Servei d'Investigació, Diputació de València.

WANG, Y. J., CHENG, H., EDWARDS, R. L., AN, Z. S., WU, J. Y., SHEN, C. C. Y DORALE, J. A. (2001). A High-Resolution Absolute-Dated Late Pleistocene Monsoon Record from Hulu Cave, China. *Science*, 294 (5550), 2345-2348.

WENINGER, B. Y JÖRIS, O. 2004. Glacial Radiocarbon Calibration. The CalPal Program. In: Higham. T., Bronk Ramsey, C. y Owen, C. (eds.), *Radiocarbon and Archaeology. Fourth International Symposium. Oxford, 2002*. Oxford University School of Archaeology, Monograph 62, 9-15.

YRAVEDRA,J. (2002): Especialización o diversificación. Una nueva propuesta para el Solutrense y el Magdaleniense cantábrico. *Munibe* 54. Pp. 3-20

Enlace para una visita virtual a la Cueva del Buxu:

[http://www.leaderorient.es/VisitasCuevas/CUEVA%20BUXU%20WEB/TourWeaver\\_Cueva%20Buxu.html](http://www.leaderorient.es/VisitasCuevas/CUEVA%20BUXU%20WEB/TourWeaver_Cueva%20Buxu.html)

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	7
<i>Otilia Requejo Pagés (Directora G de Patrimonio Cultural)</i>	
PRÓLOGO .....	9
<i>José Manuel González Castro (Alcalde de Cangas de Onís)</i>	
INTRODUCCIÓN.....	11
<i>Mario Menéndez</i>	
I. LA CUEVA DEL BUXU Y SU EMPLAZAMIENTO .....	15
<i>Mario Menéndez</i>	
II. EL DESCUBRIMIENTO Y LA HISTORIA DE INVESTIGACIÓN .....	19
<i>Mario Menéndez</i>	
III. LA GEOLOGÍA DE LA CUEVA DEL BUXU Y DE SU ENTORNO .....	24
<i>Jesús Jordá</i>	
III.1 La geología asturiana .....	27
III.2 Minerales y rocas .....	28
III.3 Geomorfología de Asturias .....	28
III.4 La Cueva del Buxu en su contexto geológico.....	31
III.5. Descripción geológica de la cueva .....	33
III.6. La Geología del yacimiento arqueológico .....	36
IV. EL YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO DEL BUXU Y SU EXCAVACIÓN .....	38
<i>José Manuel Quesada</i>	
IV.1. El yacimiento paleolítico .....	40
IV.2. La secuencia estratigráfica .....	43
IV.3. El Solutrense superior: instrumentos líticos .....	45
IV.4. El final del Solutrense o la transición al Magdaleniense .....	49
IV.5. Materias primas y cadenas operativas .....	50
IV.6. La industria ósea .....	51
IV.7. El Buxu en el marco solutrense de los Picos de Europa .....	52
V. LA FAUNA CAZADA, CONSUMIDA Y REPRESENTADA EN LA CUEVA DEL BUXU .....	53
<i>Julio Rojo</i>	
V.1 Los estudios realizados en las décadas 80 y 90 .....	54
V.2 Los estudios del Siglo XXI .....	55
VI. EL ARTE DE LOS PEQUEÑOS OBJETOS .....	59
<i>Mario Menéndez</i>	
VI.1. La Escultura de ave .....	61
VI.2. Las plaquetas grabadas .....	62

VII. EL ARTE RUPESTRE .....	65
<i>Mario Menéndez</i>	
VII.1. Descripción de las figuras .....	68
-Zona A .....	68
-Zona B .....	76
-Zona C .....	79
-Zona D .....	83
-Sala Grande .....	97
VII.2. El ordenamiento cronológico .....	100
VIII. LA VIDA COTIDIANA DE LOS OCUPANTES DE LA CUEVA DEL BUXU .....	111
<i>Mario Menéndez</i>	
VIII.1. Los tiempos presolutrenses .....	112
VIII.2. La actividad solutrense .....	115
VIII.3. La presencia magdaleniense y otras posteriores .....	117
BIBLIOGRAFÍA .....	119
ÍNDICE .....	125

